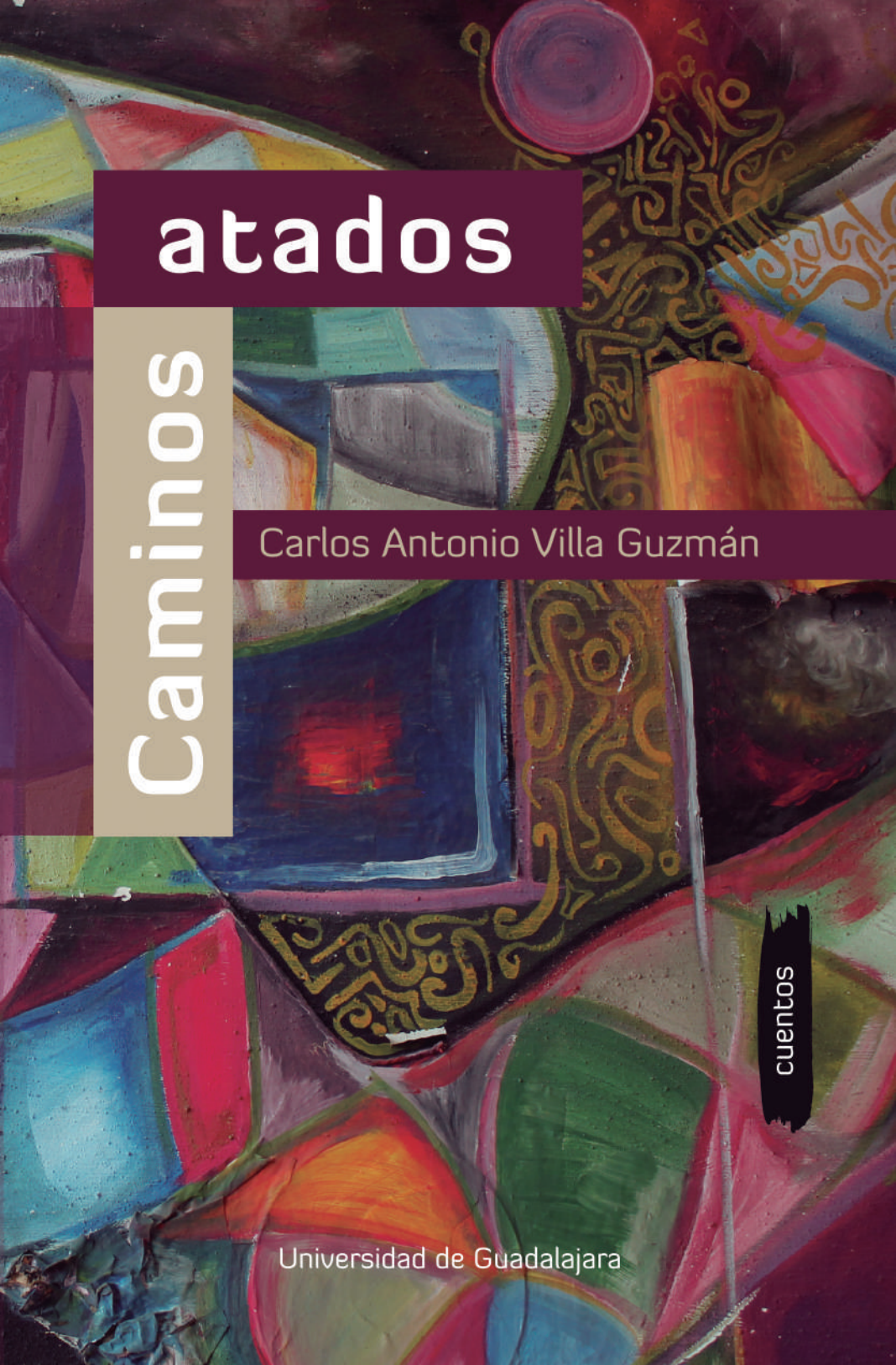
atados
Caminos
Carlos Antonio Villa Guzmán
cuentos
Universidad de Guadalajara

Caminos atados

Caminos atados

Carlos Antonio Villa Guzmán

Universidad de Guadalajara
2018

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Coordinación Editorial
Juan Manuel 130
Zona Centro
44100, Guadalajara, Jalisco, México
Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ISBN: 978-607-547-351-2

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Contenido

Prólogo 7

Amores ves 9

Caminos atados 10

El banquete de lo humano 17

El Gritón 28

El pequeño espejo ovalado 37

El sapo 45

La Emperatriz 48

Mujer a la medida 100

Noticias 120

Pecado compartido 125

Prólogo

Con milenaria tradición el cuento continúa vivito y narrando. Esa serie incidental donde cada suceso es *superstar*, cada acción sonríe porque la están mirando, leyendo, elucubrando y deshebrando para entender mejor su tejido semiológico o su mensaje directo o encubierto. Porque en una narración lo importante es qué ocurre, acción y más reacción. En el relato no gana la extensión, lo que resulta exitoso es la mesura diegética; mientras que en la novela triunfa la amplitud, en el cuento no, porque es una instantánea de la vida, no es totalidad, sino una panorámica de la existencia.

Desde tiempos antediluvianos la humanidad ha degustado sabrosos cuentos, como: *Las mil y una noches*, para mí la mejor edición traducida por Vicente Blasco Ibáñez; *Cuentos de Canterbury*, *El decamerón de Boccacio*, *El Panchatantra*, *El jardín perfumado*, *Leyendas mexicanas* y tantos otros, sin menospreciar a los contemporáneos escritos por Teophile Gautier, Joyce, Bukowski, Rulfo, Ryunosuke Akutagawa, Idries Sha, Juan José Arreola, Tecum Conocas, Sánchez Ocampo, Martinolli y tantos y tantos son los autores, tantos y tantos y tan mejores. Pero ahora nos ocupa el libro *Caminos atados* de Carlos Antonio Villa Guzmán, compuesto por 10 narraciones, yendo desde la más breve, *Amores ves*, hasta las más largas: *La Emperatriz* y *Mujer a la medida*.

Villa Guzmán en *Amores ves*, alude indirectamente a Maeterlink y su libro *La inteligencia de las flores*, al referirse a un cornúpeto árbol y su amor traicionado, dando fe de pasiones vegetales. Luego veremos cómo evoca en *Caminos atados* al *Guardagujas* arreolino. Continuando con un juego conceptual y prosopopéyico en *El banquete de lo humano*; entremezclando conceptos políticos y prosopopeyas para mostrar la situación del mundo actual. En *El gritón* menciona un voceador de cartas de lotería trashumante, que enferma de cáncer en la garganta y muere en la raya. Mientras que en *El pequeño espejo ovalado* ingresa al tópico del terror. *El sapo* resulta una fábula con moraleja romántica para quienes patea la vida, se levantan y siguen adelante.

La Emperatriz, uno de los cuentos más extensos exhibe paralelamente la rutina de un reportero y la perra existencia melodramática de una mujer hecha vampiresa para subsistir, pintando de paso la vida noctívaga de Guadalajara. *Mujer a la medida* evoca el cuento de Juan José Arreola: *Plastisex*; entrando en terrenos de la *Science Fiction*. En *Noticias*, Villa Guzmán narra la promoción de "periódicos adelantados", mediante un expendedor de información ficticia y futurista, que parece decir: Adelántese a los hechos y muera después. Cerrando con el cuento *Pecado compartido*, que resulta junto con *Mujer a la medida* y *La Emperatriz*, una tríada de narraciones eróticas con vulvas que como sal de uvas se deshacen en la boca. A mi juicio, *Pecado compartido*, pudiera haberse titulado *Infidelidad al minuto*.

Queda al ávido y curioso lector lanzarse a hurgar los *Caminos atados* que integran este libro.

Raúl Ramírez García

31 de octubre de 2018. Xolotltépetl, Tonalá, Jalisco, México.

Amores ves

Con eso de que el tiempo se ha reducido o lo parece, en esta acelerada vida, siempre a las prisas, de la casa al trabajo, después a casa y así, día tras día, he perdido contacto con algunos espacios de mi mundo privado, como es el jardín. Ni siquiera pude darme cuenta de que a uno de los árboles le habían brotado sendos cuernos. Se me hizo rarísimo aquello. Desde abajo los veía allá en lo alto de aquel enorme cedro.

En uno de esos contados días en que sobran minutos de tiempo en casa, esto porque además de ocuparme de mantener las cosas en orden y proveer de lo necesario, siempre hay arreglos pendientes, pensé irme hasta la azotea para ver lo más cerca posible esos cuernos, desde una mejor panorámica y por eso subí.

Ahí estaban, alzados en dirección a las nubes. Fue así que pude mirar también otras cosas; es decir, un poco más de la parte de arriba de los árboles que se hallaban cerca del árbol con cuernos; ropa asoleándose sostenida en lazos, tanques de agua, antenas, bicicletas oxidadas, macetas, llantas, entre otros objetos propios de los techos.

Justo a su lado y manteniendo la distancia necesaria para crecer como es debido, había un almendro que tenía cubiertas sus ramas y parte del follaje, por una madreselva florida que trepó desde la parte del vecino. Entonces comprendí por qué le salieron esos cuernos a mi árbol.

Caminos atados

La lluvia seguía y mi camión no pasaba. Digo mi camión, porque uno se apropia de las cosas que le son familiares, hasta olorosamente cotidianas: mi escritorio, mi horario, mi calle. A pesar de la chamarra sentí la humedad rozando mi cuerpo. Las personas que estaban cerca de mí eran más afortunadas, puesto que continuamente los autobuses les daban la oportunidad de retirarse. En cambio, el vehículo que debía llevarme, no aparecía.

La mayoría de los comercios cerraban. Era casi fin de quincena, por lo que no llevaba conmigo suficiente dinero para pagar un taxi y continué en la espera. Las calles tan anegadas reblandecían la intención de caminar cualquier distancia. Sentí aliviar mis ansias cuando, finalmente, pude identificar al que parecía ser mi transporte. Éste se detuvo; el cristal, con poquísima luz, impedía leer bien el letrero que indica la ruta. Titubeé un poco junto a la puerta mientras que un joven que iba empapado se encaramó al escalón y pagó su pasaje. Enseguida, una mujer madura que se acompañaba de una niña, dobló su paraguas y tocó suavemente mi antebrazo como señal para que me hiciera a un lado. Abordaron y yo detrás de ellas. Ocupé un asiento entre los últimos lugares y procuré no perder detalle de la marcha para asegurarme que estaba en el camino correcto, el trayecto que todos los días hace, no sé cuántas veces, el "CIUDAD DEL ORIENTE".

Atravesamos el puente sobre la turbulenta corriente del río y seguimos por el Circuito de Las Alamedas. Comencé a observar a los pasajeros. Por cierto, aún me causa sofoco recordarlo. Rostros casi inmóviles, ensimismados, como maniquíes hipnotizados a los que solamente con una palabra podía definir: resignación. Únicamente la pequeña descansaba en el regazo de la que parecía ser la abuela.

El camión no se volvió a detener. Afuera, la ciudad parecía sucumbir ante Tláloc, la deidad Azteca que cada año regresa con el líquido benefactor que es su cuerpo.

Quité el vaho con la manga y pude ver sendos anuncios: "RIERA... LOS COMERCIOS DE LA RIVERA" "RADIANTE: LA VOZ LATINA DESDE LA COSTA SUR DEL PACÍFICO". Ambos espectaculares me indicaron que transitábamos cerca del edificio de la aduana, en la zona portuaria. Dimos vuelta a la izquierda y en vez de continuar por la Avenida de los Estudiantes, seguimos otro rumbo. «Aquí me bajo», pensé, estoy mucho más cerca de la casa y puede que a pie no haga más de veinte minutos en llegar.

Me dirigí hacia la puerta y toqué el botón del timbre anunciando el propósito de apearme en la siguiente parada. Se escuchó la chicharra, pero el tipo del volante ni siquiera volteó a mirar el espejo que me reflejaba junto con las hileras de asientos. Oiga, quiero bajar. Le dije, casi grité. Pero se alejaba rápidamente de donde yo debía quedarme. ¿Quiere detenerse, por favor?

Sin quitar la vista del camino, murmuró algo que solamente él pudo saber.

¿No me oye?, deténgase, ¡qué le pasa! Los pasajeros miraban, seguían indiferentes. Oigan, recuerdo que casi grité, no

sé qué le sucede a este individuo, me está llevando a donde no quiero ir. Me acerqué y busqué el interruptor: esa cosa traía botones y lucecitas por todos lados. Ya bastante molesto me aproximé aún más. Le apreté el hombro. O se detiene o provocamos un choque, ¿me entiende?

—¡Cálmese!

—Está bien, pero deténgase ya.

Disminuyó la velocidad y explicó que un poco más adelante había una salida donde podía dejarme. Con el incidente no supe exactamente dónde andábamos, el caso es que, al bajar me quedé atónito, me hallaba en un sitio completamente desconocido. Señor, dónde estamos, qué lugar es éste, pregunté al primer individuo que pasó a mi lado, éste llevaba una indumentaria que me pareció extraña.

—Aquí es el fin del mundo.

Su respuesta me pareció fuera de lugar. Lo miré mejor y entonces supe que me encontraba frente a un sujeto conocido, pero al mismo tiempo totalmente desconocido. Tenía esas facciones de alguien que vemos alguna vez por ahí, que las grabamos sin querer, mentalmente, sin saber siquiera sus nombres, ni a qué se dedican, dónde viven, esas cosas, y de buenas a primeras se nos aparecen. Di media vuelta y caminé unos pasos que me resultaron ciegos, porque verdaderamente no reconocía nada. No había ni un sólo edificio o calle que me pudiera dar una idea dónde me encontraba. Nada de lo que estaba a mi alrededor había sido visto por mis ojos alguna vez.

No es posible, me repetía en voz baja. Una angustia indescriptible comenzó a envolverme. Veía a la gente sin que pudiera distinguir algún rostro. Como nunca, desee encontrarme con una cara conocida, por indiferente que me hubiera sido

antes. Sin embargo –reflexionaba– así es en toda ciudad: uno puede permanecer horas mirando innumerables personas que jamás se vuelven a ver; las vemos si acaso una sola vez, al pasar, y ya. A veces me entretuve en este juego, me quedaba durante varios minutos en algún punto concurrido mientras observaba a la gente que pasaba, preguntándome si acaso volveríamos a cruzar camino. Memorizaba ciertas características de su fisonomía y al mismo tiempo daba por seguro que en ese momento tenía lugar la despedida para siempre, porque no les volvería a encontrar, así nos mantuviéramos viviendo en la misma metrópoli por otros cuarenta años. Es increíblemente abrumador pensar que las personas que vemos todos los días pasar nos ofrecen, una sola vez, la posibilidad de ser parte de las imágenes que a diario invaden nuestro pensar. Es raro, absolutamente fortuito, reencontrar gente desconocida y en este lugar sería una auténtica extravagancia, porque nada de lo que está aquí es parte del mundo que ha conocido mi existencia.

Como un pescador que se aleja de su bote para buscar alguna madreperla, dejé aquel autobús que continuaba estacionado con la puerta abierta. Pero no encontré nada, o mejor dicho a nadie y regresé a la seguridad del camión y sus adormecidos pasajeros. El chofer reía, socarrón. Sin duda este fulano está loco, me dije. Además, por su culpa me encontraba extraviado, sin la menor idea de alguna ubicación. Con un pie en el estribo y al mismo tiempo sosteniendo el tubo que sirve de pasamanos, le interrogué: Dígame cómo puedo ir a Ciudad del Oriente. No traigo dinero con qué pagar un carro de sitio y quisiera saber si algún transporte pudiera llevarme hacia allá.

—Usted llegó al fin del mundo y nadie le subió a la fuerza.

—De qué me habla, por favor, no estoy en plan de bromas.

—Si desea regresar, cruce a la otra acera y espere la unidad que dice: "ORIGEN DEL MUNDO".

—Y usted, a dónde va.

—A llevar al pasaje, señor.

—Pero si acaba de mencionar que aquí es el fin del mundo, ¿por qué tiene que continuar?

—Porque el fin del mundo no es un solo lugar.

—No entiendo.

—Si, mire, si usted permanece en este lugar, entonces aquí es el fin de su mundo. En cambio, si elige continuar en el recorrido, su final se irá haciendo más remoto y podrá, seguramente, encontrar cosas que ni siquiera imagina.

—Estará bien para otra ocasión, lo único que me interesa ahora es llegar a mi casa. Dice que enfrente puedo subir a un camión que va de regreso, ¿es así?

—Sí, el "ORIGEN DEL MUNDO" lo lleva.

—A ésta hora ¿usted cree que...

—Todo el tiempo pasan.

Hice lo que me indicó. Al igual que en aquella esquina, la gente se retiraba a bordo de cantidad de autobuses, solo que llevaban letreros que era imposible asociarlos a lugares comunes, porque eran más bien nombres que parecían indicar estados de ánimo: "A TODO DAR", "PUESTÍSIMOS", "EL DESENFADO Y ANEXAS".

Confundido, escudriñé entre la fila de autobuses que estaba enfrente, por si veía al que me había llevado a este destino. Después de todo, ese vehículo significaba el único nexo con la ciudad conocida, mi realidad. Me sentí descorazonado y profundamente desamparado cuando tuve la certeza de que se había marchado. Ahora no tenía más alternativa que esperar a

que viniera uno que señalara en el frente: "ORIGEN DEL MUNDO", o algo parecido. Recordé que hace un rato tenía frío y estaba mojado. Aquí, sin embargo, no había huellas de lluvia. Lo mejor en estos casos es hablar con alguien, de manera que dirigí mis ojos hacia las caras que pasaban para elegir una y detenerla. Oiga, dónde estoy. Un señor que usaba bigote semejante al que le fotografiaron tantas veces a Hitler, estaba parado junto a mí. Se esforzaba en leer algo en un papel, a pesar de las gafas. Cuando dobló aquello me atreví a preguntarle cómo llegar a Ciudad del Oriente. Se disculpó por no conocer dicha urbe, pero esta esquina donde nos encontramos, dijo, es frecuentada por todo aquél que sabe a dónde quiere llegar. –No se preocupe, si usted tiene una idea clara de sus metas, se halla en el sitio indicado.

La incertidumbre ya me orillaba al llanto. Miré a quienes pasaban manteniendo algo de la esperanza de encontrar una expresión, un signo amigable. Mas todos andaban serios, apresurados. Las mujeres casi corrían, miraban sin verme. Necesitaba hablar con quien fuera, pero ¿quién?, ¿quién? Sentí calor y mis párpados que se humedecían por dentro. En eso, un autobús se detuvo y alcancé a leer el anuncio de la ruta; "ORIGEN DE"… no leí lo demás, subí, acomodé el respaldo, me sentí mejor cuando nos pusimos a rodar sobre el asfalto. Vi la hora; había transcurrido un tiempo que no me era posible precisar: según el reloj, todo sucedió en cincuenta minutos. Imposible, me repetí. Quise averiguar en cuál avenida transitábamos, la lluvia mojaba nuevamente los cristales, sentí su presencia como algo naturalmente confiable. Estaba cómodo, relajado, a pesar de lo que había vivido. Entonces comencé a mirar cosas familiares: monumentos, señales, edificios... Giré

un poco hacia una mujer que estaba junto a la puerta. ¿Adónde va este autobús? –Al origen de la felicidad, respondió.

—¿Cómo?, yo creí haber subido a uno que se dirige al origen del mundo.

—No, aquí nos encontramos rumbo al origen de la felicidad.

Me puse de pie, pero antes de alcanzar el timbre, se detuvo la marcha. Escuché el sonido del aire comprimido que empuja la puerta y el conductor se despidió llamándome por mi nombre. Descendí con un aire de alivio. Todavía confundido contemplé las luces rojas que se fueron ocultando entre los velos de agua al alejarse aquel camión.

Sentí nuevamente el frío de la intemperie, los zapatos opacos pisaban despacio sobre infinidad de charcos en los que las luminarias hacían reflejos de lo que tanta tranquilidad me producía: los árboles, el barrio, mi calle, mi casa.

El banquete de lo humano

Llegó el señor Socialista y le acomodaron una silla a mi lado. Venía retrasado, tal vez por esa razón ya no lo esperaban.

Estábamos en el banquete de lo humano, al que por primera vez asistí como invitado. Frente a mí, muy ufano hacía bromas don *Capital*, reía a carcajadas en tanto apuraba copas de *wiski* o de *coñac*. No pude saber, pues desconozco de bebidas y las copas me parecen iguales.

Democracia era la anfitriona, vestía de blanco, con velos transparentes encima. Ya entrada en años, procuraba disimular la flacidez de sus carnes al lucir un atuendo elegante. Nos atendía con una cortesía que rayaba en el halago profundo. Presentó a los asistentes conforme a su llegada y a cada uno ofreció un lugar previamente destinado en la mesa. Desde luego que hubo un brindis previo a que nos acomodaran. Éste fue en el vestíbulo anexo al comedor.

Antes de continuar con el recuento de los acontecimientos de esa singular reunión, quisiera describir el lugar: Una casona que tenía la entrada como si fuera un palacio. Sin embargo, había partes en penumbra y hasta pude advertir una caverna en el fondo del corredor. Algunos cuartos se veían oscuramente distribuidos, en tanto que otros resplandecían con luces incandescentes, blancas y multicolores. Había escaleras para subir o bajar, es decir, unas llevaban a los pisos superiores y otras

servían para descender a los sótanos de la mansión, que era en todo sentido humana. Pisos relucientes, como espejos que llegaban hasta donde había los que se cubrían de alfombras. Otros más estaban desnudos y opacos.

Puedo hablar de estos espacios gracias a que la temprana hora de mi llegada dio tiempo a que *Democracia* nos hiciera un recorrido a varios de sus invitados, igualmente puntuales o, mejor dicho, anticipados. En el recibidor nos encontrábamos la viuda *Solidaridad*, el ingeniero *Parlamento*, un tipo que nos fue presentado como el profesor *Diplomático* –por cierto, llegó antes que los demás– y quien esto escribe.

Nos llevó la anfitriona por los salones amplios, decorados con exquisitez y no mostró pudor al dejarnos ver otros cargados de mugre, en inmenso abandono, sin mosaicos en el suelo, con pisos de tierra y las paredes manchadas. Olían a herrumbre. En algunas recámaras el viento entraba por las ventanas que no tenían cristales, en cambio había otras con muebles mullidos, donde descansaban o dormían la siesta los gatos que se apoltronaban estirando sus cuerpos lánguidos. Vimos lugares sin techo, alcobas con pocos muebles, simplemente con algunas esterillas, una que otra silla desvencijada y libros en el suelo, cubiertos de polvo. También nos deslumbró algún suntuoso cuarto de baño, en tanto que en otros tuvimos que llevarnos el pañuelo a la nariz. Les estoy enseñando la síntesis de la humanidad, antes que llegue el resto de la concurrencia, decía la dama mientras nos acompañaba en el laberíntico edificio que guardaba también amplias bibliotecas.

Así, en idas y vueltas, subidas y bajadas, nos encontramos en el jardín. Apreciamos los contrastantes rincones que, por algunas partes mostraban fuentes y plantas cargadas de

flores que despedían el peculiar perfume, pero también otros cubiertos de maleza, con bichos que tejían finas cuerdas que sentíamos al pasar, tan delgadas o más que un cabello. Algunos otros se arrastraban por el suelo y también revoloteaban infinidad de moscas que se nos posaban en la cara, lo cual hacía reír a nuestra espontánea guía. –Es la humanidad, es la humanidad–, decía mientras se abanicaba.

Todavía no llegan los demás, así que les mostraré los árboles que dan frutos y con suerte, si encontramos algunos maduros, los podrán disfrutar. ¿Disfrutar?, ¿fruta?, ¿tendrá relación? Me pregunté con verdadera curiosidad por saber: Disfru-tar, me pareció como si fuera quedarse sin fruta o saborear distinta fruta. En fin, cavilaba en ello cuando se escuchó una voz que llamó a la mujer para avisar de la presencia de otro u otros invitados, así que nos apuró para que llegásemos hasta el interior de la casa. La del llamado había sido *Libertad*, quien, junto con *Igualdad*, eran lo que decimos el brazo derecho e izquierdo, de doña *Democracia*. Ambas fueron sobrinas de *Fraternidad*, fallecida desde hacía bastantes años.

Al entrar nos encontramos con unas mujeres que en el acto nos fueron presentadas: –Ella es la señorita *Civilia*–. Como siempre tan elegante, querida y, miren ustedes con qué beldad nos visita, viene acompañada de su madre; señores, les presento a mi amiga *República*. Nos conocemos desde pequeñas, ¿verdad preciosa? Gracias por venir, pasen, chicas, vengan caballeros, vamos a que nos sirvan de cenar.

No dejaron de aparecer invitados, pues sonaba repetidas veces la campanilla que los anunciaba. Más o menos recuerdo el orden de llegada: un tipo bajo de estatura, ojos rasgados y bastante corpulento fue presentado como don *Comunismo*,

enseguida entró el general Dictadura y después un licenciado joven, de nombre *Popular*. Al poco rato hicieron su aparición, juntos, don *Capital* y su inseparable amigo el señor *Mercado*. Solamente faltaba el señor *Socialista*, quien, como dije al comienzo del relato, llegó con un retraso que fue notorio entre los comensales quienes murmuraron, en tanto el serio señor se acomodaba a mi lado. En eso, *Democracia*, con unas leves palmadas, pidió la atención de los invitados y dirigiéndome una mirada dijo: –queridos míos, me honro en tener un invitado con nosotros, además de aclarar que nunca había asistido como tal a nuestras reuniones, les presento al señor *Medios*–. Todos me miraron con una curiosidad que sentí como si fuera auscultación visual.

—Él, siempre había permanecido a la expectativa fuera de la sala –continuó diciendo–, y únicamente nos hacía entrevistas, de manera que quise que estuviera entre nosotros esta noche puesto que tenemos tantos asuntos urgentes por tratar. Nuestro invitado será no solamente un portavoz, sino que participará de las conversaciones y las decisiones que se tomen durante las rondas. Espero contar con el acuerdo de todos ustedes: señor *Medios*, sea usted bienvenido al banquete de lo humano.

Tomé nota de un gesto aprobatorio que hizo la mayoría, sin dejar de permanecer circunspectos. Se sirvió la cena, ocupándose de ello varios mozos y mozas que nos atendían con toda cordialidad. Supe después que éstos habitaban en la misma residencia, sólo que en el traspatio. El viejo don *Pueblo* era quien les ordenaba qué hacer, por cierto, que a este personaje le estaba destinada toda la parte baja de la finca. Se trataba por tanto de un anfitrión subrepticio y por ahora ausente.

Hubo una rifa que se hizo utilizando una coctelera donde pusieron los nombres de cada uno de nosotros, los cuales fueron anotados en papelitos doblados. Ganó la palabra inicialmente don *Capital*, quien para entonces se había desabotonado la camisa y enrollado las mangas. Sudaba copiosamente por el efecto de las bebidas que apuraba, sin dejar de reír por cualquier cosa. Habló de las crisis que se le provocaban a él y a su socio don *Mercado*. Éste miraba desde una de las cabeceras. Se quejó de las trabas que le imponían ciertos gobiernos y reprochó su ausencia, pues deseaba hablarles de frente. Amenazó con elevar los réditos y no detener los índices inflacionarios. En fin, se mostraba dispuesto a todo con tal de que se cumplieran sus demandas. Noté que mientras hablaba su mirada despedía destellos, sobre todo cuando encaraba a los que estaban sentados en la banda izquierda de la mesa, precisamente donde me encontraba yo. No se contuvo para decir que subirían todos los precios y la banca, que igualmente controlaba, se quedaría sin su respaldo, por tanto, la dejaría ir a la quiebra.

Sentí varias veces que se daban puntapiés bajo la mesa algunos de los presentes. Estoy seguro que no faltaron deseos de interrumpirlo, sin embargo, a esa hora de la reunión y por ser el primero en tomar la palabra, se mantuvo todavía la disciplina y el recato.

Enseguida, llegó el turno para doña *República*, quien aprovechó su alocución para quejarse amarga y tristemente por las afrentas que sufría a causa de don *Mercado*, pero también por parte del señor *Capital*, además de un individuo que todos deploraban, aunque sabían que no carecía de lucidez y hasta cierta razón en su postura, se trataba de alguien que re-

husaba siempre reunirse con esta gente; el escurridizo anciano don *Anarquía*. Además de tener peligrosamente endeudada a la respetable dama, se portaban extremadamente exigentes, al punto de querer sustituir a su secretaria, la señorita Ley. Claro, estos tipos temblaban ante la fuerte presencia de su padre, el abuelo *Estado*, quien por estar convaleciente había optado por no asistir a la reunión. Así que en su lugar estaban su nieta e hija; ésta última dirigía en ese momento la arenga. Seguramente ella se sentía apoyada, sobre todo por las damas; *Democracia*, *Igualdad*, *Libertad*, *Solidaridad* y la joven *Civilia*, que no dejaban de asentir con movimientos de cabeza. Lo mismo que hicieron la mayoría de los caballeros, según pude apreciar en sus gestos.

Hasta donde pueda, extenderé el poder de mi padre, recalcó *República*, al tiempo que golpeaba en la mesa con el puño cerrado. Todos se miraron entre sí, entonces comencé a sentir que mis nervios se querían salir de control. Tuve que esforzarme por parecer sereno, pues la junta apenas comenzaba. El orden en que fueron acomodados los nombres, le dio lugar al ingeniero *Parlamento* para dirigirse al grupo. Duró más de diez minutos recordando efemérides y pidió un brindis en nombre de los caídos en las luchas contra las monarquías, de los trabajadores, de la enferma doña *Clase Media* –por lo mismo también ausente– e hizo que le siguieran con otro choque de copas más, "ahora brindemos por los hombres de empresa, los propietarios particulares; a estos visionarios, dijo, les debemos riqueza, prosperidad y oportunidades".

Don *Mercado* utilizó su tiempo para promoverse como la única solución a la crisis. No hay otra salida, se los juro, dijo con una sonrisa temeraria al concluir su parco discurso. Ense-

guida le correspondió al profesor *Diplomático* usar la palabra y solamente se limitó a elogiar a cada uno de los presentes, con toda clase de términos y aspavientos ceremoniosos. La viuda *Solidaridad* pidió una comprensiva ayuda de los ahí reunidos para, nos lo explicó, hacer obras sociales y asistenciales. Los fondos para ello estaban casi agotados, por lo que su voz era de pronto entrecortada por algún sollozo. Al final su discurso ganó un aplauso.

Llegó el turno para el señor *Socialista*, quien con parsimonia se pasó la servilleta por el bigote cano y bien recortado. Tosió y enseguida carraspeó con evidente ánimo de ordenar sus ideas e invocar la atención de los comensales. Señores, quiero que comprendan el estado crítico en que tenemos al mundo, principalmente quienes han obtenido más ventajas. No tan sólo incrementan sin tregua la miseria de la mayoría, sino que han convertido al ambiente natural en un enfermo en etapa terminal. De no hacer algo de inmediato y en forma contundente, las calamidades se harán sentir con toda su fuerza. Culpo en esta sesión a quienes han sido responsables y por tanto acusados desde siglos, por su miope avaricia, por la falta de escrúpulos al punto de matar por inanición al mundo, extrayendo tantos caudales que se llevan cada segundo, en tanto que la mayor parte de la población del planeta carece de lo indispensable. Huelga decir que las masas han llegado al límite de su resistencia y seguramente lucharán por sobrevivir, aun sabiendo que pueden morir en el intento. A los primeros caídos, enseguida los reemplazarán otros, sucesivamente. Yo solamente trato, con estas palabras, de advertir y evitar en lo posible la hecatombe que se avecina por hambre y destrucción. Sé que fui escuchado y entendido perfectamente, así que

no tengo más que añadir, simplemente espero respuestas. El discurso, suficientemente claro, no dejó dudas de que hablaba con razón y convicción. Al terminar de pronunciar sus frases se hizo un gran silencio.

Estoy totalmente de acuerdo con lo que nos ha dicho el señor *Socialista*, dijo el licenciado *Popular*, a quien correspondía el turno de proseguir con las intervenciones. Señaló con su mano extendida a don *Capital* y estuvo a punto de decir algo, sin embargo, fue interrumpido desde el extremo de la mesa. Más de tres mil años me respaldan, rugió don *Mercado*, aplaudido por el señor *Capital*, por lo que sintió ánimos y golpeó la mesa. Alguien intentó callarlo, pues éste ya había utilizado su turno para intervenir, fue una voz femenina que no alcancé a identificar. El sujeto airadamente ignoró las reglas y hendió el sable de sus amenazas hasta la empuñadura. ¡Guarde silencio y respeto, desgraciado! Lo increpó el señor *Comunismo* con su voz grave. No contamine con su indisciplina sin recato este respetable recinto o lo sacaremos entre todos. Por favor señores, tengan el honor de guardar la compostura en nuestra casa, es una súplica. Quien así habló fue *Democracia*. Enseguida las damas que le acompañaban a su lado aprobaron su petición. *Capital* echaba fuego por los ojos y veía con desprecio a quien había subido el tono de voz hacia su camarada. Sin embargo, don *Comunismo* ni siquiera se inmutó, no le desprendió la mirada. Infeliz, alcanzó a decir antes de apretar la mandíbula.

Nunca pensé que presenciaría algo semejante. El banquete se había convertido más que en un espacio para el debate, en arena para agrios desafíos, una riña sin cuartel, pues toda la concurrencia comenzó a vociferar sin el respeto que debían al lugar, ni tampoco al momento en que cada uno hablaría.

Aquello se tornó estridente, penosamente confuso y si no fuese por mi vocación, seguramente hubiera abandonado el sitio en cualquier momento, pues no soy afecto a los gritos acompañados de tanto desorden.

Noté que la señorita *Civilia* se enjugaba unas lágrimas y le trataban de consolar. Casi como al descuido alguien lanzó una cáscara de fruta al rostro de don *Mercado*, quien para entonces estaba hecho una furia. Usted comenzó este desorden, le increpó el señor *Socialista*, sin duda que el venerable señor *Estado* lo hubiera hecho expulsar, sin importar su fortuna.

La fortuna la tengo yo, corrigió don *Capital* y apuró el último trago de su copa. Masticando un puro, resaltó su gesto llevándose una mano al bolsillo. *Democracia* suplicaba a voz en cuello que se respetase el protocolo. Señor *Medios*, por favor intervenga en este difícil momento. Quien esto me pedía era precisamente el general *Dictadura*. Mostraba el rostro inflamado y seguramente palpaba su escuadra que traía al cinto. Señores, gritó, no quisiera meter las manos para imponer el orden, dejemos que se escuche lo que el señor *Medios* tiene para ustedes. ¿Qué tengo yo para estos desenfrenados?, me pregunté mentalmente. La voz de *Dictadura* fue acatada pues de inmediato se transformó el ambiente, quedando todos a la expectativa. Volvieron nuevamente sus miradas hacia mi persona. Entonces, sin esperar más, dije que faltaba escuchar a tres invitados que no habían tenido oportunidad de ser escuchados. Se trataba de las dos damas de compañía de *Democracia*; *Igualdad* y *Libertad*, así como el joven licenciado *Popular*, a quien le habían dejado con la palabra en la boca. Ellas declinaron el turno para dejar al abogado que expresara su opinión. *Popular*, bastante astuto, se puso de pie y pidió un

brindis por el buen respeto entre toda la humanidad, así como la indispensable concordia que debe prevalecer en los pueblos.

Enseguida comenzó su intervención, sin embargo, su oratoria pronto denotó rasgos de cierta inconsistencia que hicieron que se dudase de la sinceridad que deseaba imprimir en los enunciados. Comenzó a sentirse el vacío de contenido de aquel discurso, de manera que una vez más se escuchó el puño que alguien estrelló en la mesa y lo pararon en seco. Don *Mercado* nuevamente interrumpía al invitado. Enseguida *Capital* hizo lo mismo y ambos se pusieron a hablar atropelladamente en contra de lo dicho por *Popular* y nuevamente aquello volvió a la desordenada bulla que el general *Dictadura* tuvo que atajar. Una vez más el general se puso de pie y lanzó un grito espantoso, sin embargo, en esta ocasión ya nadie se preocupó por obedecerle y las voces subieron de tono. Estaba tan descompuesto por lo que sucedía, que sacó la pistola y soltó un tiro hacia el techo. La bala rebotó en un candil de bronce y se apagó una bombilla. De inmediato todos se callaron y hasta pude ver a algunos echarse al suelo. –Señor *Medios*, hable usted–, me volvió a decir, aunque ahora más bien dictaba una orden. No tuve escapatoria, así que tratando de tomar aliento me acomodé las gafas, quité con el pañuelo algo del sudor que mojaba mi frente. Señoras y señores, he tomado nota de cada palabra que se ha vertido en esta reunión, lo mismo que de algunos otros detalles que informaré a la opinión pública mañana mismo. En los primeros matutinos se podrá leer lo que ha sucedido gracias a la participación de todos ustedes.

Di en el blanco, pues noté que los más escandalosos se pusieron lívidos. Estoy aquí para servir a la verdad. Lo cual quiere decir que trataré de ser lo más transparente posible en

dar al juicio colectivo los pormenores de esta asamblea. No se escuchaba más que el ruido del viento al pasar por las enredaderas y arbustos del jardín y el tintineo de un cubierto que alguien golpeaba quedamente en una de las copas. A lo lejos se oyó el ulular de una sirena y eso me dio una idea para pronunciar la siguiente oración. Ese sonido, continué, me hace recordar las guerras y por lo visto aquí se ha descuidado esa posibilidad. De acuerdo a como se encuentra el mundo hoy, tal cosa sería la mayor fatalidad y según la forma en que algunos caballeros presentes tomaron los asuntos, el infierno puede prenderse en cualquier madrugada, mañana o tarde de estas. Os rogaría meditar un poco acerca de lo que han contribuido, para bien o para mal, en sus trayectorias. No quisiera, ni es mi papel, no me corresponde, ser juez o árbitro de lo que veo y escucho en este banquete, pero he visto y escuchado cosas. De manera que, si no se concluye en forma civilizada la reunión, se causará otra gran pena a la humanidad.

Me escucharon, inclusive con una atención que sobrepasó mis expectativas, sin embargo, el gesto de algunos, los que seguramente identificarán los lectores de lo que salga publicado sobre esta junta, tenía un cariz de cínica indiferencia, por tanto, seguramente las cosas del mundo no tendrán mayores sorpresas y se impondrá sin duda la rutina de la deshumanización, que caracteriza a esta extraña especie. Después de aquello que pronuncié ya no hubo quien alzara la voz. Murmuraban, eso sí, incesantemente. Cada quien hablaba con el de al lado y no hubo ya más discursos. Sirvieron café los mozos y a poco se retiraron los invitados, me pareció que casi en el mismo orden en que habían llegado. Excepto yo, porque era preciso presenciar, para dar cuenta de todo, hasta el final.

El Gritón

—Ya no podemos seguir con el Gritón.

—Dale otra oportunidad, Constelación.

—Nos va a arruinar, Elías, más de lo que estamos.

—No hay a quién dejar en su lugar, Conste. Acércate una vela porque no tarda en apagarse la luz con este vendaval.

—Pues ya buscaremos otro que…

La mujer no terminó la frase, porque se lo impidió una ráfaga que abrió la puerta de lámina del remolque que servía de vivienda ambulante. Volaron varios objetos en el interior, en tanto comenzaron a escucharse los primeros granizos que lanzaba la tormenta. El viento encabritado volvió a soplar sacudiendo unas láminas que se habían desamarrado, lo mismo que unas series de focos que por alguna razón soportaban el embate de la lluvia que venía acompañada de bolas de hielo. Éstas caían como canicas golpeándose en el techo de los camiones o se hacían añicos contra los esqueletos de hierro de los juegos mecánicos. Las lucecillas parpadeaban mas no dejaban de brillar, hasta que se vieron envueltas en un velo gris torrencial que hacía remolinos, como queriendo arrastrar todo lo que se hallaba en el suelo.

—Con este clima se va a poner peor. Tendré que hervir gordolobo para dárselo con canela y miel. Si se calma el aguacero y viene gente, va a tener que trabajar.

—Sírveme otro vaso, Conste.

—¿Qué?, ¿ya se te vació la botella? Ah, qué caray, con esta lluvia, ¿cómo voy a salir por más?

Constelación retiró los platos, tazas con residuos de café y trozos de pan que se hallaban en la pequeña mesa donde colocó hierbas secas extendidas sobre una servilleta. Encendió la hornilla, puso encima de la lumbre un recipiente casi lleno de agua y en éste todo lo que tenía en la mesa: las plantas, unas cuantas flores marchitas que molió con sus manos, así como varias semillas. Un relámpago y casi al mismo tiempo el estruendo que sacudió el piso, hizo que la pareja se abrazara. A los pocos segundos se fue la luz, quedando todo en la oscuridad. Los destellos que provocaba cada rayo iluminaban las estructuras mecánicas del carrusel, junto con los tres o cuatro aparatos que había, más el puesto de tiro al blanco. Con esto se componía la feria de barrio. Ya tenían lista la vela y Elías sacó de todas maneras una linterna del cajón de las herramientas. El agua comenzó a colarse por las ventilas, a pesar de que éstas se hallaban completamente cerradas. Era tal la fuerza del viento que se sentía la brisa en el rostro. El olor característico de la madera cuando se humedece impregnó el pequeño compartimiento. Para esto, ya se habían colocado algunas toallas enrolladas que evitaron que el agua siguiera su curso hasta el suelo. Estaban empapadas, pero cumpliendo su cometido.

—Mujer, asómate debajo del colchón, me parece que ahí tengo una anforita de brandy; puede ser que me quede algo.

—Mejor tómate una taza de este remedio que le preparé al Gritón.

—Me sienta más el vino para pasar estos chubascos.

Constelación se dirigió a la parte trasera del vehículo, tanteando con las manos para no golpear la cabeza contra alguna repisa o algo fuera de su lugar. Calculó el sitio donde estaba la esquina del colchón y en eso topó con la piel suave de pelusa; típica perrita faldera que dormía al lado de Mátrix, un gato castrado entrado en años. Levantó un poco y extrajo la pequeña botella, pero estaba vacía. No había licor ni para un trago.

—Se te acabó el vino, pero si deja de llover pronto, te consigo algo.

—Pues, aunque sea dame de eso que le estás preparando al Gritón.

—Te va a caer bien, es simple medicina de rancho. Aunque no en todos los ranchos la encuentra uno. Parece que ya se está pasando la lluvia.

—Ya no salgas, Conste, deja al Gritón para mañana, a lo mejor se durmió aprovechando la oscuridad y que ya nadie sale de su casa. Con este aguacero hasta se los puede llevar una crecida.

—Nada de eso, tenemos que abrir al rato, en cuanto conecten la luz. Al cabo esta tormentita ya se fue para otra parte. Pásame la sombrilla que está ahí recargada para llevarle esto. No vaya ser que de veras se duerma a esta hora que no es ni tan tarde ¿Qué horas son?

—Son las nueve y cuarto. Esta agüita no quiere parar, ha de estar repleta de charcos toda la calle. Mejor consíguete un chisguete de alcohol y nos lo tomamos tú y yo para dormirnos a gusto.

—No, qué tomamos, ni qué tomamos, déjame agarrar el paraguas, hazte a un lado, Elías, me voy con el Gritón para despertarlo, seguro está bien dormido.

—Deja al Gritón en paz, mejor acércate antes de que se prendan los focos. Te voy a dar un buen apretón, de lo que te gusta, ¿ah no? ¿luego?

Constelación se fue en busca del Gritón, llevando un termo con el contenido del remedio casero. En media hora por fin escampó y encendieron las series de focos, la consola comenzó a sonar, atrayendo con sus notas a la gente que se animó a sortear las corrientes que todavía descendían por las calles de tierra dejando grandes surcos. En un rato se llenó la feria, se apretujaba la concurrencia para subir en los carritos, tirar con los rifles de municiones o corchos, mientras varios niños esperaban turno en el carrusel de animales. El aire húmedo se cargó de olores: a guasanas cocidas, cacahuates y elotes asados, junto con salchichas y algodones de azúcar.

—Laaa sandíaaaa, que te comes fríaaaa.

—Eeel bandolóóón, que te da un resbalóóón pa que se te quite lo…

—Laaa estrellaaaaa, que te alumbraaaa.

La voz afónica del Gritón se escuchaba por el altavoz. Tomaba con una mano el mango del micrófono, mientras con la otra barajaba la lotería. A veces le interrumpían las ganas de toser. Llevaba un paliacate bastante arrugado para taparse la boca. Entonces, los jugadores quedaban en suspenso, contemplando el tablero con los granos de maíz que ya habían colocado y mirando de reojo al Gritón, mientras éste hacía un esfuerzo formidable por continuar gritando la lotería. Ya no era voz lo que le salía sino un hilillo ronco, carraspeado, que pronunciaba los nombres de las cartas con bastante dificultad. Algunos llegaban a interrumpirle con tal que les repitiera lo que de pronto les parecía inaudible. Tal vez eso les desanima-

ba a continuar las tandas por lo que pronto se retiraban. Eso al menos era lo que pensaba Constelación Robles, la dueña del negocio que acompañaba a la feria a donde ésta se movía. Muchas veces se juntaban con algún circo y entonces la lotería era más concurrida porque al salir de la función, la gente en los barrios o pueblos ya no tiene muchas opciones a dónde ir y se queda hasta que los encargados comienzan a apagar las luces o se vende la última fritanga en los alrededores.

—Eeeel barril sin fondooo.

—Laaa escaleraaa pa´ llegar a… La lunaaa.

—Eeel violoncelooo.

Se oía la voz del Gritón, apenas inteligible, a pesar de la ayuda del aparato de sonido. Se pasaba esas horas rodeado de muñecos de peluche, adornos de cerámica, aparatos eléctricos, entre muchos objetos que servían de premios a los ganadores que tenían la suerte de llenar más pronto que el resto de los jugadores su tablero de figuras. El Gritón cumplía su tarea cada noche en todas las ferias. Dormía con su catre dentro de una tarima de tablas que se cubrían con lonas y trozos de plástico. Acostumbrado al frío que azota las calles en la madrugada o las heladas de las zonas despejadas, no usaba más que una cobija. Fumador de toda la vida y la mitad de ésta aficionado a toda clase de sustancia etílica, el Gritón tenía (y lo sabía) daños en la garganta y los pulmones. Solo, se incorporó con el negocio de Elías y Constelación cuando el padre de ella se fue de este mundo, dejando vacante el lugar del que grita la lotería. Le dieron oportunidad y pronto se olvidaron de su verdadero nombre, hasta él mismo. Para todos era simplemente el Gritón: Los niños de las colonias donde se paraba la feria le tenían un cierto afecto porque a veces les

permitía jugar gratis, a escondidas de los patrones. Su vida era durísima, pues cuando no se pasaba las noches en vela espantando las ratas que rondaban buscando la comida dejada en el suelo mugriento de las calles o baldíos, tenía que vérselas con borrachos o vagos que merodeaban en busca de algo descuidado para aprovecharse. Riñó muchas veces con toda clase de individuos marginales. El rostro lo atestiguaba con varias cicatrices. Deambuló en circos y ferias, hasta que se encontró con la familia de Constelación, quienes le brindaron un hogar ambulante, comida y trabajo que le daba lo suficiente para comprar las escasas pertenencias que usaba o guardaba. Cuando su voz tenía los registros de la juventud, el Gritón era capaz de hacer que ésta se escuchara en todo el perímetro de la zona ocupada por los juegos y puestos de vendimias, hasta las calles aledañas, sin ayuda de amplificadores. Era una publicidad infalible y vital para quienes le dieron el trabajo.

—Eeel Borrachooo que no come lumbreee pero se hace el Valienteeee

—Eeel Nopaaal para calmar el hambreee del Soldadoooo

—La Chalupaaa donde se pasea la Sirenaaa.

En esos tiempos no pasaba tantas noches en soledad entre los cajones de tablas porque no faltaron las palomitas nocturnas para hacerle compañía en ese lugar tan estrecho y frío, casi a la intemperie, pero que los plásticos sobrepuestos, una cobija más la oscuridad, le convertían en algo como un nido acogedor que igualmente servía de refugio a uno que otro perro que se guarecía tratando de pasar desapercibido.

El humo, el polvo, junto con el sereno tantas veces respirado, atrofiaron, poco a poco sus tejidos. No se diga los incontables tragos de bebidas heladas. Aun así, el gritón no se

dio nunca por vencido. Él mismo se preparaba cuanta receta le recomendaban. También fue a ver doctores que le atiborraron de pastillas, pero nunca lo revisaron a fondo, si no, hubieran previsto que el Gritón tenía cáncer y por eso se le iba la voz y la vida. Habían pasado algunos años sin fumar ni tomar cualquier clase de alcohol. Pero también fueron muchos de no tener cuidado alguno, por lo que las secuelas operaban en su cuerpo con toda puntualidad. Lo más triste de todo, reflexionaba cuando estaba a solas, cosa por demás casi cotidiana, es que el punto más vulnerado era precisamente el lugar que necesitaba para vivir, es decir, la voz. Por lo demás, se hallaba en condiciones muy aceptables para un individuo de su edad, que ha llevado tal clase de vida que no es posible definir con términos como dura, difícil o ruda, porque es mucho más que eso.

—Eeel Soldadooo.

—Laaa Damaaa.

—Eeel Valienteee.

El Gritón ya no podía más. Sudaba cada vez que comenzaba una partida, así que el pañuelo estaba empapado de la purulencia que exhalaba y, por si fuera poco, le venían los ataques de tos cada vez más constantes. Por eso Constelación estaba desesperada, por el estado del Gritón y porque Elías no abandonaba la botella. Cómo olvidar cuando el Gritón cayó con cuarenta de fiebre y lo tuvo que dejar en el piso del tráiler una semana envuelto en cobijas mientras se recuperaba. Casi todos esos días Elías roncaba con el estómago lleno de tequila, incapaz de tomar su lugar y conducir la lotería. La vez que lo intentó fue tan notoria la borrachera que ni siquiera podía pronunciar las palabras. Él se consideraba exclusiva-

mente mecánico electricista. Su oficio consistía en dar cierto mantenimiento al equipo que conformaba la feria, reparar lo que lograra cuando se descomponía algún aparato y además era el experto que instalaba los "diablitos", para que el patrón se ahorrara el costo de la luz.

En tanto que los carritos, caballitos, lanchas u otros juegos daban vueltas, Elías tenía tiempo libre que dedicaba invariablemente a libar. Recibía un salario por sus servicios, por lo que el negocio de la lotería era administrado por Constelación, quien a su vez lo heredó de sus padres. Cada vez menos gente se acercaba a jugar y el Gritón sentía que se convertía ineludiblemente en una carga para la pareja que le había dado un espacio para llevar su vida. Cuarenta años atrás lo recogieron de las calles inmundas los miembros de una familia que se hizo suya con el tiempo. Se entendió de maravilla con los hermanos de Constelación, quienes a su vez crecieron retirándose cada quien a emprender negocios o trabajar en lo que pudieron acomodarse.

Llegó noviembre encontrándose la feria junto a un circo que exhibía sus miserias en un arrabal. El gritón no faltaba a su cita diaria con la lotería, ni dejaba de tomar remedios que en realidad ya no le provocaban efecto alguno.

—Laaas Jaraaas.

—Eeel Gallitooo que te despierta solitooo.

—La Muerte que viene a raíz.

El gritón ya no pudo pronunciar nada cuando le faltaban solamente cinco cartas. Un niño quizá de once o doce años lo observaba atento, sin descuidar su juego. Notó el sudor que le escurría por la cara al Gritón. Se levantó, dejando la tablita casi completamente llena de granitos de maíz para colocarse

junto al micrófono que sostenía el Gritón y pronunció junto con él:

—La Pera para que la muerdaaa tu abuelaaa.

—El Mundooo que se va rodando.

—El Diablito cornudo y panzón.

—El Catrín como ese que está ahiiii.

— El Sol que es la cobija de los pobreees.

— ¡Lotería! –Gritó alguien. La tanda había terminado.

El pequeño espejo ovalado

Por esos juegos de lotería en que a veces parece convertirse la vida, donde los jugadores sucumben en la ruina o pasan de súbito a ser los amos del tablero, Santiago, uno de tantos vecinos que comparte la cuadra, recibió, después de un disputado litigio, una casa de antigüedades como parte de una herencia familiar.

El negocio ocupaba un local grande, donde había toda clase de mobiliario europeo o de estilo regional del que se utilizó en las Colonias Americanas desde mediados del siglo XVIII. Alargadas mesas de comedor con sus sillerías, trinchadores, repisas, una variedad de candiles, cómodas, recámaras, armarios, mesitas de té, cientos de objetos, blandos, acojinados, tallados, pulidos, mullidos, lisos, con madera, metales, cristal, marfil, nácar, alabastro, ámbar. Había relojes de diferentes estilos y épocas al igual que alfombras orientales, tapices de Andalucía o de Persia, lámparas y hasta instrumentos musicales como pianos, arpas y, violonchelos. También pinturas con retratos de gente, paisajes o animales, infinidad de imágenes que se acumulaban junto con pequeñas esculturas, vajillas y utensilios en diversos acabados y estilos.

Al encontrase en una avenida céntrica, la gente que atendía asuntos por la zona o simplemente paseaba, con frecuencia se introducía a curiosear en los salones que exhibían tal can-

tidad de cosas. Los empleados iban y venían por los amplios corredores repletos de mercancías que habían deambulado cambiando de dueño. Se decía que, además de lo que estaba a la vista, había muchas cosas más guardadas en el enorme sótano del edificio.

Santiago o don Santy, como le decían los conocidos del barrio, había obtenido jubilación por una empresa de laboratorios médicos, donde se desempeñó treinta y dos años como agente de ventas. Los trámites para recibir la pensión le llevaron varias semanas de idas y vueltas a las oficinas de la empresa y las instancias burocráticas, hasta que por fin se disponía a descansar haciendo algo de arreglos a la vivienda o pasar las horas ocupándose del jardín.

En cuanto logró por fin dedicarse a estos asuntos, le dieron la noticia de la herencia. No tenía ni la más remota idea cómo administrar semejante empresa cuyo avalúo era millonario en bienes usados, muchos de los cuales se cotizaban en el mercado de los coleccionistas.

Pasó de una vida endeudada a una existencia ajetreada por lo que representaban los bienes y el vaivén mercantil de la casa de antigüedades más prestigiosa de la región. Llovían pedidos de clientes que buscaban con urgencia determinado mueble o artículo, generalmente para decoración o incluso para revender o surtir en otras tiendas.

No ignoraba Santy que el almacén de objetos arrojados por el tiempo hubiese sido de un familiar, aunque había mantenido con éste o mejor dicho con éstos, porque se trataba de una familia, una relación completamente distante. De manera que jamás pasó por su mente contemplarse en semejante posición.

Los fundadores y dueños riñeron entre sí, hasta que llegaron en cierta forma a matarse por la herencia. Unos enfermaron de rencor y murieron ahogados en sus rabietas, con las entrañas endurecidas, en tanto que otros se golpearon dejándose mal heridos. Así se extinguieron todos los miembros de esta estirpe, menos uno, un hijo único que nunca gozó de riquezas y quedó en la orfandad cuando vivía la infancia, el mismo que a lo largo del tiempo se hizo don Santiago.

Para él fue toda la herencia que consistía en varias propiedades, tanto en el campo como en la ciudad y junto con todo eso, la tienda de antigüedades. Sólo, tendría que vérselas con aquello. Hacía diez años había quedado viudo de un matrimonio donde no hubo hijos. De manera que fue necesario contratar administradores y una secretaria. El despacho de un conocido se hizo cargo de la administración de los bienes y él, directamente, se puso al frente de la gran tienda. Le llevó varios días conocer a todo el personal, así como aprender los nombres de los empleados.

De aquél cúmulo de cosas, el último dueño que había sido tío de Santiago conservaba algo que sobreestimaba más que todo. Lo guardaba en una bóveda que hizo construir junto a su oficina. Era una caja metálica que contenía objetos encontrados en otros objetos, es decir, perdidos por sus dueños al tratar de esconderlos. Había desde anillos, hasta cartas enrolladas con ramilletes de flores secas. Cofrecillos con monedas, diarios personales, recetas, dagas, abanicos, piezas dentales postizas, sobres con rizos de cabellos, fotografías y daguerrotipos, municiones, una que otra pistola, espuelas, peinetas, perlas sueltas, brillantes incrustados en alhajas antiguas que perdieron sus pares o juegos. Era común que al restaurar un

mueble aparecieran bajo el tapiz o en compartimientos secretos los fajos de billetes u otros objetos inimaginables. Eso es lo único que le agradaba conservar al viejo que creó y condujo la firma, el negocio familiar.

Cada vez que un empleado tenía la suerte de encontrar una de estas rarezas que se quedaron involuntariamente ocultas, que le brotaron al descuido u otras intenciones de quienes las pusieron ahí, inmediatamente daba aviso y entregaba al patrón lo hallado. Lo mismo si fuese una humilde estampita de algún santo, que alguna otra cosa como una moneda, un llavero, algún manuscrito o lo que fuere.

Habitualmente las camionetas que llevan carga hacen sus maniobras dentro, donde hay un patio grande, permaneciendo ahí varias veces durante la jornada; aguardan mientras bajan o suben los muebles o lo que sea que lleven o traigan, por lo que de continuo entran o salen del lugar. Una de estas camionetas que pueden llevar hasta tres toneladas de carga, fue estacionada para que los empleados descendieran un antiguo ropero construido con cedro americano. Estaba impecable a pesar de los más de ciento cincuenta años de antigüedad. En cuanto terminaron la maniobra y no bien se había retirado el vehículo, alguien gritó con un alarido espantoso que erizó la piel a los que estaban cerca. Inmediatamente se percataron que un hombre estaba en el piso, un empleado de los más veteranos yacía con los ojos abiertos y las pupilas detenidas en un punto que las congeló de manera terrorífica. Estaba boca arriba, quedó sosteniendo un pequeño espejo ovalado. Nadie se explicó la muerte súbita de aquel individuo. Los servicios de emergencia acudieron en menos de cinco minutos y el cuerpo fue retirado más tarde por el personal forense, sin ninguna posibilidad de reanimación.

La tienda abrió como de costumbre sus puertas a la mañana siguiente. Se hablaba en voz baja sobre la extraña forma en que había muerto el compañero, no hubo quien viera ese momento pues se encontraban realizando sus distintos quehaceres. A nadie se le ocurrió tampoco pensar que el espejo hubiera tenido algo que ver con lo acontecido, hasta que dos semanas después se volvió a escuchar otro grito semejante. Cuando fueron a mirar encontraron otro hombre muerto y a pocos centímetros, el espejo ovalado. No había evidencia de que en esta ocasión lo hubiera tomado en sus manos, pues éste yacía boca abajo y el espejo quedaba fuera de su alcance. Sin embargo, ahí estaba, muy cerca de él. El ánimo del personal había decaído bastante, dos pérdidas en unos cuantos días no era algo para tomarse a la ligera, por más que sea natural morir. Sobre todo, si las muertes ocurrieron en forma por demás misteriosa, tratándose de personas normales a quienes no se conocía padecimiento alguno.

Alguien comentaba que el espejo venía en un cajoncito del enorme ropero, oculto entre papeles amarillentos. El primero que murió lo extrajo de ese lugar. De manera que se trataba de uno de esos objetos que coleccionaba el señor Martínez, el tío difunto de Santiago. Si continuaba la costumbre, el pequeño espejo ovalado tendría que ir a la bóveda al lado del muro de la oficina central, ahora ocupada por don Santy, quien no había mostrado interés por los objetos ahí guardados. Si acaso contempló brevemente algunas fotografías y olisqueó cartas perfumadas, pero nada más. Eso sí, hizo cambiar la cerradura para asegurase que nadie más poseía la llave.

Cuando le comentaron sobre el espejo y la forma en que fue hallado, le sugirieron guardarlo entre los objetos ocultos

dentro de otros, como lo hacía el antiguo patrón. Santy aceptó y llevó el espejo a la bóveda. Abrió la pesada caja de metal y lo colocó encima de otros objetos. Con la escasa luz que había no le pareció muy clara la figura que apareció en la superficie bruñida del espejo. Un rostro que horrorizó a Santy, al punto de que casi le sobrevino un infarto. Alguien reflejó su imagen sin estar ahí. El hombre quiso soltar un grito, pero éste se ahogó en su garganta. Se dejó caer al piso, con el corazón angustiado, latiendo como si aleteara un ave perseguida. Inmediatamente se cubrió de sudor y pensó salir de ahí lo más rápido posible, pero no había respuesta del cuerpo. Las piernas estaban tensionadas e inmóviles. Todo el temple adquirido en años, aparentemente, se desvaneció en instantes, la tremenda sorpresa invadió su cerebro, como un intruso que se mete a perforar los sentidos.

El espejo seguía en su lugar, es decir, en el sitio donde lo colocó su nuevo dueño, encima de otros objetos que reposaban en el arcón metálico. Éste, lentamente se reponía de la impresión, sin embargo, no se libraba aún del terror. El recuerdo de una silueta alargada que no pudo observar el tiempo suficiente como para captar algún rasgo, le mantenía todavía en el piso, incapaz de moverse, ponerse de pie y dirigirse hacia alguna parte. Pensaba que si llamaba en voz alta o gritara con todas sus fuerzas para solicitar ayuda, al mismo tiempo desataría la fuerza de aquella aparición y se volvería implacable, quien sabe si sus arterias y sobre todo el corazón pudieran resistir tal cosa. O antes le ganara la locura. Trató de tranquilizarse y enfrentar por sí mismo el restablecimiento. Pensó incluso hacer añicos el espejo sin ver fijamente su luna. La idea le devolvió el temor. Algo grave sucedería sin duda al hacer el intento o consumar eso.

Le costaba aceptar que había visto algo real, es decir, fuera de su imaginación. Pero fue demasiado claro, aunque duró un instante y enseguida soltó el espejo que por casualidad no se quebró sobre los otros objetos, quedando encima y en la misma posición. Cerró los ojos y procuró relajarse, ya había pasado la sensación de ser observado desde otra dimensión que casi le costó la vida por lo intempestivo que fue.

Se sintió con el valor suficiente, tomó la decisión, se incorporó y miró nuevamente hacia el cajón, fijando la vista en el espejo. Éste reflejaba parte del techo y el ventanal por donde ingresaba la poca luz de la habitación que servía de despacho y almacén de ciertos objetos recolectados. Lo tomó por el mango y contempló su rostro. De pronto dos figuras se contemplaron también en ambos lados. Se asomaron desde atrás de su espalda y las pudo ver bien. Masculinas, sin edad definida, con los ojos entre cerrados, como si les encandilara la luminosidad. Apretaban los labios como para no dejar escapar el más leve sonido. Santy sintió que se le erizaba el cabello y comenzaba a flotar, el miedo le helaba las orejas, sentía escalofríos. Cerró los ojos y los abrió de nuevo, las caras desaparecieron.

La mano tenía dificultad para seguir sosteniendo el espejo, estaba como entumida y por ello lo cambió a la otra. Tratando de dar firmeza, pero era difícil con tanto temblor que venía en oleadas desde los talones. Volteaba hacia las paredes y el techo, como para sorprender a quien acaso anduviera por allí y nuevamente veía el espejo, por si volvieran a mirarse en él. Enseguida, tuvo la idea de buscarlos con el espejo en los rincones de la pieza. Lo inclinó y efectivamente volvió a aparecer una parte de un cuerpo, la cintura, el antebrazo y

la pierna, el resto salía del óvalo y no se encontraba en el salón. Siguió el movimiento de la silueta y captó de nuevo un rostro, después otro y otro más que desapareció rápidamente. Eran hombres, dos de ellos llevaban barba larga y estaban encapuchados como los monjes antiguos. Parecía que oraban o hacían penitencia por el gesto adusto y el silencio en que soportaban los flagelos. Después apareció una pareja que sin conocerles dedujo que eran sus padres.

Santy se miró nuevamente y casi suelta un alarido cuando vio su cabello totalmente encanecido. Lo invadió una angustia borrosa que lo llenó de confusión y súbita melancolía. La experiencia lo había hecho envejecer en unas cuantas horas. Con los ojos rasgados por el lagrimeo se contempló la cara tapizada de arrugas, los lunares agrandados como si fuesen verrugas. Además, distinguió algo de calvicie sobre la frente. Rompió en llanto como un niño invadido por el desconsuelo. Fue así como lo escucharon y acudió alguien para ver que ocurría. Lo encontraron en posición fetal, con el dedo pulgar entre los labios, como una criatura que dormía apaciblemente, un sueño de ángeles del que ya no despertó jamás. Junto a él estaba el pequeño espejo ovalado que daba cuenta de los últimos resplandores del día. Nadie advirtió que reflejó tres siluetas que salían, flotando, por la ventana.

El sapo

Esta es una historia real, aunque parezca un cuento. Sucedió ante mis ojos y por eso la puedo contar, tal cual. Fue hace poco, durante la luna pasada. Veníamos, ella y yo, cortando camino a través de un parque que le llaman "Sierras Hotel". Ya había oscurecido cuando acabamos de cruzar, llegamos a la bocacalle donde encontramos un grupo de cuatro mozalbetes. Hablaban en voz alta al andar y vimos que se pasaban con los pies un objeto, como si fuera una pelota, pero eso tenía más bien la apariencia de una fruta aplastada, hasta pensé en una rata muerta, ya disecada por la intemperie.

Pero no, no era nada de eso, sino que se trataba de un sapo, un pobre sapo que sufría los golpes de los zapatos de los muchachos que se divertían martirizándolo. Ella percibió antes que yo de qué se trataba aquella jugarreta cruel y no dejó pasar ni una fracción de segundo para recriminarles su alevosía. Los chamacos ni contestaron nada y siguieron su camino, ya sin patear sapo alguno. Por suerte, el batracio no quedó reventado ante tal superioridad de fuerzas y lo vimos que saltó. Fue cuando creyendo hacerle un favor decidí llevarlo al jardín, donde se hartaría de insectos, al igual que lo hacen otros sapos que se esconden y viven por ahí. Quizá se haría de compañeros, con suerte hasta una pareja.

Busqué una bolsa de plástico, pues siempre le tuve algo de repulsión a ese líquido que sueltan desde algún lugar de su cuerpo cuando se les acosa y se sienten agredidos. Dicen que causa ronchas. Ya me han "orinado" cuando era muchacho los sapos, y no me causó nada raro en la piel, aunque es mejor prevenir. Me dispuse a atraparlo al percatarme de algo que se me metía por los oídos y me saturaba por dentro la cabeza. Era un ruido parecido al balar de las ovejas, pero acuoso y grave, como un ronquido vibratorio que hacía estremecer el aire. Producido seguramente por cientos de sapos que se buscaban en las proximidades de las charcas que hay en el parque, esas mismas que reflejan cómo se visten los árboles según las estaciones, hasta quedar desnudos en el invierno. Me di cuenta que hacia allá se dirigía el sapo, cuando se tropezó con las "patas" de esos malvados que, sin pensar en su daño, en su miedo, lo pateaban como patear una piedra, "jugando". Debió ser muy resistente para aguantar.

De todas maneras, no desistí en la intención de llevarlo hacia nuestro jardín, de manera que logré atraparlo pese lo oscuro que estaba el suelo. A los pocos segundos lo liberé dentro y cerré el cancel.

Me olvidé del sapo en cuanto estuve dentro de casa y no recuerdo qué es lo que me hizo salir de nuevo; como que estoy recordando un compromiso con alguna amistad, como sea, el caso es que salí y me encuentro con el pobre sapo dando brincos pegado junto a la cerca, tratando de cruzar sobre una pequeña barda, desesperado por saltar hacia fuera para alcanzar a llegar al estanque donde tenía lugar la reunión que organizaron los de su especie. Por cierto, ante un mandato curioso de la madre naturaleza, una especie de "finta", que les jugó

la estación, pues en pleno invierno se presentaron unos días soleados y cálidos, como una anticipada primavera que tal vez confundió a los órganos reproductores de los sapos, su calendario biológico o algo parecido que los dispuso a llamarse y cortejarse esa noche cerca del agua.

Lo escuché que maldecía con su voz baja y ronca: "mal le vaya a ese entrometido que se me atravesó, ¿cómo es posible que me dejara encarcelado? Total, al tipo ese que me trajo a patadas desde media cuadra ya le faltaba poco para llegar a la esquina y tal vez con una sola patada más se hubiera cansado de patearme, dejándome adolorido pero libre. En cambio, aquí estoy adolorido y preso. ¡Uf!"

Lo decía con tanto resentimiento y convicción que me preocupé. Finalmente yo era responsable de su situación. Primera moraleja del cuento: "aunque veas a un prójimo que lo lleva el destino a patadas, no siempre es bueno sacarlo de ahí, pues se perderá de ser alguien entre los suyos".

Tomé nuevamente la bolsa de nylon, con algunos engaños y ayudado de un palito, hice que el sapo saltara dentro de ella. Lo llevé donde ya no había calle y con seguridad podía introducirse entre la hierba, hasta llegar a los estanques en cuyas márgenes seguramente se amontonaban los sapos. Lo solté e inmediatamente dio varios saltos en dirección del llamado de sus congéneres. Alcancé a escuchar que me dio las gracias, pero con la prisa que llevaba no le entendí muy claro. La segunda moraleja es que; si no lo hiciste bien a la primera, es posible que haya otra oportunidad.

La Emperatriz

—Te voy a dejar al niño, Omar, voy a casa de mi madre, para que nos preste otra vez, no salimos ni el día con lo que tenemos.

—Espera, Laura, en el patio hay algunas cosas que puedo vender, tú no salgas, déjame a mí.

—En lo que te vistes, Dieguito se puede despertar y ni siquiera tengo un poco de leche, déjame, voy yo, quédate a cuidarlo; antes del anochecer estaré de regreso. Mientras, le das algo de sopa, tú también puedes calentar unos frijoles que se quedaron de ayer.

No tenía humor de estar otra vez discutiendo con Laura, la resaca por las cervezas que había tomado me tenía con un sabor amargo, sentía punzadas en la cabeza, como si me dieran de golpes por dentro, así podía acabar alguien diciendo lo que no se debe sacar a la ligera; ella o yo. Pero también me traía mosqueado la idea de que esa reunión con los amigos me distrajo, no escribí ninguna nota para el periódico. Ya me había advertido el director que nos tenía en observación a Luisito y a mí, además se rumoraba que despediría empleados para no tener que cerrar el negocio.

—Laura, dame un par de horas, necesito que te quedes en la casa, no he logrado escribir, si llego en blanco a la oficina capaz que hasta me quedo sin trabajo. Voy rápido a vender eso que tengo amontonado y seguro te traigo unos pesos. Me

quedaré toda la tarde, llamaré por teléfono a ver si saco alguna información de los colegas o de lo que tengo por ahí entre mis notas.

—Apúrate pues, pero no te dediques a tomar con tus amigos cuando no tenemos ni para comer, te juro que me dan ganas de largarme por estar así, esto ya se te hizo costumbre, no se por qué no eres el mismo.

—Tienes razón, pero también debes tomar en cuenta que no sigo la parranda con ellos. Seguramente amanecieron en algún antro, o en la casa de Juan, hasta la madre de borrachos. Yo solamente me tomé unas cuantas chelas, precisamente porque no quiero que empeoren las cosas entre nosotros.

Me di un baño, tomé dos tazas de café, metí las botellas vacías junto con unos aparatos descompuestos en un costal y caminé unas cuadras, hasta el tianguis. Me acerqué primero con Miguel, donde vendía fierros viejos, cosas usadas, pero no tuvo con qué pagarme aquello que le ofrecí, apenas comenzaba a circular la gente y no lograba vender nada todavía.

—¡Carajo!, siempre sucede así cuando anda uno más apurado. En la bolsa del pantalón llevaba una cadenita chapada de oro que encontré y guardé, para cuando se viniera una situación como esta. Sin pensarlo mucho caminé un poco más, entre los puestos callejeros hasta el lugar donde estaba, como cada domingo, *doña Pasita*, La vieja Paz Gertrudis, siempre geniuda pero buena señora. Ella es prietita, toda la cara tapizada de lunares que casi ni se le ven por lo oscuro de su piel, completamente arrugada. Así que le venía muy bien el diminutivo de su nombre; "Pasita".

La lleva cada semana en silla de ruedas su hija Violeta, a quien todos llaman la jefa porque se encarga de distribuir los

lugares de los comerciantes; toda esa gente que desde la madrugada comienza a llegar para instalar sus cachivaches o alimentos frescos, por cuadras y cuadras, bajo tenderetes tirados por mecates atados a postes que detienen las lonas para protegerse ellos y sus mercancías de los rayos del sol o también la lluvia que, durante el verano, les suele caer encima.

En las secas, las tolvaneras que se levantan con los vientos que soplan desde la parte poniente del barrio, la más despoblada, arrancan de su lugar aquellas carpas improvisadas. Los dueños mientan madres y maldicen, luchando por sostenerlas como pueden. Queda todo sumido en un terregal revuelto con trapos, pero nadie desiste de seguir en la vendimia ni los clientes se retiran, porque no hay lugar más barato o cercano para comprar.

Entre olores a verdura y pollos crudos recién desplumados, me acerqué a donde se encontraban la jefa y su inseparable viejita, con la intención de empeñar la cadenita, pues a esa hora seguramente Laura estaba desesperada y capaz que se iría con su madre llevándose a Diego Omar.

—Buenos días jefa Violeta, ¿Cómo está *doña Pasita*? ¿Qué dice la buena vida, las trata bien a mis niñas?

—Ay, pero si serás como todos los hombres, melosos, pero nada más cuando se les ofrece algo, ¿qué te trae por aquí tan sonriente? A poco nos traes a vender alguna cosa o a pedir fiado.

—Pues sí, adivinas, ando sin dinero y me urge. En el trabajo no me alcanzaron a cubrir la mensualidad, las cosas andan bastante mal, el dueño nos paga como puede, en partes. Así no rinde y ya se acabó lo que me dieron. Pero no quiero pedir así por que sí, aquí traigo una cadenita con el broche descompuesto. No quisiera deshacerme de ella porque se la

pienso regalar a mi mujer para su cumpleaños. Solamente necesito pedir un poco prestado y dejarla en garantía. Lo devolveré la semana entrante, el domingo ya vengo y la recojo, si me pueden prestar, aunque sea unos cincuenta pesos. Vale mucho más, aunque solamente esté bañada de oro.

—A ver, deja mirarla. La codicia, aunque levemente, le dio otro gesto a la cara de la jefa, en tanto que los ojillos como capulines de *Pasita* escudriñaban el objeto dorado, sin dejar ésta de mover las mandíbulas desdentadas –¿Es bueno eso, hija? Por que ya ves cómo engañan con cualquier cosa que brilla–, argumentó frunciendo la quijada que hacía que se le arrugara más el pequeño mentón. En eso estábamos cuando se escucharon voces que se convirtieron en gritos. Alguien corría y la gente se volteó. No supimos qué era lo que pasaba, el alboroto subía de tono y más gente pasó junto donde estábamos. Unos muchachos que llevaban cubetas en las manos casi nos empujaron al abrirse espacio entre el apretujadero de marchantes y objetos tirados o colocados arriba de cajones de madera o tablas sueltas. –Toma, dijo Violeta, entregándome un billete de cincuenta pesos– Ojala consigas el dinero y me lo traigas para que no dejes que me quede con esto que quien sabe si tenga dueño. El imprudente comentario de la mujer hizo que sintiera un escalofrío por la espalda y tuve deseos de aventarle su mugroso billete, para que me devolviera en ese instante la cadenita, sin embargo, no lo hice porque de súbito un olor como ácido chamuscado y una humareda nos envolvió a los que nos encontrábamos en el lugar. No hacía falta más para saber que había un incendio muy cerca de nosotros. Así que me guardé el reproche junto con el billete y fui a ver lo que estaba quemándose.

A unos cien metros se juntaba el remolino de gente acarreando cubetas. Miré que también jalaban una manguera. Todo el movimiento se dirigía a una vivienda que para entonces ya ni se veía bien porque las llamaradas la envolvían casi por completo. Los cubetazos de agua parecían como vacilada, pero así es el vecindario y algo intentaban mientras llegaban los bomberos.

Hay gente adentro, oí decir, pero imposible que alguien se arriesgara a siquiera acercarse a ese horno cuyo calor se sentía demasiado fuerte y lejos. Aquí tengo una buena nota, pensé, por lo que salí disparado rumbo a mi casa para recoger la vieja reflex y una libreta. De pasada dejé el costal con lo que llevaba a Miguel, –Ahí me das luego lo que puedas sacarle a esto y tomas tu comisión.

Tal como había supuesto, Laura ya no estaba, dejó un recado –Me cansé de esperarte y el niño despertó llorando por su leche.

Chingados, esta mujer no tiene nada de paciencia, me dije mentalmente o creo que sí hablé despacio, pero bueno, mejor así, me volví a decir, trabajo menos presionado. Saqué la cámara de su estuche revisando si quedaba espacio en el rollo, que alcanzara para sacar unas fotografías y al ver que sí había, la coloqué de nuevo y tomé mi libreta. Llegué rápido a donde el fuego ya estaba siendo acometido por los bomberos, había escuchado la sirena y la clásica campana desde que salí a la banqueta.

Un corrillo de mujeres que lloraban insistían en que estaban adentro las dueñas de la vivienda incendiada. Tuve, al escuchar eso, la típica opresión que a pesar de convivir tan cerca de la tragedia humana, entre accidentes o pleitos que

en ocasiones terminan en charcos de sangre, no logro dominar totalmente. Eso sí, ya estoy de alguna manera habituado a hacer mi trabajo, involucrándome lo menos posible en lo que sufren otros. Esa mañana seguramente me esperaba otro dolor de estómago cuando sacaran los cadáveres achicharrados de quienes murieron en ese lugar en llamas. Comencé a tratar de averiguar preguntando entre los curiosos si conocían a las personas que habitaban la casa, que para entonces ya era un montón de escombros carbonizados.

Supe que eran dos mujeres, madre e hija y que nadie las había visto por lo menos en dos o tres días. Tomé la primera fotografía y seguí preguntando, mientras los chorros de las mangueras de los apagafuegos hacían que saliera más humo por el hueco que había dejado el techo que se desplomó en alguna parte o, a través de las ventanas rotas. Todos los presentes suponían que doña Soledad y Carla, su hija que se había quedado soltera, yacían muertas, por lo que esperaban que en cuanto se lograra controlar aquello, alguien rescataría los restos. Pero no parecía que se pudiera apagar. Las dueñas de ese hogar ya convertido en ruinas, de acuerdo con lo que pude averiguar, cuidaban o rentaban sillas de madera y mesas para los bailes. Todo eso ardía dentro dándole a la lumbre más combustible. Saqué otra fotografía a las llamas que hacían crepitar las vigas de los aleros que se mantenían en pie.

Retírense porque pueden explotar los cilindros del gas –dijo uno de los bomberos a la gente que se apeñuscaba mirando–. Y sí, a los pocos minutos se escuchó un estampido que me dejó zumbando los oídos y después se vino abajo una pared completa, dejando ver partes de la casa de al lado que se veía como si estuviera deshabitada. Los mirones corrieron

asustados hasta la banqueta de enfrente e incluso algunos de ellos se alejaron más, pero sin dejar de curiosear.

Dos horas tardaron en sofocar el fuego, aunque no dejaba de salir bastante humo por todas partes. Llegaron dos ambulancias con su personal médico. Alguien les avisó y seguramente acudieron con la idea de auxiliar, por si había algún sobreviviente de este infierno. Pero no, ninguna señal insinuaba de esa posibilidad. En todo caso más bien se requería el servicio forense.

Con un hacha abrieron un boquete en el muro porque la puerta de fierro de la vivienda se atrancó. Entraron varios individuos con sus cascos y botas, además de mascarillas. El olor penetrante me hizo lagrimear. Tomé una fotografía más, justo en el momento en que se introducían aquellos hombres y mantuve la cámara lista por si salían con algún cuerpo. Ese tipo de escenas son las que llevan preferencia en las planas de la nota roja del diario. Ahí estaban unas camillas y los paramédicos observando, en espera.

Sólo hay un animalito muerto ahí dentro –dijo al salir uno de los que habían entrado–. Tal vez un perro o un gato, no se puede saber bien –añadió–. También quedaron varias jaulas de pájaros que desaparecieron, quizá evaporados, esto no lo comentaron, lo descubrí yo al entrar también entre aquellos montones de basura chamuscada, después de identificarme como reportero de prensa con los policías que cuidaban de que nadie se acercara demasiado. Anduve cámara en mano con aquella gente que hurgaba en los rincones, removiendo con las palas en busca de restos humanos. Todo estaba desfigurado, no se sabía qué eran restos de mobiliario o utensilios, y qué otro había sido ropa o adornos, salvo los resortes de

los colchones expuestos que indicaban donde estuvieron las camas.

En la parte de la cocina que se había quedado sin techo, se veían las ollas renegridas, lo mismo que una estufa y un refrigerador que se pasaron expuestos al fuego durante horas. Sin embargo, no había ninguna señal de las mujeres entre tantos montones de ceniza y restos de algo que no se sabía qué. Sin un dato más impactante qué reportar mi nota no tenía valor. Esta paradoja me hizo sentir mal. Qué desgraciada puede ser a veces esta profesión.

El personal de incendios y los policías comenzaron a retirarse. Iban a clausurar la abertura por donde nos introdujimos, por lo que el jefe de la cuadrilla nos pidió salir de aquello. En eso, observé algo en el suelo que permanecía casi oculto por todo lo que le cayó encima. Era como una cajita metálica, un cofrecillo que nadie más notó. Simulando agacharme para anotar algo me puse a un lado y pude ver que estaba cerrado e intacto. Pero no podía alzarlo y llevarlo conmigo así nada más. Entonces me vino la idea de recorrerlo con un pie, asegurándome de que nadie estaba mirando en ese momento y lo escondí más entre los restos aquellos. No me pasó por la cabeza la idea de que pudiese contener alguna cosa de valor, la vivienda era humilde y seguramente las dueñas carecían de objetos costosos, sin embargo, una suposición de que contuviera algo interesante me atrajo con fuerza, pensé que después podía volver para averiguarlo, ya vería cómo.

Caminé pensativo rumbo a la casa. Escribiría la nota, ya trataría de esmerarme en describir detalles para minimizar la falta de impacto por no haber víctimas sobre las cuales narrar los hechos. Me encontré con Laura y mi pequeño que me qui-

so abrazar, pero ella lo impidió al verme el rostro todo lleno de tizne y percibir el olor a humo que me impregnaba –¿Qué te pasó?, preguntó sorprendida.

Nada, simplemente me metí a una casa que se quemó aquí cerca, a unas cuadras. Contesté sin deseos de dar más explicaciones. Enseguida me lavé y comencé a escribir la nota en la computadora que tenía gracias a un trueque que realicé con Luisito, mi compañero de trabajo. Ese hombre sí que tomaba alcohol para disipar sus problemas familiares, por lo que seguido andaba con apuros económicos.

Al día siguiente llegué puntual a las siete de la mañana a la sala de redacción. Llevaba en el bolsillo el *pen-drive* con el archivo y estaba dispuesto a colocarlo en una de las dos computadoras que tenemos para hacer nuestro trabajo, cuando llegó el director –Buenos días Omar, Buenos días, don Eduardo, contesté el saludo– ¿Traes una buena nota? Si, este, creo que sí puede ser, escribí sobre un incendio que ocurrió en mi barrio, una vivienda donde se suponía que habían fallecido las dueñas, la madre y la hija, pero no se encontraban ahí, afortunadamente y nadie supo dar información sobre ellas.

—¿Y de qué vas a escribir entonces?, atajó el director.

—Ya redacté algo, señor, enseguida se lo muestro, en cuanto se imprima lo llevo a su oficina.

—Bueno, espero y tomamos un café, necesito comentarte algo.

Eso último que dijo me dio mala espina. Seguramente hablaría del despido. Vaya manera de comenzar una semana. Serví una taza de café para llevarla al cubículo donde, con desaliento, me dispuse a repasar el texto. No le faltaban detalles puesto que en verdad denotaba que había pulido al

máximo el estilo. No le eran tan indispensables, pensé, los hallazgos macabros para ser un buen reportaje. Describí la ferocidad del fuego y todo lo que había consumido, la parte inicial donde los vecinos trataron de apagar aquello y hasta el cadáver del infeliz animal que murió sin posibilidad alguna de ser rescatado a tiempo. Puse acento en la pobreza en la que se vive en el barrio, habitado por gente trabajadora y solidaria, en fin, narré todo, hasta la forma como se cimbró el piso con la explosión del tanque de gas y el susto que nos dio a todos los presentes. Para darle un toque más dramático, seleccioné algunas fotografías donde se veían llamaradas que se elevaron a más de diez metros del suelo. También registré la manera como abrieron un paso los rescatistas del cuerpo de bomberos para penetrar en la vivienda y por supuesto las cortinas de agua que salían de las mangueras conectadas al carro-tanque que llevaron.

—Aquí tiene la nota, don Eduardo –El hombre ya estaba acomodado en su escritorio, fumaba y tomaba café–. Siéntate, Omar –me ordenó– Déjamelo aquí, después leo esto, quiero decirte algo sobre tu empleo. –Experimenté una especie de temblor por todo el cuerpo, apreté los labios para que no se me escapara algo impropio de la boca, ninguna exhalación de aire siquiera, para no perder nada de aquello que en ese momento me mantenía lo más firme posible–. Me llamó la esposa de Luis Cabrera para disculparlo o dar excusas de que llegaría más tarde o quizá hasta mañana por encontrarse enfermo. Y ya sabemos cuál es su enfermedad, no se desprende de la botella y seguramente amaneció todavía borracho, como todos los lunes. Lo voy a tener que despedir, así que estarás tú sólo en la sección.

Nuevamente una paradoja; las palabras del dueño del periódico me dieron ánimos, al menos conservaría el empleo, pero, ¿Qué irá a ser de Lusito? El pobre hombre había perdido a uno de sus hijos, el mayor, apenas unos meses atrás, en un accidente de carretera. La hija divorciada que vivía con él y su esposa, también estaba sin empleo y para empeorar su situación, su mujer estaba enferma de algo raro y tenía, quizá por todo lo que pasaba, un carácter insoportable, hasta golpeaba al pobre marido cuando llegaba tomado.

Gracias, señor Pérez, le agradezco infinitamente su confianza. ¿Me puedo retirar? Tengo que pasar las fotografías con los muchachos de diseño para que las añadan al pie de la nota. –Adelante– Me contestó levantando un lápiz.

Como a las doce del día llegó Luisito, –¡Amigo!–, me saludó y al acercarse recibí el tufo etílico de su aliento. Sentí lástima por ese individuo sesentón, tan afable, por quien tuve una sensación terriblemente abrumadora, pues no tenía él idea de lo que le esperaba en cuanto lo llamara el patrón. Cuando se enteró éste que había llegado Luisito, envió a su secretaria para pedirle que fuera a la oficina de su jefe. Luisito me dio unas palmadas en la espalda y con pasos todavía torpes por la resaca, con algo de desaliño en la corbata y remangado de la camisa, tomó su portafolio y se fue detrás de Marcela, la "caderoncita", como él le decía.

No tardó ni diez minutos en bajar las escaleras, me extendió la mano –Amigo, ha sido un placer y un honor trabajar con este periodista tan joven y entusiasta–. El jefe me dio las gracias y un cheque. Veré en dónde me puedan recibir. Ya ves cómo andan las cosas y a mi edad se pone más cabrón todo.

Nos tomamos la última taza de café en la oficina, cosa que hicimos durante los dos últimos años, me suplicó que no dejara de visitarlo y enseguida lo acompañé hasta la esquina del edificio donde laborábamos. Lo contemplé mientras se alejaba entre la gente. Estaba seguro de que si estuviera en mis manos trataría ayudarlo a colocarse en alguna otra empresa, pues su ética profesional estaba muy por encima de su afición alcohólica. Seguramente también por su charla desenfadada y amena, además de un notable sentido del humor que se le refinaba brillantemente cuando bebía más de dos o tres copas, había hecho amistades que le informaban sobre cosas que utilizaba para escribir, de manera que entre brindis y chistes que se platicaban en las cantinas, algún provecho extra sacaba.

A poco de regresar a mi escritorio, llamó por mi extensión la secretaria del director, la caderoncita, quien me dijo escuetamente y sin mediar un saludo:

—El licenciado me pidió que le diga que vaya en este momento a su oficina.

Me presenté ante él y recibí nuevamente la orden para que me sentara delante de su escritorio.

—Omar, ya leí tu noticia, está muy bien escrita, no tengo ninguna objeción de que se publique, sin embargo, veo que no hiciste ningún intento a fondo por averiguar quiénes son las mujeres esas que vivían allí o cuál es su paradero, eso, creo yo, es lo que debe aparecer en tu nota. Lo demás, no dice mucho, aunque lo hayas escrito de forma impecable. ¿Crees tú que pudieras averiguar por ahí entre los vecinos o donde sea, algún familiar, qué se yo, y traerme algo más interesante?

—Sí señor, creo que si es posible sacar más datos y tal vez mañana mismo pueda continuar con la nota.

—Bueno pues dedícate ya, salte a la calle a buscar y aquí te espero mañana.

Me vino a la mente la imagen del cofrecito y me retiré de la oficina dispuesto a hacerme de él a como diera lugar. Llegué hasta la fachada en ruinas de la finca que me pareció más destrozada que el día anterior. Lo que quedaba de la casa tenía un aspecto fantasmal horrendo. Todavía se desprendían de los escombros algunos hilos de humo que ascendían al techo semidestruido o escapaban por los huecos hacia fuera. Toqué varias puertas de las casas que había sobre la misma acera, pero nadie vio a las dueñas ni tampoco algún familiar que se haya enterado y acudiera a ver qué pasó. Pensé que la tienda que estaba en la esquina también pudiera ser el lugar idóneo para averiguar, así que me dirigí hacia allá. Tomé una lata de refresco que extraje de la hielera e inicié una conversación con la pareja que atendía el local. Desde luego conocían a la señora llamada Soledad y a su hija. Me pusieron al tanto de lo que hacían.

La madre estaba enferma y por eso la asistía una chiquilla que le hacía algunas compras, probablemente le preparaba alimentos, iba dos o tres veces por semana, pero de pronto dejó de ir, desapareció. Solamente se quedaba la pobre señora en casa para atender el negocio de la renta de sillas, que por cierto no era suyo, aunque esto seguramente les daba muy poca ganancia, pues rara vez se veía una camioneta estacionada afuera, mientras unos hombres metían o sacaban mesas, manteles y esas cosas que se utilizan en las fiestas. La hija trabajaba como enfermera y cubría por lo regular horarios nocturnos, de manera que eran muy pocas las ocasiones en que se le veía por ahí. Lo extraño seguía siendo que no estuvieran

en casa cuando se desató el incendio y que tampoco hubieran aparecido después de dos días de que había ocurrido. O sea, no me sirvió de mucho esa otra información, pues no aclaraba nada ni añadía datos a lo que había observado y escrito. Pensé nuevamente en el cofrecito, y para no temer problemas al introducirme a recogerlo, acudí a la caseta que sirve como base a los policías que vigilan la colonia. Conocía a varios de ellos, de manera que seguramente alguno me acompañaría para darme respaldo y, sobre todo, atestiguara que no alteraba nada del lugar por si acaso investigaran sobre las causas del fuego. Mi propósito consistía en tener pistas sobre el paradero de las dueñas.

Toño fue conmigo. Un hombre chaparrito, patizambo y algo bizco. Muy buena persona, con varios años de servicio, lo conocían todos en el barrio. Entramos librando la cinta colocada por el agente ministerial para indicar que estaba prohibido pasar por el boquete. Tomé el cofrecito, le sugerí abrirlo ahí mismo, pero no aceptó –Ábrelo en tu casa y si hay algo de valor pues se lo regresas al dueño cuando lo encuentres– después de dicho esto salimos. Agradecí a Toño el favor y me fui a casa llevando aquello en las manos. Encontré a Laura con el nene en los brazos tomando su biberón. ¿Qué te pasó?.–Hizo la pregunta de costumbre, mirándome con asombro, pues no era habitual que llegara a casa tan temprano–. ¿Qué traes allí? –Volvió a preguntar, señalando la caja metálica–. Nada, quiero decir, algo –balbuceé– un cofre que saqué de la casa que se quemó. ¿A poco te metiste por eso?

El jefe no estuvo tan conforme con lo que escribí del accidente ese de ayer. Y bueno, al entrar junto con los bomberos a la finca, me encontré con esto tirado entre un chingo de co-

sas chamuscadas. Toño, el policía, me acaba de acompañar a recogerlo y veré si dentro guarda algo que me pueda dar idea quienes son las mujeres que habitaban esa finca. Nadie en toda la colonia sabe nada, ya me pasé un buen rato preguntando.

Coloqué el cofrecito sobre la mesa y fui por un martillo para botar la cerradura. No fue difícil pues estaba hecha de hojalata y con el uso y quizá el calor, se había debilitado. Lo abrí y lo que miré dentro me convenció de que tal como había presentido, ahí estaba la historia. Contenía fotografías, cartas, recortes de periódicos, entre otros papeles que me dieron datos y posibles pistas para dar con las dueñas.

Algunas cartas tenían como remitentes los nombres de varios sujetos, estaban dirigidas a una mujer cuyas fotografías revelaban a lo que se dedicaba. Aparecía ella con atuendos de vedette, llevando joyas de fantasía, seguramente. En algunas se le veía en plena actuación de *Streep tease*, en tanto que también había otras donde se mostraba acompañada con algún individuo, sentados a la mesa entre botellas y vasos que habían derramado licor. En una foto se encontraba abrazada por quien además le untaba los labios en el rostro. La expresión de la dama no dejaba dudas de que lo hacía por compromiso, la necesidad que la orillaba, hasta el punto quizá de disfrutarlo, a ese trabajo que desempeñaba durante las noches. De manera que Carla, la que conocían en el barrio como enfermera, en realidad era una bailarina que tal vez combinaba ese quehacer con el de meretriz. Su bello nombre se había transformado en otro no menos atractivo, Carlota, al que algún ocurrente maestro de ceremonias de cantina había añadido el mote de *La Emperatriz*. El tugurio donde se había retratado, según pude ver también en las fotografías, era "El Imperio".

Con estos datos me dispuse a encontrarla. Por lo regular este tipo de lugares abren sus puertas durante los fines de semana, o al menos es cuando tienen más concurrencia de clientela, por tanto, resolví esperar que transcurriera la semana y se lo comuniqué a mi jefe, quien, con una sonrisa, me comentó que si no era esa una posibilidad de darle un giro interesante a la historia que escribía, ya tenía material para un cuento.

—Tal vez te desempeñes mejor como escritor que como reportero gráfico de la sección policíaca –dijo, medio en broma.

La semana transcurrió igual de rutinaria, trabajé de a dos notas por día, o a lo sumo tres. Entrevisté y fotografié a unos transportistas que bloquearon calles con sus camiones, "un paro", para exigir algún aumento. Estuve en unas preparatorias donde hubo conflictos por las elecciones estudiantiles, unos golpes aquí y allá. También había varias ventanas rotas.

Pasé varias horas en la Procuraduría de Justicia estatal, haciendo apuntes sobre detenidos del fuero común, ebrios que riñeron o causaron accidentes y algunos travestidos escandalosos. Cumplí así con lo que hago siempre, pero no dejé en ningún momento de pensar en *La Emperatriz*.

—Laura, voy a salir, tal vez regrese hasta mañana, tengo que localizar a una persona para completar un trabajo.

—¿Qué?, ¿a esta hora, y no vas a venir a dormir?, ¿pues de qué se trata o qué? ¿No puedes esperarte hasta mañana? Seguramente ya tienes organizada otra borrachera con los amigos y ya no te importa tu hijo y mucho menos yo.

—Para nada, ya me hartan tus comentarios, esa falta de respeto, seguramente alguien en tu familia te mete ideas. Entiendo que no he cumplido con dejarte vivir sin apuros porque no nos alcanza lo que gano, pero ya te he dicho que esperes un

poco más, si don Eduardo no puede pagarme lo necesario, que nos sirva, aunque sea para no pasarla como estamos, veré qué otra empresa pueda contratarme. Pero si este señor se entera de que busco trabajo con la competencia, de seguro me dice adiós. Tampoco te puedo asegurar, por ahora, que haya forma de colocarme, conseguir otro puesto donde haga lo que mejor se hacer, donde quiera despiden gente. Ya ves lo que sucedió con Luisito, por cierto, ni siquiera lo he llamado.

No tuvo ánimo para corresponder al beso que traté de poner en sus labios, por procurar calmarla con algo tierno. Se quedó pensativa, liberando o ahogando así su frustración o enojo, de lo cual yo tomé la parte que me toca por no poder siquiera cubrir los gastos que aumentaron desde que nació el niño. Me guardé en el pecho esa punzada del pedazo de tristeza, tomé mi chamarra asegurándome de que en el bolsillo estaba la libreta con la pluma, así como una pequeña grabadora que siempre me acompaña. Abordé un camión con ruta para el centro, donde pensaba transbordar a otro que me llevaría por las afueras en el extremo de la ciudad, donde proliferaban los centros nocturnos. Si oscurecía durante el trayecto, tomaría un taxi.

Encontrándome en las callejuelas iluminadas por los anuncios de neón de los cabarets, pregunté a un vendedor ambulante por "El Imperio". –Creo que ese bule ya lo cerraron– me contestó el tipo que llevaba una caja de madera con cigarrillos, entre otros objetos–. Está como a unas cinco cuadras de aquí, pasando la avenida; camine dos calles y a su mano derecha otra más, en la pura esquina. Si quiere asomarse, a lo mejor lo encuentra otra vez abierto. Me parece que lo clausuraron porque hubo pleito, mataron a unos ahí, el año pasado.

Esto no pintaba nada bien, me dije, sintiendo a la vez que la discusión con mi mujer, el tiempo perdido en esto, no había valido la pena. De cualquier forma, me dirigí rumbo al lugar que me señaló el vendedor. Efectivamente, las luces apagadas, unos candados en las cerraduras de los portones, además de los restos de sellos engomados que indican la clausura que hizo la autoridad, me aclararon que el hombre aquél estaba bien informado. El oficio de recorrer las calles para abordar a los clientes trasnochados, lo mantenía al tanto de todo lo que acontecía por la zona. No desistí, además llevaba suficiente como para ingresar y tomarme una copa en alguno de esos tugurios que anunciaban toda clase de variedades en grandes carteles o marquesinas iluminadas con foquitos. También había luces rojas de los típicos burdeles, en cuya estrecha entrada se exhibían las chicas y otras no tan jóvenes.

Unos tragos no me caerían tan mal, además recordaría mis tiempos de estudiante, cuando, acompañados, salíamos en grupo a recorrer los antros. Cómo nos divertían aquellas veladas de baile con las ficheras, los gritos de súplica que lanzaba la fiel clientela masculina que abarrotaba el montón de sillas y algunos hasta de pie, para contemplar los cuerpos adornados con plumajes, además del maquillaje extravagante de las que se movían con exagerada cadencia durante el show, imitando algunas de ellas las danzas exóticas propias de selvas extrañas, al ritmo de las congas. ¡Mucha ropa! Peeelos… Peeelos, decíamos con alboroto para que la bailarina apurara el momento de despojarse de la última prenda, entre aclamaciones que parecían rugidos de lujuria. Toda esa exaltación era además motivada por alguien que, utilizando un equipo de

sonido, pedía aplausos que estimulaban el ambiente para que la mujer se animara a dejarse ya totalmente desnuda.

Varios de mis compañeros se estrenaron en el sexo en alguna de las mugrientas recámaras que muchas veces se improvisaban en los patios oscurecidos de aquellas construcciones que cobraban vida de noche, para quedar después en letargo durante las horas de luz que les prestaba el sol. Algunos clientes se amanecían ahí, ya sin compañera y con la billetera totalmente vacía.

II

Me acomodé en la barra de uno de esos bares, "La Luciérnaga", ese era su nombre. Había otros que se llamaban "El Zombie", "El Zarape", "La luna de miel", "El tara-rá", entre otros a cuál más de saturados de gente de bajos recursos despilfarrando salarios o botines de sus andanzas. El que atendía el bar me sirvió una cuba que pedí con soda y hielo, para rebajar el dulce de la coca-cola. Aproveché un momento para preguntar –cuando éste dejó de servir copas y recargó los codos sobre la barra– si conocía alguien que se hacía llamar Carlota y había trabajado en "El Imperio" ¿A quién buscas? –Me respondió, como acostumbrado a ese tipo de cuestionamientos– A una mujer que se puso el sobrenombre de *La Emperatriz Carlota*. ¿La conoces?

—No, pero no te costará trabajo dar con ella si es que todavía trabaja por aquí, a menos que hubiera cambiado de profesión, lo cual pocas veces sucede o que le haya pasado algo. Eso si ocurre muy seguido y por eso se van a otra ciudad, se esconden, sobre todo cuando les dejan cicatrices en el rostro o

si ellas, por defenderse, desfiguran al que las ofendió o atacó. También suele haber pleitos entre viejas y es cuando la cosa se pone más fea, se dan recio y acaban con las uñas enterradas en la cara, todas mordidas o cortadas con los vidrios de las botellas y los vasos que se avientan. Ojalá que a tu amiga no le haya sucedido nada de eso y la encuentres bien.

—Yo si la conozco, dijo alguien que estaba a mi lado, por lo que alcanzó a escuchar cuando pronuncié su nombre. Se trataba de un tipo con aspecto mulato, algo encanecido. Un músico, según me confirmó al presentarse. Bebía sólo y tenía la mirada somnolienta con unos ojos que cargaban demasiadas cosas tristes que vieron a lo largo de mucho tiempo de vida nocturna. ¿La que trabajaba en el Imperio? –pregunté– Si la misma –contestó apenas con un ademán y una mirada de reojo con sus ojos tristes.– Puede ser que todavía trabaje por aquí. ¿Ya preguntaste en "La Calandria"?, ese lugar está por la calle de atrás. Tal vez ahí la encuentres o alguien que te diga dónde la puedes hallar.

Le pagué al cantinero, le di una tarjeta de presentación de las que llevo en el bolsillo al músico, no se por qué me dio esa confianza, que tal vez haya sido porque la mirada lánguida también reflejaba rectitud. Pensé en un tipo honesto, que no hace daño a nadie y se gana la vida haciendo lo que sabe, igual que yo. –Por si se le ofrece algo algún día– le dije no se por qué, al entregársela y me extendió la mano. Agradecido salí del lugar.

Volteé en la esquina y entonces observé el anuncio igualmente luminoso de "La Calandria". Entré y nuevamente me dirigí hacia la barra, con la intención de hacer lo mismo, preguntar al que despacha los tragos. Este otro que atendía la

barra tenía un aspecto muy diferente, un hombre gordo, con bigote espeso y cara de pocos amigos. Pedí lo mismo para no mezclar diferente tipo de alcohol. Este sitio tenía menos clientes que "La Luciérnaga", quizá por encontrarse en una callejuela más escondida y sombría que otras que había recorrido. Inclusive los que estaban ahí parecían sacados de un mundo más abajo. Para no alargarme mucho la velada y seguir gastando dinero, ya que no hay otra forma de estar en estos laberintos, le pregunté al individuo ese por *La Emperatriz*. Me había engañado con lo del rostro, pues el sujeto me respondió en tono amable que sí sabía quién era *La Emperatriz*, pero que ya no estaba contratada en el lugar, que de vez en cuando se deja ver aquí. Enseguida me señaló hacia un grupo de mujeres que compartían su mesa con dos tipos.–Esas que están ahí te pueden dar razón de *La Emperatriz,* la he visto con ellas.

No es prudente en estos lupanares acercarse a las mujeres cuando están acompañadas. Alguien pasado de copas puede reaccionar violentamente y presumir su machismo, es frecuente que se confunda, gracias al alcohol, la relación que se tiene con las acompañantes que de pronto se vuelven novias comprometidas. Así pueden resultar los efectos etílicos en combinación con las mentes obstruidas por la ignorancia o en todo caso la bajeza de instintos. Me senté por ahí cerca a esperar.

Evité que el grupillo me mirara de frente, así que acomodé la silla en otra dirección y comencé a tomar a pequeños sorbos la bebida. La música que salía de la sinfonola se escuchaba demasiado fuerte, haciendo que la poca gente que había se hablara casi a gritos.

Como a los cinco minutos de estar así, miré que una de las mujeres a quienes pensaba abordar, se levantó para dirigirse

hacia donde estaban los baños –ahora es cuando, me dije–. Discretamente me aproximé al rincón donde había un pasillo que los comunicaba, al de hombres a la derecha y el de mujeres, a la izquierda. Esperé a que ella saliera y me le puse enfrente cuando la tuve cerca. –Disculpa, mi niña, ando buscando a una compañera tuya y quiero saber si anda por aquí, le dicen Carlota o *La Emperatriz*, ¿la conoces?

La muchacha, sin disimular el asombro, me exploró más que me contempló. Totalmente desconfiada, pero al final se relajó. –No la he visto por aquí desde hace días, pero te puedo presentar una amiga.

—No vine a eso, necesito hablar con ella, es un asunto personal.

—Espérame aquí, trae para acá a esta mesa tu copa o lo que estés tomando, le preguntaré a una de las chicas que están conmigo y que es su amiga, a ver si sabe dónde la puedes buscar.

Hice lo que me indicó, esperé otros cinco minutos más o menos. Entonces una de sus acompañantes se levantó y vino a sentarse a mi lado.

—¿Tú eres el que pregunta por la Carla? ¿Para qué la quieres? Tal vez se retiró con un cliente desde temprano o a lo mejor fue a su casa, cada quince días o cuando puede cada semana, visita a su mamá porque la tiene muy enferma.

—Precisamente a eso vine, a decirle que ya no tiene casa, soy reportero, trabajo en un periódico y me tocó fotografiar el incendio que la consumió.

—¿No me digas?, pobre Carlota, seguro ni sabe, porque la miré con un ruco ayer. Seguramente se fueron a algún hotel de los que hay a la vuelta. Ella no me vio, hace mucho que no hablamos.

—¿Ya no sale en las variedades? Le pregunté a su amiga, pensando que eso era mejor que acostarse con borrachos.

—No, ya no, hay muchas pirujillas mucho más jóvenes y buenas para eso, hasta van a los gimnasios y se cargan unos cuerpazos. Mi amiguita ya no sirve para eso, así que no le queda más que abrir las piernas todas las noches, bueno, descansa un día o dos por semana, a lo mucho, y es cuando se va a llevar centavos a su madre. No tiene a nadie más; un hijo se le murió a los meses de nacido y de ahí se puso bien jodida del cuerpo y de la cara, ya ni se cuidó la pobre.

—¿Tienes una idea para dar con ella?, quiero avisarle de lo que pasó, hasta la gente del vecindario decía que se habían muerto las dos en medio de la quemazón, ahí atrapadas. Yo pude entrar a lo que quedó de su casa, junto con los rescatistas, pero obviamente no las encontraron. Solamente estaba un perro o gato muerto, todo carbonizado. Me hallé algo que le pertenece y seguramente lo aprecia mucho, por eso vine a buscarla, y para saber que le pasó a su mamá, por qué no estaba ahí. Qué bueno, que tuvo esa suerte, porque si no, quien sabe.

—Mira, ¿Cómo te llamas?

—Omar.

—Bueno, Omar, échate unos vinos mientras se emborrachan esos que están con nosotras y dejen de tomar, porque nos están dando buenas propinas. No tardan mucho, una hora, quizá, porque ya se empinaron como dos botellas y no creo que puedan aguantar más. Invítate una chica para que no estés sólo, mientras me desocupo y te acompaño al hotel, donde renta un cuarto la Carla, con suerte sí la encontraremos, es lo más seguro, porque ya ni siquiera encuentra tantos clientes como antes.

Le agradecí la disponibilidad de ayudarme, diciéndole al mismo tiempo que prefería esperarla sólo, pues no llevaba conmigo suficiente dinero como para invitar una dama a que me hiciera compañía, además no andaba en ese plan.

—No te preocupes por eso, yo pago lo que se tomen los dos, aquí me dan fiado todo lo que yo quiera y me venden más barato las bebidas. Sácate una a bailar y luego te la traes aquí, para que no estés de aburrido, ándale.

Me dio ternura lo que escuché por boca de una desconocida que se atrevió a invitarme. Esa rolliza en minifalda me pareció muy simpática, me puse a pensar en la clase de sentimientos que le hacen compartir el dinero que se gana, llevando una vida al filo del peligro, con alguien que ni siquiera se había cruzado en su camino. Un tipo equis.

Por supuesto que no estaba yo dispuesto para hacer uso de esa confianza que desenfadadamente me compartió. Por eso opté por sustraerme de aquél ruidajo dizque musical que servía para acompañar carcajadas y barullos de las conversaciones. El local se había llenado de clientes, esto porque habían cerrado sus puertas los otros congales que había a la redonda, según me explicó el mesero, y, ya picados, los vagos que deambulaban por ahí, no tuvieron más remedio que refugiarse en "La Calandria". Al pensar esto, miré en el reloj que ya eran las cuatro de la mañana, las horas se pasaron volando.

Saqué mi libreta y me puse a garabatear algo, como tratando de encontrar algunas frases que sirvieran de pie para el resto de la historia que me faltaba escribir. También llevaba conmigo dos fotografías de *La Emperatriz* que utilizaría para ofrecerle pruebas de lo que iba a decirle. Pensaba cómo hablarle del hallazgo de eso que seguramente le significaba algo

especial. Tendría que mitigar un poco la noticia de que ya no existía la casa de su madre y de ella.

Cuando la retrataron, no tengo idea del tiempo transcurrido desde entonces, se le veía bastante de juventud, con toda la exuberancia de los atributos femeninos. Un busto prominente, el trasero con imán para la mirada, piernas torneadas, la piel y cabello trigueño, ni demasiado morena ni tampoco tan clara o blanca. Ojos lindos, resaltados por líneas oscuras. Llevaba sobre la cabeza una corona que, de haberse puesto sobre los hombros un vestido o manto de terciopelo, además de joyas legítimas en el cuello y los brazos, le darían aspecto de emperatriz. Un impulso me hizo besar la fotografía donde se veía de cerca y por tanto más bonita.

Estaba absorto en aquello y de pronto una voz femenina me sacó de súbito de ese embelezo. –Hola, joven, vengo a acompañarlo, si no le molesta. Me envió una chica que acaba de estar con usted. ¿Quieres sacarme a bailar?– Diciendo esto, la muchacha se acomodó junto de mí.

—¿Cómo te llamas, guapo? Yo soy Amelia.–Contesté el saludo con el beso en la mejilla que me acercó.

—Omar García –Le di mi nombre apurándome a guardar las fotografías y la libreta en la chamarra. La chica hizo una señal para llamar un mesero– ¿Qué estás tomando? –preguntó.

—Tomé una cuba con ron, pero ya no quiero más, gracias, vengo de otros bares y ya bebí suficiente.

—Pues te vas a tener que sacrificar conmigo, chiquito. Traiga por favor dos cubas –ordenó–. Con el vino aparte, aquí las preparamos, ponga unos hielos, refrescos y agua mineral. ¿Así está bien que lo pida? ¿Es mejor campechano, no? Para que no sepa tan dulce y después sea peor la cruda. Bueno, ya

me adelanté, yo así me tomo las cubas –Soltó una carcajada tal vez por ver mi asombro.

El mesero tardó unos instantes en poner todo eso en la mesa. La chica, con movimientos tan rápidos como era su forma de hablar, de abordar las situaciones, sirvió ambos tragos y alzando el suyo dijo ¡salud! –Chocamos los vasos y dimos cada quien un trago profundo–. ¿Bailamos?

Ni siquiera esperó mi respuesta, tomándome la mano me llevó hacia el centro del salón, donde bailaban abrazadas varias parejas. Puso sus brazos alrededor de mi cuello y comenzó a moverse, lento, sin dejar de hablar.

—Así que eres amigo de la Diana, la *Leidy Di*, bueno, así le decimos aquí, ya ves cómo nos gusta ponernos nombres así, que nos den más ¿cómo te diré?, más pegue, para que se nos acerquen los hombres y no nos suelten hasta que queramos que se vayan.

Volvió a reír, tan fuerte que voltearon a mirarnos, sobre todo las mujeres que bailaban cerca de donde estábamos.

—Pues no la conozco muy bien, pero es muy agradable, una gran chica –Le dije esto por el gesto amable que tuvo conmigo, sin siquiera saber su nombre.

—Pues algo le has de haber dado que le gustó, porque me dijo que te tratara como artículo delicado y que ella pagaba la cuenta. ¿Te la cogiste bonito?

Al decir esto, Amelia me estrechó aún más y sentí que mordisqueó el lóbulo de mi oreja.

—No, no me he acostado con ella –Me hizo gracia y hasta me sonrojé con su comentario que percibí como una ocurrencia para tratar de buscar mi excitación en público. Su cuerpo despedía un delicado calor y el perfume barato que

usaba no me parecía tan desagradable. El cabello despedía olor a limpio.

¿Con qué intención hace esto esa muchacha que me la ofreció? Me hice la pregunta, con verdadero asombro, incrédulo por este "regalito" que mandó a donde estaba yo pensando y contemplando los retratos de *La Emperatriz*.

—Si gustas, cuando termine esto, ya no falta mucho para que cierren, nos vamos a acostar. Tengo un cuarto por aquí cerca y yo te invito. Allá tengo algo de vino.

—Hoy no será posible, Amelia, pero te juro que me dejas con unas ganas tremendas y si te parece, el próximo sábado te vengo a buscar, nos vamos a donde quieras.

—¿No puedes ahora mismo? Me gustaste mucho porque eres diferente de otros que vienen por aquí. Míralos, puro gañán, tipos mugrosos y borrachos, que ni se les para –Lanzó otra carcajada y nuevamente nos tupieron las miradas.

Bailamos así dos o tres piezas más y nos volvimos a sentar. Comenzaron a retirar botellas vacías, copas y otros objetos de las mesas. –¿Tienes algo para dejarle su propina al mesero?– La cuenta ya está pagada. *Leidy Dí* se encargó de eso.

Saqué un billete y lo puse sobre una charola. Entonces fue cuando vino hacia nosotros Diana o *Leidy Dí*, como la llamaba su compañera.

—Por fin se fueron estos fulanos, ¿Cómo te trató mi amiga?… Recuérdame tu nombre

—Omar.

—Ah si, es que ya ando media peda, se me olvidan los nombres cuando ando así ¿Te gustó bailar con Amelia? Los miraba bien apretaditos. Para la otra se van a coger por ahí si quieren. Pero hoy nos vamos a tener que ir, me llevo a tu

galán, amiga. Tenemos un asunto muy importante que arreglar ¿No es cierto, Omar?

—Si, por supuesto, *Leidy Dí*.

—¿Y, no me llevan? No quieres compartir, ¿verdad cabrona?

Amelia hacía muy bien su papel de mujer celosa.

—Otro día nos lo llevamos y nos acostamos juntas con él, pero hoy no, nos vamos. Tenemos que dar con alguien. Es algo personal y urgente. Ya pagué todo y hasta lo tuyo también, amiga, te dejé un dinerillo con el capi. Vámonos, Omar, despídete de esta putita y toma tus cosas. Allá afuera nos está esperando un taxi.

Al despedirme de aquella criatura ardiente y perfumada, ya más animado por las bebidas y el pretexto de bailar para permanecer abrazados, le hice una caricia por debajo de la falda que ella correspondió también, sobre mi pantalón. Me apretó transmitiendo un tenaz deseo.

En la puerta estaba mi espontánea anfitriona conversando con el chofer del auto. Le dio unas indicaciones y nos fuimos en busca de *La Emperatriz*. Hicimos un recorrido que nos llevó un cuarto de hora aproximadamente, no mucho, considerando las dimensiones de la ciudad. Paramos en el hotel en que alguna habitación servía de morada para la mujer que buscaba.

—Espera aquí en el carro unos minutos, déjame ver si ya llegó.

Leidy Dí se introdujo en el lugar y a poco salió con una sonrisa.

—Si está, la desperté, me pidió que no te pasara hasta que se arreglara, ya la conocerás, por algo es emperatriz, hasta se

cree de sangre azul mi amiga. Aquí nos quedamos, Manuel, toma, cóbrate.

Leidy Dí, pagó y el auto se fue. Nos estuvimos unos momentos sobre la banqueta en tanto que la mujer sacó un cigarrillo.

—No tengo encendedor. ¿Tú, no fumas?

—No –le dije–, hace años que no.

—Me imaginaba, te ves muy serio. Antes aguantaste la calentura de Amelia. Noté que te quería violar, de seguro te invitó a que la acompañaras a su casa, cuando le gusta un hombre, se lo coge porque se lo coge, hasta es capaz de pagar, bueno, yo también lo hago, si me late.

Leidy Dí entró al hotel para encender su cigarro y volvió a la calle. Ya comenzaba el cielo a mostrar cierta claridad. Con la frescura del amanecer me di cuenta de que el efecto del vino era mucho mayor de lo que pensé antes de salir de "La Calandria".

Apagó la bachicha frotándola contra la suela del zapato de tacón.

—Bueno, vamos a entrar, pero no te vayas a asustar cuando veas a la Carla, la pobre de mi amiga ha pasado cosas que la dejaron como cáscara seca.

Mi acompañante llamó con unos toquecitos en la puerta y ésta se abrió. Nos recibió en persona, por fin, *La Emperatriz*.

Nada en ella ocultaba sufrimientos, desvelos, el cansancio por vivir una vida entre amargura y alcohol, tal vez pastillas, drogas, golpes en el cuerpo y en el alma. Mas así sonreía todo su rostro. Me percaté que la visita de la amiga le alegraba, tal vez bastante. Era como una llamarada en medio del cierzo más intenso. Se abrazaron, gimieron así, juntas, como dos ta-

llos con sus flores marchitándose, sin darse por vencidas. *La Emperatriz* era algunos años mayor, esto se veía claramente. *Leidy Dí*, también estaba envejecida a destiempo, antes de que le tocara. Su faldita no alcanzaba a cubrir del todo las piernas con várices e incluso algunas cicatrices, apenas arriba de las rodillas. Secándose unas lágrimas, se apartó del abrazo.

—Carla, este muchacho llegó a "La Calandria" al poco rato que te fuiste, preguntando por ti. Algo te quiere decir, creo que se trata de otra mala noticia, ¿Qué más podemos esperar, aunque estemos tan curtidas?, que te lo diga él.

Yo me había convertido en un espectro ante aquello. Estaba y no estaba con ellas. Me quería volver invisible para no estorbar a esas compañeras de la calle, de la vida en los cabarets más prolijos de vicios, los cuartuchos infestados de olores, sudor, sangre, orines, vómito. Lo despiadado que escupe siempre, cada instante, este mundo. Al mismo tiempo admiraba el afecto que había entre las dos mujeres que estaban ante mis ojos, tan cerca que me llegaba el mismo soplo de su respiración.

—Amiga, lo dejó aquí contigo, yo tengo que irme, estoy muy cansada y a la noche tengo que seguir taloneando. Así se puede explayar más contigo este joven con lo que trae hasta aquí.

La mujer se despidió de *La Emperatriz*. Agradecí una vez más lo que había hecho. Entregándole mi tarjeta le dejé saber que cuando necesitara de la ayuda que pudiera darle un reportero de la nota roja, ya sabía que contaba conmigo.

—Espero que no te ocurra nada malo, pero uno nunca lo sabe. También le dije que deseaba darme una vuelta alguna noche de estas por "La Calandria", para verla a ella y a su amiga Amelia.

—¿Te dejó calientito? –Me dio un beso que casi flotó en el aire y se marchó.

Me quedé a solas con *La Emperatriz*. No encontraba la forma de comenzar a hablar del asunto. Además, el cansancio, la desvelada, junto con lo que había tomado, no me ayudaban con la tarea de aclarar las ideas. Ella, sin preguntar nada sirvió dos tazas de café.

—Dime ya pues lo que vienes a decirme. ¿Cómo te llamas?

Me extendió la mano, Omar, señora, Omar García, a sus órdenes. Trabajo en un periódico, este, yo, mire usted. Bueno, voy a comenzar. La semana pasada me encontraba haciendo algunas compras en los puestos que se instalan en la calle. En el barrio que está cerca de la loma del Cerro de la Virgen. Hubo un incendio, se quemó una casa, creo que era de su mamá y no se si usted sepa algo de esto.

La Emperatriz no me interrumpió, miraba en silencio algún punto fijo sobre la mesa, meneaba con una cucharita el café de su taza. Con la mano libre me hizo una señal para que continuara el relato. Los vecinos estaban preocupados, continué, trataban de apagar aquello como podían, con cubetazos, mangueras, palas de tierra, hasta que llegaron los bomberos y terminaron con el fuego. Buscamos, porque yo también me puse a hacer lo mismo, a su mamá y a usted, porque la gente murmuraba que se encontraban en el interior de la casa. Sentí alivio de que no hubiera sido así. Entre que pasábamos de un lugar a otro, removiendo escombros y palos quemados que cayeron del techo, encontré un cofrecito. Al decir esto, unos ojos radiantes, iguales a los que vi en la fotografía se clavaron en los míos.

—¿Lo tienes contigo?

—Si, lo llevé a casa, así me pude ayudar a encontrarla hoy, porque lo abrí para buscar alguna señal que me indicara cómo regresarlo con su dueño, o sea usted. Disculpe que me haya atrevido a eso, en parte no fue mi decisión sino de mi jefe. La nota que redacté le pareció incompleta si no daba cuenta del paradero de la gente que habitaba la vivienda. Así descubrí las fotografías y traje estas dos –Le entregué los retratos: al verlos comenzó a llorar–. Se cubrió el rostro con ambas manos, el llanto le salía como un torrente contenido por los muros del tiempo y algún dolor tan fuerte como una pared de hierro que de pronto se agrietó. Los enormes ojos se hicieron pequeños, me miraban, diciéndome algo más, tenían que decir cosas aparte de ver tan profundamente, como tratando de traspasarme. Pensé en las cartas y lo demás que encontré dentro del cofrecito que tenía guardado en casa.

—Señora Carla.

—Dime Carlota.

—Carlota, mañana mismo, si usted lo permite, le entrego sus cartas, junto con el cofrecito y lo que había dentro, los otros retratos, todo quedó intacto porque el fuego no logró hacerle ningún daño. Tal vez con lo delgado de la lámina pudieron haberse prendido los papeles al exponerse a tanto calor, pero eso no ocurrió, afortunadamente y, dígame, ¿cómo está su mamá?

—Ella está bien, dentro de lo que cabe, muy enferma pero bien. Cuando me puedas traer la cajita de esos recuerdos te contaré la historia, digo, por si te interesa, ya veo que tienes curiosidad, mucha, diría yo. Además, se echa de ver que eres un buen hombre, muy joven, bien parecido y con gran cora-

zón. Yo en cambio caí muy bajo, hasta lo peor, eso es parte de lo que te quiero platicar, si gustas, cuando vuelvas. Muchas gracias por esto que has hecho, yo lo había guardado y por más que buscaba cuando visitaba a mi mamá, no lo encontraba. Seguramente ella lo escondió entre las vigas del techo. Allí acostumbraba poner todo lo que deseaba que no se perdiera y seguramente se le olvidó también, hasta que el incendio lo destapó aventándolo al piso, donde lo hallaste.

Acordé con ella volver esa misma tarde, aprovechando que era domingo. Al salir de aquél cuarto me dio la intensidad del sol directamente en el rostro. Pensé que una claridad parecida brillaba sobre lo que yo busqué y que rápidamente tenía aclarada la historia, sin embargo, faltaban algunas piezas para completar de armar lo que estaba descubriendo.

Encontré a Laura ocupada en los quehaceres domésticos –Hola, mi amor. ¿Cómo te fue, pudiste hacer tu trabajo?– El que entienda de mujeres que me lo explique, yo venía con el ánimo acorazado, esperando la batalla, porque además de lo que había sucedido al salir de casa el día anterior, el enfado de mi mujer, sus ácidos comentarios, salpicados de frialdad, traía una espina de culpa por haber cometido los pecados de las tres bes: beber, bailar y besar. En cambio, me recibió la paz del hogar, endulzada con las palabras de mi mujer.

—Fui de compras muy temprano, el niño está durmiendo, así que te puedo hacer unos chilaquiles como te gustan, para que te almuerces bien antes de que te bañes y acuestes a descansar, has de estar fatigado por trabajar toda la noche. –Si, házmelos, tengo un hambre de lobo. Estuve de un lado a otro investigando para completar la nota que ya a estas alturas se convirtió en un reportaje, lo que he logrado averiguar lo hace más interesante.

—¿Y, todo eso tiene que ver con la cosa esa que abriste a martillazos?

—Si, mi Lauris, ahí estaba guardada un historia muy fuerte y cruda. La vida de una mujer que es distinta a lo que otros pensaron que era. Di con la dueña del cofrecito, *La Emperatriz Carlota*.

—¿Quién? ¿Emperatriz? ¿Pues en dónde te metiste o con quien te fuiste? –Con nadie, amor, unas señoras, sírveme de desayunar por favor y ya te cuento que pasó, con ese incendio, las dueñas que no se murieron ahí, el cofrecito, todo. Ándale, no seas malita, ya no me hagas preguntas antes de que me pueda saborear un plato.

Después de pasarles revista a los chilaquiles bañados de salsa, los frijoles fritos, con bolillos recién horneados, acompañados de varias tazas de café, me di un buen baño, acaricié a Dieguito en su cuna, no había despertado todavía, me tiré en la cama, con las cortinas cerradas de la recámara para dormir más a gusto.

Pude así descansar un par de horas antes de que la alarma del reloj me despertara. Laura se había acostado a mi lado, la acaricié en el cabello y el rostro primero, después ella comenzó a bajarse el pantaloncito corto que llevaba, nos quedamos desnudos e hicimos el amor. Diego Omar estaba en su cuna, quietecito, jugando con algo y haciendo borucas.

—Me tengo que ir, Laura. –Dije, mirando al techo donde me aparecía la imagen de *La Emperatriz* recibiendo el cofrecito.

—¿Otra vez? ¿Por qué? Si se puede saber.

—Es por lo del cofrecito, se lo tengo que devolver a la dueña, se lo entrego y me vuelvo a casa. En dos o tres horas ya fui y vine.

—No ha de ser muy urgente, la señora puede esperar, al cabo ya sabe que tú lo tienes y está segura que lo recuperará. Mejor abrázame, ¿si, mi cielo? –Hace mucho que no estamos así, tranquilitos y con ganas.

Laura tenía razón, habíamos pasado meses de tensión, discutiendo por cada cosa, ella más bien entregada al bebé, a los quehaceres, las compras y a pasar vergüenzas pidiendo dinero prestado con su familia. Ya me puedo imaginar qué tanto le decían de mi, que mejor me dejara, que no soy capaz de darle la vida que ella y Dieguito se merecen; que los periodistas somos vagos, borrachos, amigueros y desobligados, en fin. Ella escuchaba y tomaba lo que creía cierto, pero me ama y se mantiene en su postura de madre y esposa, aunque le llenen la cabeza de tonterías. Yo sigo queriéndola como cuando la conocí o quizá más ahora que me ha dado un hijo y es protectora con él, no lo descuida ni un momento. Formamos un triángulo perfecto y no se si llegará el día en que deseemos tener otro. Con estas limitaciones ni siquiera hemos tocado el tema.

Decidí quedarme en casa, las dos horas que había dormido profundamente no habían bastado para recuperar el sueño de toda una noche pasada en vela, entre prostitutas y aficionados al alcohol, con toda esa variedad de gente y ruido. Hicimos el amor en tres episodios más, como cuando éramos novios y escapábamos a casa de unas amigas que vivían aparte de sus padres, nos prestaban una recámara. Íbamos de vez en cuando a algún hotel de paso con cochera, en ese tiempo yo tenía un vocho modelo 69, en el que también salíamos al campo y nos acostábamos al aire libre. Laura es muy ardiente, igual o más que yo, le encanta que bese o dé pequeños mordiscos en sus pezones, acariciar su vulva que se humedece al mínimo roce

de mis dedos, de mi boca. Así nos quedamos, satisfechos y felices, hasta que nos despertó Dieguito exigiendo su alimento cuando ya casi estaba por amanecer.

Llegué saludando a los compañeros de la oficina. Pregunté a Marcela si había llegado el director. Me informó que éste había asistido a un desayuno a invitación de la gente del gobierno.

—Bueno, cuando regrese, por favor avíseme, tengo un asunto importante que comentar con él.

—Yo le diré, señor García, en cuanto pase con él a darle los recados y ver pendientes.

Como al medio día sonó el timbre de mi extensión, ya había llegado don Eduardo y me esperaba en su despacho.

—Hola, señor, buenos días o, mejor dicho, buenas tardes.

—¿Qué tal, Omar, averiguaste algo de las desaparecidas? Toma asiento. ¿Me acompañas con un café? Marcela, sírvanos dos tasas, por favor y déjenos aquí la cafetera, por si nos lleva más tiempo la junta.

—Si señor, enseguida.

—Veamos qué tienes de nuevo.

—Señor, me pasé toda la noche del sábado, hasta el amanecer del domingo, averiguando sobre las mujeres de la vivienda incendiada, como me lo sugirió usted, quiero decir, por orden de usted.

—Bueno, es que yo pensé y pienso todavía, que escribir una nota como esa que trajiste la semana antepasada, de un incendio, que estuvo grave el asunto, mucha gente, explosión de unos tanques de gas, etc., no era en realidad una noticia que se pueda vender. Habiendo tantas cosas mucho más sangrientas o escandalosas, como le gusta a la mayoría de ese público

morboso que nos lee. Por eso te pedí que buscaras qué había sido de las mujeres, a lo mejor fue un incendio intencional, guardaban droga en la casa o una de ellas se vengó del marido infiel, qué se yo, eso es el periodismo que hacemos, pensar mal y después comprobar que se tiene la razón. Ponerle sustancia. Eres bueno para escribir, muchacho, observas y anotas con lujo de detalles, pero no se trata de contar cuentos, sino de provocar al lector, despertarle sus instintos, las emociones dormidas, el miedo, la angustia, el coraje, eso es lo que le gusta a la gente ¿me entiendes?

—Si, perfectamente lo entiendo, don Eduardo y para allá iba con lo que le quiero comentar.

Y le platiqué lo que sucedió, de cómo di con *La Emperatriz* con todo y que ya habían cerrado "El Imperio", de las mujeres que eran sus amigas o al menos una de ellas según el afecto que se mostraban, del llanto que soltó al ver los retratos. No omití ningún detalle, inclusive lo bien que se portaron conmigo aquellas chicas de la noche. Le comenté también que había quedado de ver a *La Emperatriz* el mismo domingo por la tarde, pero que, al haber tenido tantas dificultades con Laura, recientemente, entre otras razones por lo escaso del sueldo –esto no le agradó por supuesto– pospuse la visita para el siguiente fin de semana.

—Con todo esto que me dices, Omar, más sostengo la sospecha de que ahí hay un gato encerrado.

—Sí había, señor, un gato o un perro, pero se murió quemado. Dio la vida por la dueña.

Don Eduardo celebró la broma con su guiño acostumbrado. Cerraba un ojo cuando reía.

Nuevamente se me pasaron lo días como si trajera piloto automático, de la procuraduría al forense, de ahí a las comisarías y por las tardes a la redacción, después, entre café tras café, redactar mis notas, revelar fotografías para que las acomodaran los diseñadores. Una semana con pocos muertos a pesar de tantos accidentes y pleitos, sobre todo entre pandillas. Llegado el día dispuesto para entregar el cofrecito con su "tesoro" íntegro a *La Emperatriz*, me levanté temprano y acudí al tianguis para recuperar algo de dinero, si es que Miguel había logrado vender las chácharas que le dejé, y también para rescatar la cadenita que le empeñé a la jefa.

—Toma, aquí te traigo tu dinero, me dijo Miguel entregándome cien pesos, vendí todo por ciento cincuenta, ¿está bien así?

—Si, Miguel, estuvo perfecto, me hiciste muy buen paro. Te dejo, hermano, luego te caigo por aquí, la próxima semana para irnos a los camarones y hartarnos de botanas y cervezas. ¡Bye!

Enseguida pasé a lo de la jefa y su madre. Ahí estaban las dos, la viejita Paz, en su silla, con su palo en la mano con el que solía dar golpes a los que la empujaban, esos chamacos que por robarse algo salían corriendo. Hubo ocasiones en que por irlos siguiendo alguien, dejaban la silla con las ruedas al aire y la Pasita por allá, tirada. También lo usaba para alcanzarse las cosas del puesto de ropa usada que atendía con Violeta.

—Hola chicas, ya volví. Vengo a pagar la deuda, con sus intereses, por supuesto y recuperar la prenda.

—Yo pensé que ya no te veríamos hasta el próximo año, como no viniste el domingo pasado, creímos mi madre y yo que ya te habías olvidado de tu cosa esta. Espérame tantito,

voy a sacarla, la guardé en el fajo de ropa para que no se la fuera a llevar alguien. Con eso de que no sirve el broche ni me la pude poner. Aquí tienes tu cadena.

—Le di en total sesenta pesos, diez más de lo que me prestó, para que siguiera abierto el crédito.

Ya con la cadenita en el bolsillo me retiré a la casa después de comprar algo de verdura y medio pollo, para que tuviera algo qué cocinar Laura. También le escogí unas manzanas bien coloradas, algo de cereal y fruta para el niño, que ya comía casi de todo.

Salí de la casa como a las dos de la tarde, tenía tiempo suficiente para el traslado hasta el hotelucho donde vivía *La Emperatriz*, quedarme un rato con ella y volver, sin que se hiciera de noche. Así lo pensé.

Después de una hora llegué al lugar. Estaba el portón cerrado. Toqué varias veces hasta que asomó una pequeña que salió por uno de los cuartos del piso de abajo que servía de oficina. Le pregunté a la niña por doña Carlota, diciéndole que le traía algo y quería pasar a entregárselo. Me pidió que esperara. Entró de nuevo al cuarto ese de donde a los pocos segundos salió la que seguramente era su mamá y quizá dueña o empleada del negocio.

—Buenas tardes –me dijo–. Respondí el saludo y le pregunté también por doña Carlota, *La Emperatriz*. –Mire, no se encuentra, ya se fue de aquí, esas clientas no duran mucho, ya sabe usted como es la vida que llevan. Pero sí me comentó que alguien, tal vez sea usted, iba a venir a preguntar por ella y le dejaría algo. Si gusta entregármelo yo con mucho gusto se lo doy a ella, quedó de volver algún día a buscarlo. Déjeme traer la llave para abrir el cancel.

III

Sentí que algo me había abandonado, una soledad más extraña cuanto más enigmática se me hacía la personalidad y todo lo que sabía ahora acerca de *La Emperatriz*. ¿Cómo es posible que no haya permanecido una semana más aquí? Siquiera para recibir lo que según me demostró, era tan valioso para ella, un tesoro que había guardado.

Se acercó la señora con el llavero, abrió el candado del portón y me hizo pasar. Le dije que el cofrecito que llevaba era lo que había quedado de entregar a Carlota, sin darle ningún dato más.

–Aquí se lo guardo –me dijo eso y también que había algo para mí–. Ella lo dejó para cuando viniera a buscarla. –Me entregó una carta. Di las gracias a la señora del hotel y a su pequeña que me recibió.

Una vez en la calle, me dispuse ir hasta un lugar donde pudiera tener tranquilidad para revisar el contenido del sobrecito que me dejó *La Emperatriz*. Una especie de aviso secreto me decía que ya no la vería más. Esto me hacía el efecto de las notas que evocan la melancolía, pues me pareció ella una mujer que a pesar de todo lo que ha sufrido y perdido en la vida, conserva diamantes en el alma, por lo que, si hubiese encontrado un buen tallador, las facetas brillarían con un fulgor infinito. Algo de *La Emperatriz* había llegado a mi corazón y se introdujo sin llamar a su enrojecida puerta.

Subí a un camión que me llevaría al centro de la ciudad. Ahí conocía varias cafeterías como para instalarme en un lugar a solas, donde se me permitiera leer con suficiente calma la misiva de *La Emperatriz*.

Llegué pronto a uno de estos lugares. Busqué una mesa del fondo, donde hubiera algo de luz, me acomodé en un sillón mullido y pedí mi café a la chica que se acercó para atenderme. Abrí con mucho cuidado el sobre que despedía un aroma dulzón que me hizo ver mentalmente el rostro de *La Emperatriz*. Estaba en varios dobleces una hoja de papel, junto, había un retrato y se me encharcaron los ojos cuando vi que tenía una dedicatoria: "Con mi cariño para Omar, el único hombre que pudo traerme un tesoro". Me contuve el llanto, pues no acostumbro que se me salga a las primeras de cambio, no más porque sí.

Omar, trataré de acomodar algunas palabras que tal vez logren decirte quién soy y esto quizá te ayude más a saber por qué nuestros caminos se encontraron, entre tantos rumbos que se cruzan en la existencia de cada quien.

Yo no tengo muchos conocimientos, ni tampoco sé cómo escribir para que me entiendas lo que te voy a decir. Espero que mis palabras sean suficientemente claras y tengas así menos dificultad para comprender. Ya que me hiciste el favor de darme eso que aprecio tanto, unos pocos recuerdos sobre tantas cosas, no quiero que pienses que la mujer desecha que encontraste pudo decidir su destino. La vida me lo puso así.

La casa que viste en llamas no era nuestra. Un hombre nos la prestó para que nos mudáramos ahí. Vivíamos solas en otro lugar, mi padre nos dejó en una vecindad, cuando acababa de nacer, se fue sin acordarse más de nosotras, crecí en un barrio entre gente pobre por lo que mi madre, como podía, se abría camino, lavando ropa o haciendo trabajos de sirvienta en las casas ricas. Me la pasaba muy sola esperándola, en los lugares donde ella hacía

quehaceres no le admitían que me llevara con ella. A pesar de esas penurias, me mandaba a la escuela hasta que crecí. Estudiaba enfermería y antes de recibirme ya cuidaba enfermos. Un señor necesitó de alguien que se hiciera cargo de él, porque no tenía familia. Me llamaron. Entonces yo era muy joven, demasiado ingenua, ignoraba muchas cosas. Iba todos los días a cuidarlo. Le hacía lo necesario para que no sufriera tanto, aquella enfermedad lo dejaba en ocasiones casi sin poder mover siquiera las piernas.

El hombre aquél cada vez me tuvo más confianza. Así comenzó a abusar de mí, no se cómo para eso sí podía estar bien y lo hacía con fuerza, no supe cómo defenderme y reaccionar para que no sucediera aquello. Pero él insistía y cuando me acercaba ponía sus manos donde yo sentía algo, no se por qué lo dejé que hiciera todo eso, era como si me hubiera dado una droga. Cuando llegaba con mi madre, sentía vergüenza, no entendía bien qué era lo que me hacía, pero sabía que era malo. Tuve miedo de volver a esa casa, pero el hombre aquel me buscaba, decía que con nadie se sentía tan bien, me ofrecía algo de dinero extra, para llevarle a mi mamá. Como éramos muy pobres, a veces ni siquiera teníamos para comer, sentía que lo que me daba nos hacía falta. Nunca quise hablar con nadie de todo eso.

Cada vez que iba a su casa a cuidarlo él veía la forma de entretenerme hasta que se pasaba el día, salía cuando ya todo estaba oscuro y me daba miedo ir por esas calles hasta donde tomaba el camión. Era muy lejos por lo que me dijo que tenía una casa enseguida de otra más que era suya y la utilizaba solamente como oficina, donde podíamos vivir sin pagar renta, nos llevó a ese lugar donde guardaba cosas, era como bodega y nos prestó un cuarto. Yo seguía siendo una estudiante y cuando volvía de la escuela él se brincaba por la azotea. En las noches entraba y me

buscaba, me violaba siempre que se le antojaba y mi mamá no me podía defender. Estaba tan débil que se pasaba casi toda la vida acostada en su cama o sentada en una silla. El señor ese le llevaba medicinas y en ocasiones le daba dinero para que viera médicos, era viejo y gordo, me daba asco, pero vivíamos en su casa y tenía que aguantarme todo lo que hacía conmigo.

Después de pasarse horas en mi cama, me daba unas pastillas para que tomara y no fuera a tener un hijo. Eso me decía cada vez, así que, con el miedo le hacía caso. Le sentía un odio tremendo y hasta tenía deseos de matarlo, pero no sabía cómo, cada vez que se le metía en la cabeza hacerme algo, llegaba por la azotea y me sometía a todo lo que se le antojaba, decía que si hablaba con alguien nos echaría de la casa y tendríamos que vivir en la calle. Por eso lo soportaba, pues no me hacía a la idea de estar sola con mi mamá enferma, sin tener siquiera un techo.

Me apuraba en la escuela para encontrar la manera de conseguir dinero para llevármela a otra parte. Como no conseguía eso, entonces dejé de estudiar para trabajar en una fonda. Ahí conocí un muchacho que se hizo mi novio; le platiqué lo que sucedía, el me dijo que ya no le hiciera caso al viejo ese, que ya no me acostara con él, que no dejara que se metiera en mi cama. Así me pasé meses, gritándole cada vez que se acercaba y aventándole cosas cuando quería tocarme.

Mi novio aquél tenía la costumbre de tomar mucho vino y me daba también, para que me emborrachara. No trabajaba y hasta le gustaba robar. Me di cuenta porque traía cosas para que las guardara. Tuve miedo de que lo metieran a la cárcel y a nosotras también con él, por andar escondiendo lo que traía a la casa. Entonces me escapé para que no supiera dónde encontrarme, sólo iba los fines de semana a ver a mi madre que seguía ahí, pobre,

nunca me dijo nada, pero tengo en mí que también llegó a abusar de ella el infeliz que me cambió la vida. Así anduve buscando trabajo y un lugar para dormir, hasta que encontré un lugar donde había más mujeres que tenían historias muy parecidas a lo que me sucedió a mí. Me enseñaron ese oficio que me llevó a donde me encontraste.

En esta vida cada día me siento más acabada. Me he enfermado por tantas cosas que se pueden contagiar yendo de un hombre a otro, traté de suicidarme varias veces, pero no tuve suerte y aquí sigo. Unos días antes de que me encontraras, el hombre aquél, que se había hecho mas viejo y horrible, no se por qué no se murió, fue a buscar a mi madre para pedirle que se fuera. Mi pobre viejita estaba enferma y con eso casi la mata. En esa casa escondía cosas que otros robaban, es un sinvergüenza que siempre anduvo en malos pasos.

Usaba la casa como bodega, un escondite de drogas o no se qué, pero siempre tuve miedo de que se llevaran a mi madre a la cárcel. Yo le pagaba a una niña para que la cuidara. Él hombre se brincó como siempre lo hacía, por la azotea, igual a cuando yo era una estudiante, trató de abusar de ella. Por eso ya no quiso volver para hacer los mandados y cuidar a mi viejita. Hace poco tiempo llegó llorando a su casa, con el pantaloncito roto porque ese animal se lo arrancó, queriendo abusar, entonces la madre de la niña que sabía dónde encontrarme, fue a ponerme al tanto.

Yo no tenía dinero como para llevarme a mi mamá, pero una amiga conoció un cura que le dijo que había un lugar donde podía estar ella, sin que me costara tanto. Hablé con la mujer que cuida, una monja muy buena y le expliqué la situación. Aceptó que llevara a mi madre, en cuanto reuní algo de dinero fui a sacarla de la casa, ella está ahora en ese lugar donde la cuidan bien.

Mi madre tenía una perrita y el desgraciado ese la envenenó, porque le ladraba; cada vez que lo veía por la casa, le daba de patadas, por eso le tenía tanto odio. Llegué una mañana y la pobrecita se retorcía por la yerba que le dio, en menos de una hora el animalito murió después de echar espuma por la boca, quedó ahí tirada en medio del patio.

Yo estaba resuelta a que eso era lo último que nos haría ese desgraciado, pedí un taxi por el teléfono de la esquina. Abrí las jaulas para dejar que volaran libres los pájaros, saqué las pocas cosas que teníamos, las subimos al carro y acomodé a mi mamá. Enseguida pedí al hombre que manejaba el carro que esperara a que trajera unos bultos, entré a la casa donde sufrimos tanto y prendí el fuego para acabar con todo eso. Yo incendié esa casa junto con los malos recuerdos.

De seguro me anda buscando la policía, pero no me arrepiento. Ese mal nacido nunca va a poder pagar todo el daño que nos hizo. Me quedé muy triste el día que me ofreciste volver, a pesar de que no te conozco, me devolviste algo que ya daba por perdido, las fotografías y las cartas esas que me recordaron la poca juventud que tuve. Cuida mucho de tu madre y si tienes esposa y también hijos, nunca cometas el error de abandonarlos. Gracias por haberte tomado la molestia de dar conmigo, que Dios te bendiga. Carlota".

El café ya estaba frío, el pulso se me congeló, la realidad de lo que me rodeaba se me alejó, me llevó unos minutos recuperarla, como que no quería volver, las cosas estaban sucediendo solamente por dentro de mis pensamientos, afuera no había más que un vacío mundano. Tanto quebranto naufragando en una hoja de papel me mantuvo por un rato así, comenzaron a

lloverme imágenes de *La Emperatriz*, de su difícil infancia y adolescencia, constantemente acechada por la miseria, la soledad y finalmente la infamia de alguien dispuesto a destrozar la existencia de víctimas inocentes. Un despiadado que tuvo la maldad de pagar de esa forma los cuidados que alguien tuvo para hacerse cargo de su mugrienta enfermedad, solo un podrido por dentro y por fuera, pudo hacer eso. Sentí deseos de cobrármela yo mismo por esas mujeres, buscarlo y clavarle una estaca en el corazón, como al vampiro de la novela de Bram Stoker. Pedí más café, eso me ayudaría a recuperar la fuerza, ponerme de pie, pues me sentía como paralizado por aquél final de la historia.

Al día siguiente, yo mismo fui a buscar al director. Por suerte había llegado temprano, antes que su secretaria, lo encontré revisando los diarios de la competencia, como era su costumbre antes de comenzar la rutina, el nuestro era pequeño en cuanto a tiraje, se especializaba en asuntos de policía, deportes y escándalos políticos, aunque don Eduardo me había revelado que pensaba incursionar en cosas menos trágicas, como reportajes de ciencia o artes, a los chismes de sociales les tenía tanta fobia como yo.

—Don Eduardo, ya encontré a las mujeres, las que se salvaron de morir en el incendio por andar desaparecidas.

—A ver, dime cómo diste con ellas, cómo fue, ¿qué tuviste que hacer para encontrarlas?

En esta ocasión me ahorré tiempo en entrar en detalles de lo que había hecho, así que le di a leer la carta de *La Emperatriz*.

—Espera, esto parece bueno, prepararé un poco de café, quien sabe qué le habrá pasado a Marcela que no llega aún.

Trajo la pequeña cafetera eléctrica de la cocineta y dos tazas. Sirvió él mismo. Se acomodó las gafas y siguió en la lectura. El tufillo perfumado del sobrecito y la carta, impregnaron la pequeña atmósfera del despacho, leía de prisa, pues no le llevó más de tres minutos aquello.

—Te lo dije, el gato encerrado sigue ahí, te corresponde sacarlo.

¿Algo más? Me pregunté. Yo tenía la idea que con esto cerraba la historia, ya *La Emperatriz* había explicado todo. Por supuesto que este desenlace no era precisamente lo más adecuado en un trabajo periodístico, serviría más bien para hacer un artículo, algún trabajo editorial, o un texto que reflexionara sobre las condiciones que exponen tanto a las mujeres o los niños que no cuentan con la protección de un núcleo familiar sólido, un estatus más desahogado, por lo que la pobreza y la soledad, pueden convertirlos en víctimas de maltrato, desprecio humillación y hasta explotación.

—¿Me entendiste lo que te quise decir? –El comentario me desconcertó, sacándome de súbito de aquello que pensaba.

—¿Cuál gato, señor? –Me sentí torpe. Pero no entendía qué es lo que trataba de decirme el jefe.

—¿No me captas verdad?

—Perdone, licenciado, la verdad es que no atino a entender lo que usted me trata de explicar.

—Claro, periodista joven, que aprende y además egresado de escuela de periodismo, disculpa que te lo refiera, pero así es, en las facultades les enseñan a no ser periodistas, sino reporteros y a veces ni siquiera eso. No es mi deseo que te sientas mal por esto que te digo, simplemente trato de ayudar a que la gente que colabora conmigo sea profesional, tú eres

muy buen elemento, no estuvieras aquí si no es porque observo tus cualidades, créemelo.

—Y, ¿qué es lo que hace falta en esto que investigué, señor?, disculpe, por favor, mi falta de agudeza.

—Pues te falta nada más y nada menos que la nota, la noticia de ocho columnas, muchacho, aunque suene a lugar común, lo más importante de todo este asunto.

Me quedé pensando en esto, siempre admiré en el Licenciado Eduardo Pérez sus dotes de periodista. Los infalibles análisis políticos cargados de ironía que son verdaderos misiles, lo mismo que ese instinto para sacar a la luz lo que sucede en los intersticios de la sociedad, soterradamente. Por eso le tienen respeto y hasta miedo, los que no se escapan de sus editoriales, de su crítica filosa e invariablemente veraz. Desnuda con maestría las trapacerías de los funcionarios que dan tanto de comer a la prensa. Él no acepta dádivas, se reúne solamente con quienes le inspiran respeto, gente que sabe distinguir y poner en práctica la ética, no con arribistas motivados por lo jugoso que puede ser un cargo. Detesta a los corruptos y mediocres, quienes desgraciadamente conforman la fauna más abundante en los gobiernos o en partidos políticos, una clase envilecida a la que nuestro diario *El gráfico del sur*, no guarda consideraciones.

Como ya había llegado Marcela, el jefe le pidió que le comunicara con alguien de la policía estatal, el comandante Fernández, uno de sus múltiples contactos. Cuando la secretaria tuvo lista la llamada se la pasó a don Eduardo.

—Pedro, ¿cómo estás amigo? Pues aquí andamos, de todo, pero nos defendemos, sacando trapitos al sol. Oye, te llamo para pedirte un favor, quisiera que alguien de tu perso-

nal acompañe a uno de mis muchachos a ver un asunto delicado. No, para nada… se trata de otra cosa, él trabaja un caso y trae una hebra que le pedí seguir, a ver qué se encuentra, pero no lo puedo mandar solo, ya vez cómo juegan los mendigos delincuentes que piensan que nadie les puede echar el guante encima… Un cabrón que se pasó de listo con unas mujeres y hasta con criaturas… Si seguramente, bueno, le diré que pase contigo mañana, si, se trata de Omar, seguro ya lo conoces, de la sección… Ese mero… De toda mi confianza el muchacho este. Bueno hermano, te agradezco mucho. Si, cuando quieras, ya sabes, yo te busco, ¿te parece el viernes de la que entra? Bueno, entonces desayunamos, donde siempre. Gracias, un abrazo igualmente para ti… Hasta luego manito, en eso estamos.

El director terminó de hablar con el comandante y hasta entonces me cayó el veinte, supe al fin por donde iba la jugada.

—Señor, ya entendí, debo buscar al dueño de la casa de junto, el pederasta ese, que seguramente trae una cola bastante larga.

—Por eso mismo no debes ir solo, inclusive ha de haber huido, no lo van a hallar, pero los muchachos de Fernández saben olfatear bien a estas ratas.

Un equipo especial de investigadores me estaba esperando en la comandancia estatal, llegamos a la finca en dos vehículos sin insignias de la policía. Permanecimos a varios metros de distancia en tanto que dos agentes con las pistolas ocultas, se acercaron para llamar a la puerta; como no hubo respuesta, el jefe de grupo indicó a su gente pasar por el boquete que dejó la barda caída. Entraron con las armas en la mano, inspeccionaron el lugar y al comprobar que aquello estaba sólo,

se dedicaron a husmear hasta el mínimo rincón. Pásate, Omar, me dijo uno de ellos, si gustas retratar estas pruebas, adelante. Había prendas de ropa femenina, unos bultos que seguramente contenían alguna droga, botellas vacías, restos de mariguana en los ceniceros, entre otros indicios que comúnmente se encuentran en las madrigueras de la delincuencia. Los agentes tomaron huellas dactilares, entre otras cosas periciales. También sacaron fotografías. Con aquellos datos la investigación no llevó más de tres días, hasta localizar al jefe de una banda en otro de sus escondites. La información que le sacaron los judiciales permitió la captura de la mayoría de los integrantes. Existían varias denuncias en su contra, presentadas por padres de otras víctimas casi todas menores de edad, se supo que sus compinches se las llevaban drogadas a cambio de dinero, armas, sustancias a las que eran adictos. Cuando cayó en manos de los judiciales me notificaron para que fuera a tomar fotografías, y para recabar datos. Entonces pude titular el reportaje que me valió la felicitación del director "Incendio accidental pone al descubierto varios crímenes". Ese día los ejemplares del *Gráfico*, volaron.

La voz tenue de Marcela, quien pocas veces o casi nunca saludaba antes de cumplir las órdenes de su jefe, me habló de cerca. –Don Eduardo quiere que vaya a su oficina.

—Siéntate, Omar, tengo noticias.

Después de la orden acostumbrada para que me instalara sentado frente al escritorio, me comunicó que había ganado un aumento. El doble de lo que era hasta entonces mi sueldo. También me confió que había recibido un capital que invertiría totalmente para renovar las instalaciones del diario y pensaba ampliar el tiraje, me nombró jefe de sección y me

dio autorización para formar un equipo de reporteros. Estaba deslumbrado de alegría y así me pareció que estaba él, con un humor excelente, de manera que no desaproveché la oportunidad de que me permitiera localizar a Luisito para integrarlo nuevamente. Lo meditó unos segundos y después comentó que yo era el responsable de mi área y estaba en libertad de hacer lo que quisiera, pero necesitaba resultados. Ante este viraje de la fortuna, me sentí de lo mejor en mi corta trayectoria, busqué y encontré al amigo y compañero, le narré la historia de *La Emperatriz* y el final que había tenido, le ofrecí ser su nuevo jefe y por su puesto que aceptó sin pensarlo, dándome un abrazo agradecido. El lunes se presentó temprano, con un aspecto bastante limpio, sin huellas de alcohol, tomamos café durante casi toda la mañana. Esa misma tarde le pedí que me acompañara al hotel donde estaba *La Emperatriz* la última vez que la vi.

Le llevé en esa ocasión un ejemplar del *Gráfico* donde aparecía Herminio Gálvez, alias el "alacrán", detenido por varios delitos del fuero común y otros más de carácter federal que no alcanzaban fianza. De manera que el desgraciado tipo que tanto daño hizo a Carlota y su madre, entre otras víctimas que se presentaron a identificarlo, pasaría muchos años detrás de las rejas.

Por suerte, *La Emperatriz* aún no pasaba a recoger el cofrecito, la dueña del lugar me comentó que de seguro iría, pues le hizo hincapié en que esperaba algo muy importante, que por favor lo conservara guardado para recogerlo cualquier día de estos. Junto al diario coloqué una carta que contenía mis datos, con la idea de que *La Emperatriz* me llamara. Ahí mismo

puse la cadenita, con un broche nuevo, a Laura le compraría algún otro regalo.

La Emperatriz ya no tenía por qué esconderse, podía caminar con altivez por el mundo, nuestro mundo tan enmarañado que se extiende por la ciudad.

Mujer a la medida

Llegó acompañada de dos paquetes ligeros. Los agentes de la empresa bajaron el encargo. Sabían de su fragilidad, del enorme valor. Solicitaron, comedidamente, revisarlo. Para comprobar, frente a un supervisor técnico, que el envío llegaba en buenas condiciones.

Acoplada a un estuche de unicel, venía la *Venus CLX 2100*, de factura japonesa. En otro bulto, estaban los controles, instructivos, manuales, garantías escritas y una serie de aditamentos perfectamente empacados y clasificados en sus respectivas fundas.

Joseph pasó la noche estudiando con minuciosidad las indicaciones, dedicó horas a reconocer las piezas, una a una; tocar, oler, observar con atención los detalles.

El silencio de la casa solamente era interrumpido por los pasos que se escuchaban en la planta alta. Joseph giró las llaves doradas dejando llenar la tina de baño.

En la habitación contigua una figura de material plastificado yacía sobre el tapete. La tonalidad encarnada, casi traslúcida, contrastaba con la caoba del mobiliario. La primera parte del proceso consistía en sumergir aquello durante diez horas seguidas en agua filtrada a 36° centígrados, para elevar su volumen y producir así un efecto de vitalidad, sobre todo en las partes de silicón que reemplazarían el tejido blando.

Sonó el teléfono repetidamente, a propósito, Joseph no lo contestaba, tampoco estaban los criados para ello: los alejó a descansar durante unos días. Leyó cuidadosamente el manual del primer baño, memorizando el diagrama anexo para no cometer algún error que le haría perder una fortuna, pero más que nada por el interés de evitar que se alejara la posibilidad de tener una compañera a la medida.

La empresa manufacturera no facilitaba sus productos sin tener la posibilidad de monitorear el proceso de activación, mediante un sistema de circuito cerrado. Una cámara seguía cada movimiento y Joseph mantuvo comunicación con los fabricantes cuando requirió ayuda. Conseguir el prodigioso capricho, aparte de la exorbitante inversión que fue necesario desembolsar, obligó al adquiriente a responder gran variedad de cuestionarios a través de correos electrónicos y video conferencias que duraban horas.

Era única, solamente existía en el laboratorio un modelo prototipo que se desactivaría en cuanto Venus comenzara a servir a su dueño; el solitario magnate que tuvo que pagar el precio que le daría el privilegio de convertirse en el primer poseedor del mundo. Depositó lentamente el objeto que se doblaba como un ligero y alargado salvavidas sin aire. Una vez sumergida, era necesario espolvorear encima el contenido de unas bolsitas de polietileno, además de mezclar en el agua varias pastillas de gel. Por último, añadió el líquido ámbar contenido en unos cartuchos, echó una mirada al termómetro y apagó las lámparas: la oscuridad total estaba indicada en la guía.

Con el propósito de mantener la temperatura, entre los accesorios fue incluido un termostato adaptado a un vertedor de

químicos que producen calor. Si todo resultaba según como le informaron, tendría una mujer artificial que comenzaría a convivir con él, robóticamente, en cuanto concluyera el siguiente paso del procedimiento de activación. Esta segunda etapa era un poco más complicada; requería de varias horas para examinar, probar los programas. Además, el ajuste sensorial automático llevaría de dos a tres semanas, por lo menos.

Abrió la puerta del cuarto de baño y enseguida un vaho ardiente le espantó.

Seguramente algo salió mal, pensó, casi suelta un alarido de angustia. El vapor se desvanecía lentamente. Transcurrieron diez horas con quince minutos, era tiempo de ver el resultado; encendió la luz. Al mirar dentro de la bañera no pudo contener una exclamación de júbilo. Ahí estaba, serena, lánguida, pero sin vida. Estática, sin razón ni pensamiento.

De alguna manera su apariencia rígida era extraña. Sin embargo, en la otra mitad del envío estaba la clave para que la muñeca "viviente" fuera más carismática, conforme a la exclusiva y costosa oferta. Consiguió una réplica humana de sofisticada exactitud: La piel, todavía húmeda, ligeramente morena, parecía como si la acabara de broncear el sol. Tenía algunos lunares distribuidos en su anatomía plástica. Al absorber casi la mitad del agua en que reposaba, tomó la forma y el tamaño de una miss; la escultura palpitante que ofrecieron sus inventores. El peso subió a 47 kilogramos. Joseph con dificultad la tomó en brazos para continuar con el proceso.

En todo era como una mujer real. Con satisfacción se felicitó por tan audaz, a la vez que interesante adquisición. No dejaba de admirarse al contemplar el pubis cubierto de rizos castaños, los hermosos senos coronados por unos pe-

zones café claro. El rostro delicado, sensual; un ser dichoso que duerme tranquilamente, con el cabello revuelto sobre la almohada. Instaló hasta diez chips en las peinetas y los aretes. Colocó la pulsera y enseguida advirtió que la temperatura comenzaba a elevarse, lentamente, hasta adquirir la tibieza del cuerpo humano.

Examinó con una lupa sus detalles; observaba con detenimiento infinidad de poros, los pequeñitos bellos que la cubrían. No lo podía creer cuando comenzó a tener aroma aquella piel sintética. La cápsula que se colocaba dentro de la "vagina", constituía uno de los grandes logros del portento; se trataba de algo esencial en el funcionamiento de Venus. Cuando la instaló sintió que se humedecían sus dedos.

Después de un ajuste de articulaciones, colocó varios microamplificadores en la boca. Al cabo de cuarenta y ocho horas estaba lista para la parte final: En la nuca, debajo del cabello, se ocultaba la cavidad cilíndrica que contenía el mando central. Éste consistía en una tarjeta que, mediante su micro fuente de plutonio, mantendría en funcionamiento a la primera máquina hembra de toda la historia. Colocó el diminuto artefacto ayudándose con las pinzas y una lente. Quedó todo concluido, solo faltaba ponerla en funcionamiento con un leve toque en los labios, o en las muñecas. El cerebro tardó doce horas en cargar, de manera que ya le resultaba posible "pensar" algunas cosas sin información previa.

La vistió y maquilló como pudo –tenía ella su propio estuche de belleza– acomodó su preciosa pertenencia sobre el sofá. Emocionado la tocó en los labios, enseguida en las muñecas; la mujer hechiza abrió los ojos, alzó la cabeza, después quedó igual de inmóvil. Joseph sintió frustración. Con ansias

la sacudió. Tocó de nuevo únicamente sus labios, fue cuando ella tomó aliento, –si cabe decirlo– se incorporó; frotó sus ojos, acomodándose el cabello, con cierta timidez, sonreía. Estaba viva, o parecía estarlo. Era tan idéntica a una mujer de verdad que difícilmente podía pensarse que no lo fuera.

—Mis ojos te reconocen, eres grato a ellos, también comienzo a escuchar sonidos y clasificarlos. Se que todavía no llegas a sesenta años, ya no falta mucho... Me agrada la loción que usas. –Su voz era clara, melodiosa, pronunciaba perfectamente cada palabra, el movimiento de los labios estaba perfecto.

—¿Puedes decirme tu nombre y darme alguno que te plazca?

Joseph, Joseph Alexis, pensé que tu nombre es Venus, ¿no te agrada que me dirija a ti de esa forma?

—Soy el proyecto Venus, así me nombraron quienes materializaron mi existencia, sin embargo, no tengo un nombre propio. Puedo ayudarte a elegir uno que me vaya bien y te proporcione alegría pronunciar, ¿te parece Ada?

¿Ada?

—Sí, o tal vez Marina. Recuerda que me formé, de algún modo, en el agua...

Bien, te llamaré Ada Marina y tendrás siempre treinta años.

—Bien Joseph, ahora que hemos cumplido con la presentación, prográmame una rutina para no inmovilizarme. Me gustaría conocer mi habitación, tu casa.

Nuestra casa, Ada, es tuya y mía.

—Oye, si no te molesta déjame ver el guardarropa, para cambiarme este atuendo. No te sientas mal, así somos las mujeres.

Ada Marina trazó un holograma de la finca con sus mínimos detalles. Utilizando un sistema de posicionamiento espacial geológico integrado, supo la ubicación de su domicilio. Caminaba con un pasito entre aprisa y cadencioso. Detectaba lámparas encendidas e inmediatamente las apagaba, si no era necesario que estuvieran prendidas, contestaba el teléfono y tomaba recados presentándose como la nueva asistente del señor Alexis. Era capaz de desempeñar su aseo personal con aditamentos especiales, además se vestía con exquisito gusto. Acondicionaba una ducha a base del vapor de mezclas alcalinas y sustancias desinfectantes que despedían un aroma semejante a las rosas. Operaba perfectamente las máquinas caseras; secadoras, lavadoras, estufas, hornos de microondas y demás aparatos electrónicos. Escribía, mandaba correos, dominaba perfectamente cien programas de cómputo.

En ocasiones Ada tenía dificultades para registrar varias voces al mismo tiempo. No obstante, este pequeño inconveniente, procesaba velozmente para no perder el hilo de la conversación. Hasta se daba el lujo de exhibir un excelente sentido del humor. Con algunas aplicaciones, era posible enseñarle a cocinar, aunque no hacía falta en una residencia con dos cocineras, el ama de llaves, dos camareras, el chofer, un viejo jardinero y el secretario. En realidad, se encontraba ahí para el exclusivo halago del deprimido petrolero que tenía diez años de viudo y desde entonces no entró mujer alguna a sus habitaciones. El hombre, desmesuradamente adinerado, era, en consecuencia, bastante influyente en el mundo político y financiero.

No existían descendientes que heredaran su fortuna, el poder. En el testamento figuraban los colaboradores y sirvientes,

pero con cantidades o bienes modestos. El resto de su riqueza aún no tenía destinatario al morir Joseph Alexis Grasskovitz. Cuando la servidumbre regresó a continuar con sus labores, les fue presentada la adquisición del patrón. Disimularon bastante bien la sorpresa, excepto la señorita Clementina, el ama de llaves cuyo estrabismo acentuó en ella un gesto bastante cómico. Se le preguntó si tenía algún problema, por lo que la mujer, con sus ojillos apuntando en distinta dirección, movió tímidamente la cabeza y se disculpó.

Los tres o cuatro gatos que deambulaban por la casa, huían despavoridos ante la presencia de la nueva inquilina, la mujer electrónica. Su enorme sensibilidad seguramente les hacía desconfiar de algo que se hallaba fuera del mundo animal, donde nos incluyen. Por su parte Joseph no ocultó que era feliz, nuevamente sonreía, hacía bromas con la gente. Con frecuencia realizaba paseos al campo a bordo de un descapotable. En los parajes de una propiedad que tenía en la rivera del lago cercano a la montaña, practicaba el kayak, o pescaba desde la orilla: Siempre con su inseparable y literalmente suya, la robot inadvertida. Y ni tan inadvertida, porque en ocasiones le dirigían una que otra palabra con algo de atrevimiento, o de pronto trataba alguien de buscar su mirada, o simplemente atraer su atención en cuanto le miraban sola; a lo que ella, en plan de dar siempre la misma respuesta condicionada, movía ligeramente sus labios, como si fuera a sonreír.

También sucedió que, después de alguna noche de excesos, le subía la temperatura y Joseph, con apuro no disimulado consultaba los manuales para administrarle algunas cápsulas disueltas, por vía de unos pequeños depósitos de enfriamiento de emergencia. Llegó un invierno severo y el artificio dio

muestras de resfrío agudo. Pese a la calefacción no encontraba alivio. Sumamente intranquilo, Joseph habló a la compañía japonesa de fabricación y experimentación tecnológica. Le indicaron que era preciso que cambiara de clima llevándola hacia algún lugar tropical, o bien, mantenerla en una cámara de calefacción constante, sin consumo de aditivos y bajo un estricto tratamiento de fricciones a base de yodo, glicerina y sal disuelta en alcohol.

Joseph pensó que lo primero era lo mejor; imaginó visitar un país en el sur, tal vez una isla en el Caribe, o Australia. Sus contactos, conseguirían un pasaporte para Ada Marina. La falta de identidad de ella no representaba ningún problema: podía tramitársele cualquier documento que necesitara. Reservó pasajes para viajar a Oceanía y pronto estaban bajo el sol de una playa de arena dorada y caliente. En el lugar se practicaba el nudismo, por lo que constantemente Ada atrajo la atención de quienes estaban alrededor, o pasaban por ahí. Hombres y mujeres la veían admirados, con disimulada curiosidad.

Se recuperó el primer día y provocó toda clase de comentarios, sobretodo entre las mujeres. Asombradas o recelosas, admiraban su porte, la manera de andar. No se diga al bailar, parecía princesa africana en algún ritual del amor. Balanceaba la cadera llevando compases hipnóticos, hasta que se escuchaba alguna exclamación. Prolongaron las vacaciones mientras pasaba el invierno de New York y eligieron las islas griegas para continuar el paseo.

Fue necesario enviar constantemente paquetes a casa, debido a las abundantes compras a las que rápidamente se aficionó la mujer artificial. Sus campos de atracción vibraban especialmente en presencia de joyas y perfumes, aunque tenía

una especial predilección por cualquier clase de flor natural. El aroma de los jardines la fascinaba y quería hacer el amor ahí mismo. La pareja feliz viajó por todo Europa siempre en las mejores categorías y restaurantes gourmets, donde el señor invariablemente comía y bebía como auténtico *rajá*, mientras su dama le contemplaba, o hacía preguntas con una copa de Champagne en la mano –lo único que admitía su cuerpo cibernético, nuclear y electrónico.

En los Alpes Suizos, Ada fue espectacular al descender las pistas en esquís, a velocidades superiores a ochenta kilómetros por hora. Nadie imaginaba que iba guiada por un radar digital. La gente preguntaba si competía en las olimpiadas. En distintos idiomas hablados correctamente, respondía ella que era simple aficionada. Antes de volver a América, Joseph cerró una transacción de diamantes en Zurich, los cálculos de Ada les dieron una utilidad de un millón de Euros, utilizando dos cuentas bancarias y una serie de llamadas telefónicas.

El vendedor era un judío suizo y el comprador un hotelero de Brasil. Al día siguiente de concluir la operación revisaron las páginas financieras de los diarios. Los ordenadores de Ada sugirieron hacer la conversión a francos suizos. De esta manera obtuvieron un 6.5% adicional a las utilidades del negocio, gracias a una operación que llevó una semana y redondeó una ganancia de un millón setecientos cuarenta mil dólares; esta sí fue una verdadera luna de miel, ahora estaban listos para volver a casa.

Las habilidades de la mujer maravilla, tenían a su dueño deslumbrado, inmensamente satisfecho. No tan solo aumentaba su riqueza, sino que vivía a su lado una especie de ángel artificial, una criatura excepcional concebida por la perseve-

rancia y el ingenio de la ciencia. Solo que, a veces, aunque parezca insólito, dudaba que fuera del todo irreal; por su increíble forma de ser humana sin serlo. También era cíclica, como la luna, las plantas y las demás mujeres: Cada veintiocho días desechaba un repuesto, cambiaba de humor y disminuía notablemente su actividad.

La admiración, los cuidados obsesivos de Joseph hacia aquel tesoro, tomaron otro rumbo; alteraron su carácter. El cambio de actitud se reflejó en el trato hacia el personal de confianza, en la forma de comportarse con los socios y hasta en la manera de dirigirse a los escasos amigos. Ya muy pocas veces estaba disponible para alguien más que para su mujer plástica. Era ella tan inteligente y dinámica, que no permitía que los negocios dejaran de producir, o que algún descuido provocara pérdidas, o situaciones de riesgo. Al contrario, preveía cuidadosamente todos los movimientos financieros. Era insuperable analista de las fluctuaciones de los mercados, de las acciones bursátiles. Además, tenía la virtud de darle todo el crédito a su... ¿Cómo referirse a este lazo?, digamos a su dueño, amo y señor; utilizaremos este lugar común que aplica perfectamente al caso.

Joseph se convirtió en el hombre de negocios más influyente del país, por lo que su infalible asesoría era solicitada constantemente en los círculos de la presidencia y de las cúpulas empresariales. Pero al mismo tiempo comenzaba a filtrarse la existencia de la misteriosa dama de compañía, la "extranjera", quien había cambiado radicalmente el mundo del viudo millonario, Joseph Alexis Grasskovitz.

Todos, principalmente las damas de sociedad, querían conocerle. Llegaron a organizar una gala especialmente para la

pareja más comentada en el mundo de los negocios: el selecto club de los afortunados. Joseph pagó una enorme suma para publicitar que revelaría la historia de la mujer que no es de verdad. Apareció en varias entrevistas, dictó conferencias, siempre acompañado de su inseparable aparato feminoide. Pero la gente no creyó. Una y otra vez le pidieron pruebas más convincentes. Tanto escepticismo terminó por fastidiar a la pareja y optaron por el aislamiento. Un periodista cometió el exceso de sugerir que, si en verdad solo se trataba de una muñeca inteligente, debía arrojarla desde un sexto piso para demostrarlo. Joseph mandó comprar la cadena de difusoras donde tuvo lugar el desatino y citó al ocurrente. Preguntó al sorprendido locutor, en presencia de ella y ante los micrófonos, que si estaría dispuesto a hacer lo que dijo en su programa.

Por supuesto que éste se disculpó y juró que, aunque esta mujer que tenía frente a sus ojos fuera el ser vivo más sintético del mundo, o la cosa artificial más real que se pueda imaginar, no se atrevería a tocarla ni con el pétalo de una rosa. Sin embargo, una poderosa compañía de televisión contra-atacó; pidió públicamente a Joseph, que explicara qué tipo de relación llevaba con su mujer biónica. La expectativa se calentó, los medios informativos inflamaron el morbo colectivo. Varios grupos conservadores organizaron juicios inquisitoriales; condenaron al "excéntrico lunático" que sostenía relaciones maritales con un invento japonés. Hubo quien elevó demandas ante la corte por atentados al pudor y buenas costumbres. Se promovieron comités de ética y los enemigos comerciales patrocinaron campañas de rechazo a las firmas de productos y servicios relacionados con los monopolios de Alexis G y Cía.

Ada, anticipada, lúcida como siempre, solicitó aparecer en una entrevista con la prensa en cadena nacional. La convocatoria causó una gran movilización en los medios informativos. Éstos fueron obligados a dedicar tiempo extra a una plática de antología, que por cierto marcó uno de los más elevados *raitings* de la historia noticiosa. La dama, construida gracias a la insólita combinación de la tenacidad científica y la inspiración plástica, se desenvolvía con un encanto que pudiera pensarse sobrehumano. Dulcemente exponía su razón de ser, el origen físico-químico que la transfiguró. Explicó que fue concebida como parte de un proceso que tiene más de tres décadas en investigaciones, búsqueda exhaustiva, gastos insospechados. Con delicadeza, alzó el peinado reluciente para mostrar el lugar más importante de su anatomía artificial; la pieza oculta donde guarda la clave del funcionamiento.

Las llamadas inundaron el estudio, se interrumpieron las líneas telefónicas. La gente estaba enamorada de Ada y todo mundo quería ser Joseph Alexis. Los felicitaban, suplicaban que les diera la posibilidad de conocerla personalmente. La beldad aceptó y la audiencia enloqueció. El prestigio del magnate se recuperó. Sus inversiones fueron quintuplicadas en una sola noche. Agradecido, profundamente maravillado, Joseph habló de una posibilidad matrimonial. Ella respondió, visiblemente turbada, que tal situación era lo único imposible, aunque para cerrar con un toque de humor, añadió que tal vez sería un buen ardid publicitario.

A veces, también olvido que soy tu máquina. Pasan por mi pantalla una serie de imágenes creadas por mi laboratorio virtual. Puedo complacerte en todo lo que mi programación sensorial permite,

pero es imposible alterar el vínculo. He funcionado al límite de mi capacidad por adaptar mis campos a tu entorno mental y físico. Cumplo mis tareas con precisión cibernética y considero que aún puedo crear otros ámbitos que aumenten y mejoren tu red financiera. Me encargo especialmente de tu autoestima, sinceramente es lo que más disfruto. Además, no quisiera que lo tomes a mal, pero me he permitido tomar algunas muestras mientras duermes y observo tu salud en buenas condiciones, pero te falta hacer ejercicio. Respeto tu decisión de no tener relaciones con mujeres de verdad, pero te recomendaría confiar más en alguien que en algo, como yo. Si me conviertes en tu esposa, pierdes una amiga incondicional que te ofrece todo lo que necesitas.

La respuesta causó hilaridad en Joseph, aunque inmediatamente adquirió una actitud reflexiva. No tan sólo no tenía nada qué decir, o quizá era tanto lo que debía decir, que enmudeció. Se contemplaron mutuamente: ella con un par de iris, azul pálido, maravillosamente cristalinos, de un fulgor casi imperceptible. Él, solamente la miraba. Sentada al pie de la ventana, se quedó en silencio mientras un haz de luz descendía entre la cortina de mimbre. La complejidad de su perfección iba más allá del más fino y escrupuloso detalle. Laboriosamente exquisita, bella, era una acertada combinación de la Venus de Urbino y Nefertiti, además fundidas con la mexicana Malintzin. Solamente una minuciosa y metódica inspección, permitiría sentir algo extraño en las pulsaciones bajo la piel. Un delicado examen dejaría notar la carga de estática que despide su cuerpo. Acercarse demasiado a ella, después de muchas horas de activación continua, haría posible percibir un cierto olor a calentamiento eléctrico. Mirar fijamente sus pupilas permitiría ver

el fuego nuclear a través de las fibras ópticas. En cambio, tenía cabellos de verdad y tocarlos o hundir la nariz en sus bucles, era como refrescarse en el cielo. Lo mismo el pubis y los finísimos bellos que le nacieron por todas partes.

Después de unos meses, disminuía la curiosidad de la gente. Ningún otro modelo había salido al mercado, por razones más que nada comerciales. Se esperaba un fuerte auge de androides y era preciso especular. Los pedidos tenían que esperar hasta dos o tres años. Nadie disfrutaba aún de la sensacional compañía de un ser ficticio, a excepción del conocido y esquivo millonario Joseph Alexis, quien financió parte del proyecto y de esta manera se hizo acreedor al primer ejemplar hembra.

Ada Marina, tenía un don especial para tratar al personal de la casa. Con una mezcla de cortesía y autoridad, se ganó el afecto de todos, aunque en cierta manera había en el trato algún temor a lo desconocido, a lo que pudiera ser o hacer. De cualquier forma, convivían en armonía. Sabían que teniendo contento al impredecible señor Joseph, estaban tranquilos. Hasta se daban el lujo de hacer bromas y tomar un poco más de lo necesario para comer y beber. La fortuna levantó el ánimo del solitario hombre de negocios, al grado de verse jovial y emprendedor. Comprar a la mujer radioactiva, redituó mucho más de lo que hubiera calculado su previsora imaginación. Dedicaba horas a observarla mientras ella cuidaba los arbustos y flores en el jardín. La llamaba a su lado y de un día para otro, estaban en algún avión volando para realizar operaciones financieras, o asistir a las conferencias que continuamente ofrecían por el mundo. La vida transcurría dulcemente tranquila, aunque veloz. Todo era éxito, más poder. Las cosas

estaban en su ordenado equilibrio. Descansando en su finca campestre Joseph recibió una llamada: Cierto funcionario de la empresa tecnológica de Japón le puso al tanto de que habían enviado un correo y recomendaban revisarlo a la brevedad.

Sin perder tiempo, Joseph encendió el ordenador donde encontró un archivo que mostraba a la nueva modelo de la compañía. En este segundo diseño los creadores se esmeraron en una mujer con rasgos orientales, asombrosamente hermosa. Tenía tres mil G más de memoria, campos especiales de reflejos, así como chips de ubicación virtual extra sensorial a larga distancia. Lo más importante: era perfecta, poseía un complejo programa de sexualidad basado en el Kama Sutra. El modelo costaba tres millones de dólares más que el anterior, pero lo valía. También era posible obtenerla al cambio. Joseph leyó detenidamente la información, miró una y otra vez, los videos que mostraban la sensual robot en distintas actitudes y ropajes.

Afuera, en el jardín, Ada cortaba una rosa, con cuidado quitaba las espinas. En eso, una de las muchachas que hacía trabajo de camarera, se aproximó a la mujer cibernética. Sugirió desprender una flor un poco más alta; las dos trataron de obtenerla, subiéndose una de ellas al enrejado y la otra, apoyándola suavemente del talle, tocando ligeramente su seno. Clara, así era el nombre de la joven, subió y cortó la rosa, cuya espina se cobró la flor con una gota de sangre. Joseph las observaba de pie ante la ventana que da al jardín, pensaba en las variadas manifestaciones con que nos rodea la naturaleza: el agua, los vientos, las rocas que se transforman, cambian, se convierten en algo distinto. “¡Valla que hace caprichos!”. Contempló la nube semejante a una gigantesca nave espacial.

Otra más lejana que tenía la forma de un trineo deslizándose en el vacío, en unos instantes se desfiguró. Después se apareció la que parecía un caballo a galope. También asomaban cabezas redondas de gigantes boquiabiertos.

Así mismo, reflexionaba, vamos como esas familiares islas de vapor que flotan, moviéndose lentamente; aunque muchas veces vuelan aprisa, desprendiendo jirones. No nos damos cuenta a qué hora cambiamos, en qué momento ya no somos iguales que ayer. La tarde se lucía en aparecer, por todo el cielo, infinidad de fragmentos de nube ordenados y simétricos; rebaños flotantes bañados de luz con tonalidades que no tienen un nombre preciso; sin embargo, sabemos que están familiarizados con el rojo, el gris, o el violeta.

Dejó pasar unos días mientras reflexionaba acerca del enamoramiento de Ada y la posibilidad de reemplazarla por la nueva producción de mayor poder y belleza. Decidido por esto último, comenzó a preparar el cambio: Precisamente una de las mayores ventajas de su compañera artificial, era justamente su calidad de artificio. Gracias a la tecnología, a su ingenio y sobretodo a su riqueza, pensaba Joseph, sumergido en un mar de reflexiones, por fin logró manipular el sentimiento sin comprometer su ética.

Después de todo, tres años fueron suficientes para disfrutar de los beneficios y encantos de una invención hecha a imagen y semejanza de la mujer ideal. La naturaleza insaciable de los humanos también está fuera de toda duda. El que todo lo tiene, siempre anhela poseer algo más. Joseph estrenó a Mika en navidad, después de organizar una despedida inolvidable, para la valiosa Ada. El personal manifestó unánime rechazo a la nueva compañera del señor. La más afectada fue Clara. A

los pocos días renunció y no había transcurrido una semana cuando comenzó a circular una noticia que pasó casi desapercibida en el mundo: *"Millonaria pieza desaparece misteriosamente de una fábrica de robots humanoides en Japón". "Se presume que una mujer joven se hizo pasar como integrante del cuerpo de científicos y huyó con la máquina"*.

A los pocos días Interpol encontró el rastro de las dos mujeres. Se alojaban en un hostal del este de París, muy próximo a la estación del metro que tiene una plazuela a la salida, donde abundan cafeterías y bares de turcos, entre tiendas de ropa. Sin embargo, la intuición de Ada detectó la cercanía de los agentes al sentir muy próximo a ellas un automóvil que le pareció extraño, por lo que haciendo gala de un estupendo ardid éstos fueron burlados. Fingieron ser hombre y mujer e hicieron una llamada a una central de emergencias para que enviara una ambulancia, con el argumento de que la señora tenía un malestar. Los policías que preparaban la detención atestiguaron la salida en camilla de una mujer robusta, la cual era seguida por un hombre que llevaba gabardina y gafas redondas. Los paramédicos apresuraron el paso y emprendieron la marcha rumbo al hospital. Al descender del vehículo, Clara en su papel de marido de la enferma, les pidió que le escucharan un momento aparte y les ofreció una suma de dinero por dejarles en ese sitio sin ingresar al hospital, puesto que el "malestar" de la señora realmente no era más que una reacción pasajera, debida a una discusión que sostuvieron horas antes en el interior del hotel. El encargado del servicio arguyó que era necesario pasar al lugar para justificar la petición de la pareja. En un cuarto de hora resolvieron el asunto y se perdieron por las calles parisinas. El efectivo se les agotó en tres meses. Ni

un solo euro o dólar quedaba en las cuentas. Por fortuna estaban cubiertos dos meses de alquiler, esta vez se trataba de un piso pequeño situado en los suburbios. Clara consiguió empleo temporal en una librería de la zona, así que no faltaba el alimento y chucherías, sólo para ella, porque Ada estaba librada de toda necesidad. Sin embrago, los aditamentos químicos, según sus cálculos, alcanzarían a mantener su funcionamiento no más de medio año, al cabo del cual comenzaría un deterioro físico cuyas primeras manifestaciones probablemente comenzarían a observarse en cambios de humedad en la piel o quizá algunas actitudes ya no tan dotadas de sentido ante la realidad, todo ello por una paulatina disminución de energía, sin embargo, todo esto no estaba probado puesto que Ada fue la primera mujer en su tipo. Lo que sí estaba garantizado, era la fuente sub atómica que la mantendría en funcionamiento por lo menos otros quince años más, en tanto que el envejecimiento del ser artificial seguía siendo un misterio. Los familiares de Clara dieron pistas para su localización puesto que de vez en cuando hacía llamadas con algunos de ellos. Se le detuvo al salir de cierto almacén donde manejaba una cuenta, justamente a unos pasos de donde se encontraba Ada que la esperaba entretenida con un vendedor de pinturas. Unos árboles además del quiosco que estaba en medio, la ocultaron de los agentes y Clara no delató su presencia.

La subieron a un automóvil evidentemente policíaco que se sumó rápidamente al tráfico. Sin los ingresos que aportaba Clara, Ada tendría dificultades para seguir en su libertad, aunque no le era necesario nada más que sus periódicas duchas o fricciones químicas. Ya idearía cómo obtener lo necesario para pagar rentas en tanto sus poderes geofísicos localizaban

a su protectora y antigua compañera de casa. Con el guardarropa de la amiga, sumado al de ella, le sería posible pasar más tiempo recorriendo lugares, hasta que nuevamente se hiciera de más objetos indispensables, como perfumes o adornos para el cuerpo. Su condición de máquina dependía de su condición social y ésta no era ni parecida a lo que fue al principio, aquella opulencia que la recibió y abrigó durante poco más de tres años. Ahora deambulaba sin rumbo ni metas precisas. Sólo tenía el propósito de pasar inadvertida para quienes se habían propuesto, con grandes recursos de por medio, dar con ella. Obviamente la seguían tipos de toda laya que la encontraban por ahí. Los esquivaba como le era posible, aunque no siempre lograba desprenderse de individuos que se mostraban inmunes al desdén y los insultos. Comenzaba a conocer un lado de la vida que la ponía a disgusto y además chocaba con el objeto de su existencia.

Los alcances de su cerebro electrónico-nuclear, no previeron cambios bruscos en el esquema sociocultural de la proeza viviente. Sin sentimientos, no le afectaban las horas que pasaba en baja actividad, un estado de semireposo o letargo, que conseguía regulando unos circuitos de su cuerpo mediante una ligera presión en la sien izquierda. Por su parte, Clara era frecuentemente interrogada y seguida de cerca por los agentes que sentían que era el único conducto para dar con su presa. Nada. Al cabo de un año los investigadores llegaron a la conclusión de que Ada estaba fuera de Francia, quizá lejos de Europa, en cualquier otro continente y quién sabe si ya hubiera sido descubierta por alguien su naturaleza robótica. En realidad, nunca supieron del todo a quién seguían, las órdenes que recibían hablaban de una mujer como cualquiera,

aunque singularmente atractiva. Efectivamente, todo rastro de Ada desapareció de la faz de la tierra. Buscada en el mundo entero desde el año 2005, probablemente deambule solitaria en Estambul o Bogotá. Quizá tuvo la idea de regresar a las ardientes playas australianas o prefirió la Ciudad de México. Tal vez Río de Janeiro fue la elección que hizo como paradero para hacer más difícil su búsqueda. Incluso es probable que hayamos pasado junto a ella, sin darnos cuenta de que es la mujer más reclamada en cierto ambiente destacado del mundo científico y en especial por alguien que destina fortunas para localizarla: Joseph Alexis, quien a los pocos meses la echó de menos, como un niño que ha perdido su mascota amada, su mujer a la medida.

Noticias

Tal vez sea usted uno de tantos lectores que ya no experimentan asombro con lo que publica la prensa. De aquellos a quienes resulta demasiado difícil sobrellevar la monotonía de leer de lo que ya se sabe: guerras que solamente cambian de sitio, devaluaciones que son bastante familiares, alzas de precios que ya suenan insoportablemente repetitivas.

Por eso, apreciable lector, lo invito a leer periódicos adelantados. Le garantizo que son mucho más entretenidos que estos pliegos que solamente producen sueño. Además, usted puede escoger fechas, no importa cuan lejanas del día de hoy se encuentren. Mire, aquí llevo algunos ejemplares. Dígame si prefiere enterarse de política, o si le parece bien conocer de lo que descubrirá la ciencia dentro de treinta, cincuenta, o cien años. Aconsejo tomar una suscripción a futuro progresivo, porque tiene mayores ventajas que el contrato a futuro inverso. En el primero, siempre irá adelante en el tiempo de manera continua, en cambio en el segundo, se fija una fecha futura y de ahí se parte hacia atrás, hasta encontrarse con un día X. Trataré de explicarlo mejor: el contrato a futuro progresivo comienza en una fecha futura que usted elija. Supongamos por ejemplo que hoy es primero de enero de dos mil cuatro y decidió contratar a partir de veinte años, entonces usted recibirá hoy, como primer ejemplar, el que tiene la fe-

cha uno de enero de dos mil veinticuatro, mañana recibiría el del día dos y así sucesivamente durante el plazo del convenio que puede renovar a su antojo. En el caso del futuro inverso, usted contrata una fecha, por un decir; el treinta de diciembre de dos mil diez. En cuanto firme el contrato usted comenzará a recibir los diarios en su casa. El primero de ellos tendrá la fecha veintinueve de diciembre de dos mil diez, el segundo será correspondiente al día veintiocho de diciembre, o sea, un día antes. Al día siguiente recibirá el diario del día veintisiete y así diariamente hasta que llegue el día en que reciba usted el periódico del día en que está.

Mi producto, recientemente lanzado al mercado, le garantiza certeza de información, excepto en juegos de azar. No incluimos resultados de loterías ni sorteos, por razones éticas. Nuestro propósito no es enriquecer materialmente a nadie, porque sería como servir para empobrecer el alma. Nos interesa nutrir de datos pertinentes, ayudar a tener ideas útiles y más que nada nos interesa prevenir el futuro. Si usted leyera lo que viene seguramente cambiaría todo lo que está haciendo: su estilo de vida, los hábitos que practica y hasta su trabajo quizá también sería realizado de distinta manera, o tal vez lo cambiaría por otra actividad. Lo que yo vendo transforma inmediatamente la percepción de la gente y con ello se vuelve de distinta manera en su actuar. Además, resulta deliciosamente entretenido, bueno, depende del criterio con que se confronten ciertas cuestiones. A veces es difícil asimilar algunos acontecimientos, sin embargo, los humanos nos hacemos cada día más inmunes al impacto del horror, por ejemplo. Debo decirle ya que me ha dado la oportunidad, que no todo es pesadilla; también existen los momentos en que las conciencias y las

ideas que impulsan a los hombres a crear sabia y generosamente, se quedan vibrando por la eternidad.

Aquí tenemos este artículo sobre genética publicado en febrero de dos mil veinticinco: "Se acaba con hambre en países de África por medio de las llamadas semillas inteligentes". Este otro menciona obras de ingeniería civil y agricultura. "Encuentran forma de irrigar grandes extensiones desérticas a través del subsuelo". Fue publicado el veintitrés de junio de dos mil veintisiete.

Es posible formar una colección de notas sorprendentes como éstas que son parte de mi catálogo: "Cada día es más difícil controlar el tráfico de gente que vuela sobre los edificios de Nueva York". El reportaje se publicó el doce de mayo de dos mil cincuenta y cinco. "Otra casa inteligente desquicia a una familia en el Oeste de Sao Paulo", es del veintitrés de abril de dos mil diecinueve. "Inician construcción de nueva ciudad flotante en el pacífico", del catorce de octubre del dos mil veintiuno. "Un holograma atemorizó severamente a un niño al salirse de control", tiene fecha de veintinueve de marzo de dos mil veinte. Escuche, esta es una gran noticia: "Activan genoma y resuelven enfermedad de Parkinson", la fecha es del dos de mayo de dos mil diez y nueve.

Ahora vayamos a los países: "Primer latino en la presidencia de Estados Unidos", cuatro de noviembre de dos mil veintiocho. "Cuba inaugura el mayor puerto de América", diez de junio de dos mil dieciocho. "México crea la reserva de capital de emigrantes", se publica el dieciocho de octubre de dos mil veinte. "Brasil produce armas bacteriológicas y es expulsado y amonestado por el Consejo de Seguridad de la ONU", dos de enero de dos mil veinte. "Corea del Norte pone

en órbita satélite militar...el mundo reacciona alarmado", nueve de marzo del dos mil veintiuno. "Atentado en Washington deja sin palabras al mundo", once de marzo de dos mil quince. "Grupos extremistas de Berlín ponen ultimátum a Israel", nueve de abril de dos mil dieciocho.

"Yuzako Maezawa, ciudadano japonés, que en el año 2018 cumplirá 42 años, siendo entonces un multimillonario, tendrá previsto viajar como primer turista a la luna en un cohete privado Space X. El oriental irá acompañado de artistas en el recorrido que pretende realizar en el próximo año 2023", se publicó el 2 de mayo del año 2006.

Es verdaderamente interesante conocer de esta manera lo que sucede en el mundo y permitirse alertar sobre peligros en cierne que amenazan a la especie humana. Estas notas sobre el planeta son tristemente elocuentes: "Suicidio masivo de ballenas en el Ártico", quince de octubre de dos mil trece. "Cerca de doscientas ciudades latinoamericanas se declaran en emergencia ambiental" catorce de julio de dos mil diecinueve. "Países enteros sin agua dulce", seis de marzo de dos mil veintidós.

Como se lo he demostrado, la gente puede hacer más leyendo noticias por adelantado. Es posible prever cosas importantes a bajo costo. Si usted adquiere ahora mismo la oferta que le hago, la compañía "*A través de los tiempos, S.A."* le obsequia un ingenioso y entretenido juego familiar llamado *"El azar del destino"*. Esta singular ruleta, le dará una sutil oportunidad para asomarse a lo que algunos días tienen guardado en sus veinticuatro horas. Se valen indagaciones personales, siempre y cuando el resto de los jugadores lo permitan.

Apuesto a que hacía mucho tiempo que no le presentaban una oportunidad semejante a ésta que sale a su encuentro justamente el día de hoy. No se arrepentirá, se lo aseguro, de haber iniciado el dominio del tiempo venidero con las herramientas de estos competentes recopiladores de sucesos de mañana y pasado mañana. Le dejo este folleto y si tiene alguna duda, o resuelve suscribirse al servicio, llame a los teléfonos que vienen anotados en el recuadro. Muchas gracias por su tiempo, hasta luego. Decídase pronto.

Pecado compartido

Siempre he sido y soy creyente. Pero me resisto, como un animal silvestre, al acto de la confesión. En más de cuatro décadas casi no he faltado a misa. Siempre a la parroquia, por estar más cerca de la casa. Mas nunca sentí demasiada necesidad como para decir a otros lo que hay en mi interior, aunque sean ministros de Dios. Educado con toda rectitud, me dediqué a mi mujer y a mis hijos. He sido un padre responsable y hasta ahora buen esposo. Por eso no tenía nada que confesar a nadie.

Almendrita se casó este año y Filiberto obtuvo una beca en Europa. Nos quedamos solos y como siempre, cerca de la iglesia. Sin embargo, esto de nada ha servido para mitigar el sentimiento de culpa que me agobia. Nunca he tenido que hablar sobre los torbellinos íntimos, porque, estos hundimientos del alma no habían sido tan fuertes. Jamás incurrí en algún asunto que debiera ocultar, tampoco he saboreado graves sentimientos de culpabilidad o arrepentimiento. Hasta el día de hoy en que no encuentro la superficie y no puedo más. Ni siquiera al más inteligente de mis hermanos, o de mis amigos, le diría lo que me sucede. Pero lo tengo que hacer. Alguien debe escuchar y dar su ¿opinión? ¿Permitiré que otra persona se entere de mi secreto? Creo que esto no será posible y en vista de que pesa como una densa piedra en mi mente confusa, descargaré en un papel mi tribulación y contaré la historia

para que me deje en paz. Pero no llevará mi nombre. Será un desahogo anónimo que me hará sentir el bálsamo del pecado compartido.

Mi mujer tiene a su madre enferma y pasa una temporada con ella. Mientras vuelve al hogar, "Wilson" y "Damiana" son mi única compañía y dos o tres días por semana viene a limpiar un poco la señora Consuelo. El trabajo en la oficina se encarga de absorberme la energía; llego a casa al oscurecer y como siempre, agotado. De repente recibo una que otra llamada de los muchachos o de mi esposa. Se escucha ella afligida por el estado de salud de mi suegra. La relativa soledad me acerca más que nunca a mi antigua biblioteca a descubrir por segunda o tercera ocasión, mis favoritos. Reclaman éstos una sacudida, además, algunos ejemplares enseñan un abandono penoso.

Al anochecer, si tengo ánimo para ello, doy un paseo con el perro. Por lo regular, hacemos el trayecto hasta llegar a un parque bastante arbolado y por lo tanto agradable. El animal ladra y se pone a dar saltos mientras que yo, sentado en alguna banca, contemplo el prado a la luz de los arbotantes. Hay poca gente a esa hora, sin embargo, nunca han faltado parejas o viejos, sobre todo en verano. Al regresar del paseo, el *Foxterrier* siempre se retrasa un poco olisqueando por aquí y por allá. De vez en cuando encuentra otros perros y moviendo las colas pasan un rato que a veces termina en pelea. Después de dos o tres colmilladas y gruñidos, escapa mi can para darme alcance. Pero una noche no me encontró, o, mejor dicho, no llegó a mi lado y yo, distraído, olvidé regresar pronto a buscarlo.

Volví más tarde al lugar y silbé como acostumbro para llamarlo. Pregunté a quienes encontraba por ahí, pero nadie supo darme información. Con tristeza pensaba cómo dar la noticia

a Sara. Finalmente, ella se ocupaba de su comida, del aseo y sus salidas indispensables.

Insistí en la búsqueda. Cada perro llamaba mi atención; sentía la ausencia, sobre todo cuando aparecían por las calles ejemplares que tenían algún parecido con el buen Wilson. No me resignaba, sin embargo, lo tuve que dar por perdido a la semana de su desaparición. Damiana, la gata, parecía extrañarle. Se echaba sobre el tapete preferido de su amigo y maullaba junto a los objetos con los que se entretenía. Qué soledad nos dejó el cariñoso e inquieto guardián.

Antes de decidirme a adquirir un nuevo cachorro, tuve un presentimiento; entonces coloqué algunos anuncios y utilicé un periódico para ofrecer gratificación.

Cierta noche que veía la televisión sonó el teléfono. Era una voz femenina que describió un perro con las señas de mi compañero. Lo curioso es que me hablaba desde un lugar bastante alejado de nuestro barrio. Eso me hizo dudar, sin embargo, tomé los datos y el sábado al medio día me presenté. La dueña de la voz, de nombre Laura, tenía unos cuarenta y cinco años, pero cierta vitalidad le disminuía edad. Sentí un gran alivio cuando me condujo ante mi perro. Se notaba que lo atendió en serio, pues de pronto éste le hacía fiestas y besaba su mano, una mano pálida que, pensé, seguramente tiene arte para acariciar con su tibia albura, pues Wilson lamía una y otra vez, agradecido.

En el anuncio ofrecí cierta cantidad, por lo que me dispuse a sacar la cartera para entregarla, pero ni me dejó. Dijo que más bien ella debería pagar "por la compañía que me regaló su precioso perro".

—¿Cómo lo llama?

Wilson, respondí.

Es único, inteligente y muy cortés con las damas, todo un ejemplar fino y educado. Aquí tiene él su casa y usted también.

—Gracias, de verdad. Acepte, por favor, aunque sea por las molestias que le ocasionó Wilson. Se lo ruego, acepte.

—No, de ninguna manera, así está bien. Ahora que, si insiste en darme un pago, le voy a pedir una sola cosa: déjeme verlo de vez en cuando. Dé sus vueltas por aquí. Hágame saber cuándo viene, para acariciarlo y darle alguna galleta. Aquí tiene mi tarjeta.

—Maestra!

—Sí, imparto clases en la Facultad de Arquitectura. Por cierto, señor…No me ha dicho su nombre. Tampoco ha preguntado cómo llegó a mis manos su amiguito.

—Cómo?, dígame.

—Lo encontró un compañero y lo trajo a casa para que lo adoptara. Unos niños lo ofrecían por unos pesos. Le llevaban atado con el cinturón al pobrecito. Leí el anuncio por casualidad, porque no suelo abrir el periódico. Mi amigo lo tenía en el auto. Mira, alguien ofrece recompensa por un perrito de esta raza. También les nombran ratoneros. Y llamé.

—Gracias, soy muy afortunado; no creí recuperarlo; me había dado por vencido.

—Déjeme verlo alguna vez, estuve encantada con él, me encariñé bastante... ¿Verdad, chiquito? Así no me deberá el favor.

Me retiré muy contento. En el camino me detuve a comer hamburguesas y desde luego invité una salchicha a Wilson, pero no mostró apetito. Saqué del bolsillo la tarjeta de presentación de quien rescató mi animal y hasta entonces reparé en

su nombre completo: Laura, Laura López. Maestra en la Facultad de Arquitectura. Pensé que merecía un regalo. Ya vería qué.

La falta de Sara me daba ansias. No podía ser de otra manera. Sin embargo, yo siempre estuve de acuerdo en sus prolongadas y constantes ausencias. Además, mi suegra es alguien a quien debemos demasiado. Su generosidad no ha conocido medida. En la iglesia pedí siempre por su salud y di limosnas para que los santos se compadecieran de ella.

Una mañana volvía de misa y una joven vecina me llamó:

—Señor, ¿encontró su perrito?

—Sí, tuve suerte, me lo regresó una persona.

—Pregunto, porque mi perrita, que también es ratonera, tiene cría y a lo mejor usted se interesaba; pero que bueno qué lo recuperó.

—Gracias, preciosa, hasta luego. Hasta luego, señor.

—Oye, espera, dame tu número telefónico, tal vez conozco quien pueda querer uno de tus cachorros.

Al día siguiente llamé y recogí a un hermoso ejemplar que se parecía al nuestro, pero cuando éste era pequeñito: Moteado e inquieto, agitaba el rabito. Pensé en la maestra de arquitectura y me propuse, con este animalito, pagar el detalle de cuidar y regresar a Wilson con sus dueños. Marqué su teléfono y la voz grabada me pidió un mensaje. Dije algo que tenía que ver con una visita que le debía hacer Wilson.

Sonó el teléfono, era Laura. Después de preguntar interesadamente por el estado de mi mascota, qué si no se desconcertó con las vacaciones obligadas, o por el cambio de alimento, de amo, en fin, detalles de esos, me recordó el compromiso para que lo dejara ver, pero prefería que fuera en su casa y nos

ofrecía una cena. Le pregunté si sería posible visitarla el fin de semana. Acordamos el sábado por la tarde. Bañé a Wilson y nos presentamos a las seis llevando al cachorro, que de inmediato cautivó a Laura. Ella dedicó varios minutos a mimar y hacer elogios del perrito; hasta se olvidó de nosotros.

—¿Es para mí?, –preguntó con un gesto de niña contenta–. Por supuesto, le dije en tono paternal, quise agradecer el favor de cuidar a mi perro, noté el gusto que siente usted por ellos y me pareció que sería buena idea traer el cachorro como regalo.

—Es hermosísimo, gracias, me sorprende de verdad, es increíble…Pase por favor, le agradezco la visita. –¿Qué tal el nene?, no seas celoso. Es un lindo cachorrito de tu raza, ¿ves? ¿Cómo le llamaremos?

— ¡Wilson!, ponte quieto o tendremos que regresar a casa…Tuve que intervenir.

—Parece que entienden. Son tan listos… Mire, si gusta le abrimos el jardín. ¿Desea tomar algo?

—No, gracias... Dígame, quisiera saber si es correcto que le haya traído el perrito sin preguntar antes, pensé que…

—Está divino y me hacía mucha falta una compañía. Un perro es muy buen amigo, además me cuida. De verdad le estimo mucho el detalle. ¿Vive usted con alguien? ¿Tiene familia?

—Con mi esposa. Mis hijos son mayores y se han independizado. Tengo un hijo y una hija. Ella casada, él estudia en el extranjero... Sí, un posgrado... ¿Mi mujer? Acompaña a su madre en la capital. Es una persona mayor. Se encuentra delicada... No sé, depende… Uno no sabe, ya tiene dos meses fuera... ¿Soledad? No, nada de eso... No tengo tiempo de

sentirme solo con tanta gente en la oficina y mascotas en casa. ¿Y usted?

Entonces me habló de cosas sin importancia al principio, porque después me fue revelando su vida, realmente admirable por las experiencias fuera de lo común: viajó en globo con un aventurero irlandés, la abuela le heredó una fortuna que gastó en los pobres. Su único hijo siguió al padre cuando creció y partió a Canadá, en fin, eran tantas cosas que le ocurrieron y hablaba de ellas con tal emoción, que yo la escuchaba con verdadero deleite. La vivienda era modesta, pero tenía una gracia indescriptible. También había un gato que se vino a presentar frotándome los pantalones. Yo no acostumbro beber licor, pero Laura insistió de manera tan cordial, que no me fue posible declinar las copas que me servía. Comenzó a oscurecer y Wilson, inquieto, arañaba la puerta del jardín. Aproveché la ocasión para levantarme súbitamente y pedir disculpas por retirarme, pero el mareo me regresó al asiento. Nuestra anfitriona abrió y acomodó a mi perro sobre una toalla junto al cachorro que dormía profundamente. Es mejor esperar, pensé.

Laura preparó algo que me hizo sentir mucho mejor y con un ligero sopor. Entre sueños recuerdo que me quitó los zapatos y comenzó a frotar mis pies. Advertí que en la chimenea ardían unos maderos que tibiaban todo. Tenía la voluntad puesta en agradecer la reunión y salir cuanto antes, pero no era posible. Lo deliciosamente que estaba dispuesto mi entorno; la atmósfera, una exquisita música que venía de alguna parte y la cómoda postura que no supe en qué momento se me dio, hacían que sintiera una fascinación exquisita e irreal. Pero mi adormecida lucidez insistía en llevarme de inmediato a casa. Tengo que marcharme, insistí varias veces.

Laura sonreía, su boca de pronto estuvo cerca y pude ver sus labios en sus mínimos detalles. La carne tantas veces mojada por su líquida boca que se reseca por momentos y aparecen diminutas grietas. No me percaté del momento en que se abrió un botón y asomó parte de sus pechos, ni cuando se despojó de las ataduras del pelo. La plática de pronto quedó suspendida y de alguna manera sentí el impulso de continuar dialogando sin romper aquel silencio. Tomó mis manos entre las suyas y quedó inmóvil durante varios segundos, mirando algún punto en la pared. Dijo algo que no alcancé a captar muy bien. Me pareció como si me pidiera que iniciara alguna conversación, pero no me sentía capaz de articular dos frases. Revolvió los leños y se avivó el fuego. Enseguida sirvió algo en su vaso, después tornó sus ojos hacia mi figura recostada. La lumbre chisporroteaba y se proyectaban en la bóveda algunas sombras. Laura se aproximó hasta vernos como en un espejo y aprisionó mis labios con su boca húmeda que el viento reseca. Olí su olor, que se me adhirió por dentro. Una esencia que emanaba entre sus cabellos me dio en el rostro y de pronto quise poseerla y ser poseído por ella. Un deseo que me dejaba sin capacidad de oposición se apoderó de mi mente. El pecho mojado me saltaba y sentí un cosquilleo que ascendía a través de las piernas hasta las nalgas y la espalda.

De pronto se liberó de mis manos y ante el desconcierto explicó que tenía que ir al baño. Éste se encontraba a unos cuantos pasos y dejó la puerta entreabierta; comencé a escuchar el sonido metálico del chorro sobre el depósito. Esto me produjo una rara fantasía y no supe controlar el impulso de levantarme y observarla por la ranura de luz. Las bragas enrolladas entre sus piernas, la posición, el desenfado de estar

en lo íntimo, todo eso me produjo un estado que no me había conocido. Me separé de ese lugar y respiré hondamente para dejar fluir la sangre que se resistía a bajar de mi cabeza.

—¿Me espiaste verdad?

No supe qué contestar, pero dije secamente que sí.

—¿Dime, te agrada hacerlo?

Jamás observé detenidamente a una mujer en semejante situación, pero siempre hay una primera vez.

Despertó mis más petrificados instintos y comenzamos a tener una sesión que nos llevó por senderos sensoriales que me marcaron seguramente para siempre. Nos desnudamos con ansias que nadie se preocupaba de ocultar. Báñame con tus ojos. Contémplame y excita mi piel con tu mirada. Y se rizó toda.

Los orgasmos de ambos se repitieron hasta que el fuego se consumió y no hubo quien se acercara a la chimenea para encenderlo. Ahí quedamos, tendidos en la alfombra junto a dos perros *Foxterrier* que despertaron y se quedaron nuevamente dormidos entre las cobijas. Sonó el teléfono y mi compañera llevó el aparato a la recámara para contestar. Regresó agitada para decirme que era el marido desde el aeropuerto y estaba en camino a casa.–¿No estaba en Canadá?

—Estaba, pero acaba de regresar. Vístete, te llamo luego. Eres maravilloso. ¡Chao!

Así terminó aquella vivencia extraordinaria que me hizo descubrir lo que no imaginé. Con vergüenza confieso algo: en materia de sexo estaba totalmente perdido. En cambio, ahora el azar me llevó a mis propios límites; los pasé y me sentí feliz. Sin embargo, debo reconocer que cometí pecado, engañé a

mi mujer al estar con otra. Me atormenta mi error, la flaqueza. Sí, confieso que me destruye por dentro el remordimiento.

Me desvié del camino. Hice algo que no pudiera tolerar si lo sufriera yo. Ofendí y no soportaría una ofensa semejante. Moriría antes.

Pero ya superé el miedo y salté la frontera. Viví el momento más espléndido que pueda llegar a tener alguien que piensa y siente. Por alguna razón me dejé llevar a través de la suave pendiente del placer, que es combinación con la parte sexual opuesta e indispensablemente igual. El supremo deleite de la unión de cuerpos, ansiosa, voluntaria.

Con mi esposa fue hermoso, sin embargo, los hijos estuvieron siempre por delante. En principio para procrearlos y cuando llegaron, buscamos más, pero no fue posible y nos dejamos de ello. Ahí concluyó nuestra convivencia marital; en el tálamo.

Borré de mi vida esta parte que hoy descubro como esencial. Me siento motivado, jovial, sereno y un poco nostálgico. Quisiera que volviera ya mi mujer, pero me gustaría más que sonara el teléfono y me permitiera escuchar la voz de Laura.

Caminos atados
Se terminó de editar en el mes de noviembre de 2018,
en los talleres gráficos de TRAUCO Editorial, Camino
Real a Colima 285 int. 56.

Tiraje: 1 ejemplar.

Diagramación y diseño de portada: Elba L. Padilla
Corrección: Fernando Acosta Riveros



El periodismo, la literatura y la política están conciliados y relacionados con los aportes de Carlos Antonio Villa Guzmán al pensamiento en Jalisco y México. En la presente colección de cuentos encontramos declaraciones políticas, no partidistas, de algunas de sus protagonistas. Un hombre pulcro, otro personaje, acude a la literatura para confesar a los lectores, que él, también ha pecado. Las noticias que hicieron y harán historia nos recuerdan que en el periodismo también existe bastante ficción.

Guadalajara es el escenario donde Carlos Antonio ha escrito libros sobre estudios políticos y comunicación. En la capital de Jalisco hemos visto reportajes suyos sobre patrimonio en la televisión. Faltaba conocer algunas de sus musas literarias. En este tomo, encontramos algunas.



CUCSH
Centro Universitario de
Ciencias Sociales y Humanidades

ISBN: 978-607-547-351-2